PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

VICENTE GARCÍA VALERO

EMORIAS DE UN COMEDIANTE

D. RAFAEL CALVO

En el drama del Duque de Rivas DON ÁLVARO Ó LA FUERZA DEL SINO

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

MEMORIAS DE UN COMEDIANTE

Art D.B
G

Vicente García Valero

MEMORIAS

DE UN

COMEDIANTE

Nueva série de crónicas retrospectivas del teatro: historias, costumbres, anecdotas, sucedidos, leyendas y cuentos.

492514
1. 6. 49

MADRID
ANGEL DE SAN MARTÍN
LIBRERO EDITOR
Puerta del Sol, 6.

[1911]

ES PROPIEDAD

A. Alvarez. Imp.—Marqués de la Ensenada, 8, Madrid.

PRÓLOGO

En cuestión de prólogos, hay dos *disposiciones vigentes:*

Primera: La que dispone que no sean leídos. (Confío en su cumplimiento.)

Segunda: La que ordena comenzar el prólogo con cuatro pinceladas de modestia, tales como: «No tengo autoridad...», «El presentado soy yo...», y otras *ejúsdem cataplasmæ.*

Cumplámosla. Usted lector, ¿ha aplaudido mis obras teatrales?... ¿No?; ¡claro! ¡como que estrené la última reinando Carlos III! de feliz memoria.

¿Ha leído usted mi último tomo de: *«El derecho del pataleo?...* ¿No? ¡claro! ¡como que quedó enterrado vivo en la casa Hernando!

¿Conoce usted mis artículos publicados en los periódicos?... ¿Tampoco?; ¡pues ya puedo escribir el prólogo!

Vicente García Valero ha tropezado con un filón riquísimo.

Ya en otra ocasión traté de explicar la curiosidad que al público inspiran los artistas de teatro y las aventuras, episodios é incidentes de que son protagonistas reales.

Si no recuerdo mal, pues tengo la fortuna de olvidar lo que escribo, calificaba al público de niño grande, ansioso de destripar el maravilloso juguete que el vé en el artista ó en la artista de la escena.

Pude añadir que, como el actor se sugestiona más ó menos al representar un rey ó un cura ó un bandido y, al menos por un instante, se cree monarca, sacerdote ó bandolero; y cuando esta sugestión pasa, siempre deja en el fondo del ánimo un precipitado de oro, de cera ó de cieno, nada más natural que investigar el carácter de la mezcla, es decir, el espíritu del cómico formado de tan heterogéneos elementos.

Esta curiosidad es lógica; pero conduce en derechura á un desencanto.

Hace ya mucho tiempo que, escribiendo acerca de la mescolanza de las razas y preocupado con el color definitivo de la Humanidad, una vez fundidos blancos, negros, cobrizos, amarillos y sus derivados, decía que ensayé en la piel de una muchacha complaciente la fusión de todos

estos matices y que la chica me resultó *castaña*.

Pues este chiste barato puede dar idea exacta de lo que viene á ser el espíritu del artista de teatro. La mezcla total de tan encontrados caracteres es un gris indefinible.

El artista teatral rara vez es exaltado en sus creencias religiosas, pero rara vez deja de tenerlas; no pasará del escenario á la barricada, pero es patriota como el que más; no es indiferente al amor de bastidores, pero ama con gran ternura á su familia y por ella acomete con frecuencia verdaderas heroicidades; es, en fin, un virtuoso sin entusiasmo; lo que menos puede figurarse la jovencita del público que se imagina al galán primero ó segundo como un hombre lleno de ardores y vehemencias.

A nadie puede sorprender que la jovencita del público caiga en este engaño. En cambio es sorprendente é inexplicable que caigan en él la segunda dama y la segunda tiple; esto es, el mejor bocado del escenario, las más tiernas, las menos estropeadas por los rigores de la profesión.

Harto de ver que muchos galanes jóvenes, cómicos ó dramáticos, declamantes ó líricos, son en su trato un tanto *plats* y sin embargo fascinan á las que están hartas de saberlo, yo lo atribuyo á la misma preocupación que sufre el

público inculto, al tomar como gracias del actor las que el autor puso en el papel y compadezco al que escribe una comedia y se esfuerza en que *Alfredito* conquiste el corazón de *Etelvina:* no sabe que gira en escena una letra que el zángano de *Alfredito* cobrará entre bastidores.

No sé si por agradecimiento á estos éxitos que el autor le proporciona, el artista teatral esmalta con frecuencia su conversación de frases y versos del repertorio. Así como los caracteres que interpreta dejan en su alma resíduos que se mezclan, así tambien la forma de expresión de esos caracteres vá dejando en la memoria del cómico un arsenal de oportunidades que hacen su trato muy ameno.

Algunos no necesitan este préstamo del repertorio. Llenas están las crónicas de agudezas y ocurrencias felices que no deben nada á los autores. Más aun; la forma literaria más acabada ha sido patrimonio de algunos. No conozco artículo tan saladísimo, tan bien escrito, tan obra de arte, como uno de Julianito Romea titulado *Cuentos de mi criada.* Si escribió siquiera media docena de ellos, es una falta imperdonable no coleccionarlos y publicarlos.

Por encima de estos sedimentos del oficio flota una cualidad muy estimable en el carácter del artista; cualidad nacida del deseo de

agradar, de prolongar el éxito escénico, de producir en el trato particular los mismos efectos que en las tablas...

Por que este es otro rasgo distintivo del actor; está siempre en escena.

No solo por las frases del repertorio que recuerda; sino tambien por la voz y por el gesto, el actor está siempre representando su propio papel; el Rodriguez ó el Fernández que él cree ser y al cual se aproxima mucho en la realidad, en fuerza de representarlo contínuamente.

Ya sé que esto nos pasa á todos; pero lo hacemos bastante mal.

Generalmente nos enamoramos de cualidades que están en pugna con nuestro físico; y resulta silbable que un hombrecillo de tres cuartas eche al aire bocanadas de valentia que podrian acabar de un pescozón dado por persona de regular presencia.

El actor *compone* mejor su papel, porque en el ejercicio de su profesión hay un decreto terrible que condena á pasar hambre al que lo vulnera. Este decreto dice lacónicamente «*No convence*».

Entre nosotros no hay viejo que no tenga sus puntas y ribetes de conquistador, ni jovencito que no se dé aires de calavera, ni raquítico sin bigotazo. El actor sabe que si por su edad

ó por otra circunstancia, no convence, se vá á la calle, y está acostumbrado á enfrenar el amor propio y á no jactarse de lo que su físico desmiente. Elige lo que le va bien, y logra para su persona y para su trato un atractivo que cada día se va haciendo más raro.

Además, el conocimiento de la vida está impreso en su cerebro en forma de pensamientos luminosos y frases deslumbrantes de Calderón, de Tamayo, de Ayala, de Echegaray, de Pérez Galdós y de Benavente (espero que los modernistas digan algo para citarlos); y sus apreciaciones son siempre sensatas y muchas veces agudas.

Iba á decir antes, que sobre todo ésto flota la discreción: el actor casi nunca mete la pata.

Las *coladuras*, las *gafes*, las *planchas* se quedan para los que tratamos á los actores.

Aún recuerdo que en la función inaugural de una temporada, un pollastre del abono entró en el cuarto de una artista muy celebrada con el propósito de saludarla.

La actriz había tenido relaciones íntimas con un actor apellidado,.... pongamos Cebrián; pero durante el verano había roto aquellas relaciones y se había casado con otro artista de la compañía que en aquel momento estaba en escena.

—¿Qué tal, Fulanita? ¿Cómo ha pasado usted el verano? ¿Y Cebrián?

Alguien le dió un tirón del *smoking* y murmuró á su oido: «Se ha casado».

El pollo se escabulló y salió al pasillo, apoyándose en la pared para soltar las tragantadas de risa.

En esta disposición le encontró el marido, que volvía del escenario.

—¿Qué le pasa á usted?

—¡Hóla, Fulano! Que reviento de risa porque he metido la pata de un modo.... Figúrese usted que entro en el cuarto de Fulanita y le pregunto por Cebrián. ¡Já! ¡já! ¡Y me dicen que se ha casado! ¡Já! ¡já! ¡já!

—Sí; conmigo.

Así: seguiditas.

En las artistas parece que la discreción no es tanta, pero... ¡vaya usted á saber si la coladura es intencionada!

En la tertulia del brasero del mismo teatro disputaban á la hora del ensayo la característica y una dama por si la temporada que hicieron en Aranjuez fué en tal año ó en tal otro.

—Nada; que estoy segura.

—Y yo también; ¡vaya!

—Fué en tal época.

—¡Pero mujer! ¡acuérdate! Era cuando estabas embarazada de tu sobrina....

La indiscreta decía después que se le escapó..

—✱—

¡Calla! ¡Se enfada el auditorio! Protestan de la falta de prólogo... Me acusan de no decir una palabra de García Valero y de su libro....

¡Alto ahí, lectores! ¿De veras me creen ustedes capaz de semejante ruindad?

¿Acaso no leyeron ustedes el primer tomo de estas crónicas retrospectivas? ¿No saben ustedes como yo, y no sé yo como ustedes que Vicente tiene por memoria un Registro de la propiedad y una cartera inagotable de sucedidos donde hay para todos los gustos?

¿Qué apostamos á que en *La camisa de la giganta* se trata de alguna equivocación graciosa y en *La mitad de medio chorizo* se ridiculiza el exceso de economía y en *El diablo tras de la tapia* se pintan las alucinaciones que enjendra la vida monástica en todo el que no es un imbécil?

¿Cuánto va á que *La araña de Burgos* es una crítica destornillante de la vanidad provinciana y *La tragedia de Pozuelo* una página de gran intensidad dramática y *El baul del gracioso* una

vivisección tremenda de la simpleza, que puede parangonarse por su hondura psicológica con las más trompeteadas fábulas de los Ibsen y de los *Sictejotas* (que no quiero saber escribir los nombres de los modernistas extranjeros, convencido de que son los López de por allá que quieren colarnos aquí como prodigios)?

Doble contra sencillo á que en todas las narraciones campea esa *manera* desenfadada que, si no fuera originalísima y natural, tendríamos que estudiarla como un rebuscamiento artístico, como un invento literario.

Y obsérvese que al invento se llega por dos caminos:

Uno el de Laplace, el cálculo, la lógica. Todos los elementos conocidos se apuntan como una batería formidable al sitio inexplorado y al disparo de todas las emociones y á la explosión de todas las X, se derrumba el muro que ocultaba la verdad nueva.

Otro camino es el de la intuición, el camino genial, el del chico que por ir á jugar engancha una válvula de otra pieza de la máquina de vapor y la dota de un precioso automatismo; quizás el camino de Marconi, el que encarnó Wagner en *Sigfrido* cuando ignorante, preso en una selva y á impulsos únicamente de su vocación y de su fé, lleva el hierro al yunque y de cuatro

martillazos ciegos, voluntariosos, *sin reglas*, forja la espada maravillosa é invencible.

En otros términos, para el viejo ya han tomado los dogmatismos fuerza de cosa sagrada é intangible, más allá de la cual, no se debe dar un paso. Para el inexperto, para el principiante, no hay respeto alguno y tras de cada muro que salta le espera un dogma nuevo.

La inexperiencia da alas al invento, y así encuentra su romántico desorden Espronceda y sus minúsculas elegias Bécquer y sus doloras Campoamor.

Hay también modernistas que en vez de saltar un muro, levantan una tapadera...

Es lo cierto que el estilo llano y la manera desenfadada de García Valero constituían un encanto en su primer libro y apuesto lo que se quiera á que forman el más inimitable atractivo de éste.

¿Que por qué apuesto? ¿Qué? ¿No lo he dicho?... Sencillamente, porque aún no he leído los cuentos de este tomo.

Porque sería una ruindad, tratándose de García Valero, leer primero los cuentos y escribir después el prólogo; eso sería una muestra de desconfianza, y equivaldría á darle á cambiar un billete y sonar uno por uno los duros que nos diera.

No: ya sé quién es García Valero; y ustedes que agotaron la tirada del primer libro, como agotarán la de éste, saben que, si acaso, nos dará dinero de más.

Ahora, lector, vamos á leer los cuentos.

F. Serrano de la Pedrosa.

Madrid, Martes 13 de Septiembre de 1910.

La camisa de la giganta.

Vicente García Valero, á poco de morir su abuela.

QUINCE años después de mediado el pasado siglo, presentaba muy distinto aspecto, comparado al de hoy, la plaza de Emilio Castelar, de San Francisco en aquél entonces, de la ciudad que titulamos de las flores.

Nadie atravesaba dicha esplanada: guarida de golfos, que medio ocultos con los muchos árboles añosos que allí había, entretenían el tiempo sin ser molestados por los alguaciles, á no ser que estos ejercieran la búsqueda de algún criminal de menor cuantía que hubiese ido á ampararse en aquel pequeño reflejo de *la corte de los milagros*.

Los transeuntes, es decir, las personas de orden, pasaban por la vía triangular, junto á las paredes de los edificios (no había aceras ni menos adoquines) sin, por curiosidad siquiera, volver la cabeza al centro del antro.

Llegada la Natividad del Señor los *pajarracos* salían ahuyentados por la instalación de la feria, hecha con profusión de casetas de madera para expender baratijas y con barracones en los que se representaba: «*El nacimiento del niño Dios*».

¡Quién iba á imaginarse que progresando llegaríamos en el siglo XX á tener muchas barracas de igual índole, en plena Corte, y con el pomposo nombre de *coliseos!*

En los *cines* de hoy representan figuras de carne y hueso más ó menos autómatas: en los primeros que he citado trabajaban muñecos, y, debajo del escenario, hablaban por ellos algunos jóvenes, y también no jóvenes, del gremio de hojalateros y de otras industrias, con voces más ó menos argentinas durante los primeros días; para hacer declamar á la Virgen elegían uno que tuviera emisiones atipladas; para San José, Bato, el Demonio, los Reyes magos, y otros personajes de menor cuantía, no importaba que las voces fueran broncas ó estuvieran cascadas.

A bien que en las últimas noches: con tanto desgargantarse y con las libaciones del vulgar morapio, bebido á chorro en la gordinflona bota, sucedía que, si San José y la Virgen hablaban con voces avinadas, el ángel, por no ser menos, la tenía aguardentosa.

A esos teatros me llevaba mi abuelita.

¡Allí bajaba para extasiarse viendo los refinamientos hechos en su retablo, de la libertad de Melisendra, el alma de maese Pedro, que si no se acompañaba del espíritu de su mono adivino, es por que aceptado tenemos que á las monas y micos solo el instinto los acompaña!

La madre de mi madre era una aragonesa, buena

patriota y muy chapada á la antigua; refería que en esa plaza de San Francisco, los frailes del s[illegible]áfico de Asís disponían que sus hermanos legos, en las noches de los sábados, obsequiaran al vecindario presentando sombras chinescas sobre una sábana blanca, alumbrada por detrás, cubriendo el hueco de la puerta mayor del convento.

Fernando Osorio.
«La culebra en el pecho».—Escena XII.—Acto III
«¡Qué me muero!... ¡So... co.. rro!... ¡so... co...rro!... ¡Dios mío!...»

La suegra de mi padre acudía allí como otras tantas, llevando una silla de las de casa para más comodidad durante el divertimiento.

¡Ah! ¡Qué hermoso era aquello!—me decía—nunca hubo mejor regocijo, ¡pobrecitos padres Franciscos de mi alma! todos los días repartían la substanciosa sopa

para alimento de menesterosos, y, una vez en semana, nos daban función representándonos: «*Las aventuras de Celestina*».

¡Qué mal les pagaron tanto desprendimiento!

Y se me ocurre: que si mi abuela, que no conoció las linternas mágicas, ni los cuadros disolventes, pudiera ver ahora el cinematógrafo... ¡mucho habían de asombrarla los progresos que se han hecho sobre la sábana blanca, comparándolos con lo que en el lienzo presentaban los cogullados de 1826.

¡Digo! ¡Ella que cuando se inventaron las cerillas decía ser cosa del infierno, y practicando: proclamaba las excelencias del yesquero y las pajuelas!

¡Estaba en lo firme, pues recuerdo que los fósforos, que ya nos son tan familiares, en un principio ocasionaron disgustos; ¡á varios se les incendiaron cajas completas en los bolsillos de los trajes!

Si algún caballerete, estando en una reunión rehusaba la candela que le ofrecían, para encender el cigarro, pues llevaba cerillas, al *tirar de caja* quedábase solo; las hembras retrocedían dando chillidos, los varones se colocaban á distancia... todos aunados reconvenían al de los mistos por temerario é imprudente... ¡peor efecto les causaban que la presentación de un arma!

He de contar que aquellas primeras candelillas de cabecitas azules producían estrépito parecido al de un pequeño triqui-traque; más tarde se innovaron, iguales á las de hoy, es decir sin ruido, llamándoselas «de silencio».

¡Ah! No faltó quien maliciase que con esto protegerían á los ladrones: ¿Porque quién se iba á apercibir de la presencia en la casa de un malhechor si al

rascar las cerillas no metían ruido? Y dejando esta *nota de color* voy de la mano de mi abuela á entrar en *un Belén*.

Al levantarse el telón volaba una mariposa perseguida por un pastorcillo que declamaba:

«¡Qué mariposa tal bella
he visto yo revolar,
si la pudiera cojer
la tenía que guardar!»

Después, en otro cuadro, atravesaban la escena, cogidos de la mano: José y María; ambos dialogaban de esta manera:

—«¡Oh! ¡qué preñada me siento!
de esa palmera preciada
su fruto será alimento
que estoy toda sofocada!
Haz que *abaje*.
—En el momento.
—Aquí te espero sentada.» (1)

Los del público, todos *sentados* desde el comienzo, no se *sofocaban* ante el cúmulo de barbaridades que oían; el milagro pedido por la *fuera de cuenta* se verificaba; la *gentil abajando, abajando,* llegaba á dar con las palmas en tierra; el carpintero hacía como que arrancaba dátiles, y así, con extravagancias, anacronismos, y, otras faltas de sentido común, llegaba la acción de la obra al momento de la adoración del recien nacido.

(1) Real.

Entre las ofrendas de cacahuetes, piñones, castañas, bellotas, quesos y otras cosas indigestas, traidas al niño por los rústicos pastores, había uno que presentando un calzón corto le acompañaba de las siguientes palabras:

«Aquí os traigo estos calzones
que aunque algo estropeados
por dentro están bien forrados
y tienen buenos botones.»

La Monterito, graciosísima bailarina, en 1850; casó con el actor dramático Claudio Compte.

Acababa el espectáculo: ¡valientes tirones, los que tenia que dar mi abuelita para arrancarme del *coliseo!*

Saliamos: yo extasiado con lo que había visto; ella dirigiendo una mirada al ex-convento, convertido en cuarteles de caballería, y, recordando: «á los pobrecitos padres que por el día daban la sopa á los necesitados y por la noche... ¡oh! ¡aquellas aventuras de la madre Celestina!

—✱—

La revolución llamada la Gloriosa, rompió los antiguos moldes de la vieja ciudad del Guadalaviar; entre las reformas, cupo la de urbanizar la plaza de San Francisco talando sus árboles seculares y convirtiéndola en un hermoso jardín moderno.

En el centro plantaron el *árbol de la libertad.*

Con grandes festejos se llevó á cabo la inauguración del símbolo; ¡pero qué pronto las ráfagas de nueva política arrancaron aquellas hojas casi marchitas por falta de entusiasmos!

D. José Peris y Valero, revolucionario valenciano, gobernador civil el año 69, alcalde que fué también de Valencia en 1854 (1) decretó la demolición de los conventos: Santa Tecla y San Cristóbal, dejando á la elección de las monjas, poder romper la clausura ó pasar anexas á otras órdenes.

Ambos edificios estaban situados en la calle del Mar.

Igual suerte cupo á la iglesia de la compañía de Jesús, ¡á bien, que los hijos de Loyola, transcurrido un

(1) ¡No había yo nacidooo!

lapso de tiempo, la reedificaron por el mismo plano con mayor fastuosidad, amparándola del pabellón inglés! ¡Cualquiera puede con esos hijos!

La feria de los aguinaldos se instaló en el solar que dejó el derribo del ex-convento del santo gigante.

En los teatros de tablas muy pocos ponian en escena el Hierodrama, les más representaban obras de asuntos profanos.

Balbina Valverde, en 1870.

El abono del teatro Principal ya en años anteriores habia pedido el cese para la Sacra Familia, pues llegada la época, les *obsequiaban,* á pretesto de *para los niños,* con unas cuantas representaciones de: «*Los pastorcitos*» obra en verso del vate sueco D. José Bernat Baldoví, con música del maestro D. José Vidal.

Y así mismo: retiraron de todos los escenarios de España pastoras y pastores, migas y cucharas.

Unicamente en la Corte, en el teatro Martín, se hizo el drama de igual asunto, escrito por D. Enrique Zumel, hasta el 1884, es decir, no dejando de ponerlo en escena ninguna temporada, así que era llegado el mes de Diciembre; ya en lo sucesivo ha aparecido intermitentemente.

En el 84, que antes cito, y en el teatro de la calle de Santa Brígida, yo representaba el papel de Luzbel acompañado de mi malogrado amigo Pepe Riquelme que desempeñaba el de Astarot (diablo subalterno), y, Elena Salvador, luego esposa del *segundo demonio* y en aquel entonces novia de San José (Gustavo Belza), hacía de Virgen.

—✱—

El teatro circo de Colón se inauguró en Valencia en 1883 con una gran compañía dramática al frente de la cual aparecía D. Pedro Delgado.

Fué construído el local pensando más en el verano que en la época hielmal, ¡quizás confiados en el buen clima de la región! y, suele suceder que los acuerdos lógicos los desvirtua lo extemporáneo: al terminar la función inaugural, una copiosísima nevada, que cuajó, caso particularísimo en aquella ciudad, causó tanta sorpresa que el público aquietó su entusiasmo por muchos días en espera de normalidad para asistir á la nueva casa de las comedias.

Eran tantas las ventanas y claravoyas de cristalería sin *tapones* de madera con que habían dotado al edificio, que los ruidos de la vía pública se percibían

en el interior con demasiada claridad, según lo apreciaremos detalladamente en este relato así que se sucedan los acontecimientos.

Ovaciones inmensas obtenía el actor Delgado con su peculiar repertorio.

Siempre fueron sus obras favoritas: «*El anillo del Rey*». «*Traidor, inconfeso y mártir*». «*La fuerza de voluntad*». «*La expulsión de los moriscos*». «*Simón Bocanegra*». «*Sancho García*». «*El maestro de hacer comedias*». «*El zapatero y el rey*». «*El jugador de manos*». «*Lázaro el pastor de Florencia*». «*La jura en Santa Gadea*». «*El rey loco*». «*Guzmán el Bueno*». «*Don Juan Tenorio*». «*La escala de la vida*». «*El tanto por ciento*». «*El caballo del rey don Sancho*». «*La abadía de Castro*». «*Juan el cochero*» y «*Lo tuyo mio*», comedia de Enrique Pérez Escrich.

Nadie le igualó en estas producciones ni otro alguno interpretó como él todo el repertorio dramático de D. José Zorrilla.

En esta temporada de que me ocupo, estudió y puso en escena: «*La pasionaria*» y también: «*Piensa mal... ¿y acertarás?* del reputado Echegaray.

No quiso hacer: «*Otelo el moro de Venecia*», (1) el mayor asombro de sus creaciones, por rarezas de su carácter

---

(1) La creación de Shakespeare quedó en el olvido al morir Isidoro Maiquez. A nadie se le ocurrió resucitar aquella *inmensa dificultad*. El actor D. José García Luna y D. Juan Eugenio Hartzenbusch decidieron á D. Francisco Luis de Retes á que escribiera un nuevo «*Otelo*» en la seguridad de que Pedro Delgado lo interpretaría maravillosamente, y así fué: lo estrenó en el Principal, de Barcelona, el 18 de Enero de 1868; luego, en Madrid, en el teatro de Variedades, en 14 de Octubre de igual año.

Todos nuestros grandes actores han plagiado á determinados modelos; D. Pedro, según dicen, tenía por repertorio el mismo de D. Carlos Latorre y la manera de hacer de éste.

No faltó en la Corte un despechado que dió á la estampa la siguiente semblanza:

«Al andar es jorobado,
si grita nos pone sordos,
actores como Delgado
no tendrán éxitos gordos».

Los tuvo y muy grandes; antes, en, y después de la cuarteta que he copiado.

Yo, aunque muy joven, desempeñaba el puesto de primer actor cómico en la compañía inauguradora del teatro valenciano.

Llegadas nuestras tareas al veinte de Diciembre, tuvimos una gran sorpresa: en el solar de San Cristóbal habian comenzado á edificar, por lo cual la feria la estaban instalando en la plaza de la Aduana, cercando el parterre, y los teatros mecánicos en la calle á espaldas de la Fábrica de Tabacos muy cerca del circo de Colón.

Larga fila de casetas, con órgano ó murga en unas, otras con bombo y platillos, y en algunas por reclamo hombres voceando, constituían una infernal algarabía que molestaba al público y á los artistas del teatro.

En el local inmediato á nosotros exhibían una giganta. Un sujeto, desde el peristilo, subido en una escalera de tijera mostraba, dejándola caer perpendicularmente, una camisa de mujer de dos metros y pico de larga. ¡Esto intrigaba á los transeuntes curiosos!

—¡Pasen, señores, y verán *de cómo*—vociferaba el de la escalera—aquí no hay filfa! La joven Lisandra, nacida en Palestina, en el valle de los gigantes, paisana de Goliat y San Cristóbal; tiene la mayor estatura que hasta ahora se ha presentado. El público ha de convencerse de que no se la enseña sobre ningún pedestal; para esto, la hermosa Lisandra se subirá las faldas hasta las córvas; no se permite tocar. Si algún concurrente es gustoso, la giganta le cogerá por los sobacos, lo elevará hasta ella, y si es soltero le dará un beso en la mejilla como muestra fraternal; si fuera casado y acompañado de la señora, le besará en la frente; algunas esposas se rien mucho con este paso; ¡allá ellas y por qué! Entren, caballeros, entren, adelante, pasen, pasen, verán *de cómo* alegría y buen humor para un rato! Dos reales la entrada; niños y militares la mitad. Esta es la camisa de la bella Lisandra; las pulgas se asustan con tanta tela, y crean señores que esta camisa le está corta; pero ¿qué se le va ha hacer? así las gasta todas, pues dice que no le gustan largas.

Y este badulaque, al terminar su discurso atronador, tras breve reposo, empezaba otro, y otro, hasta que conseguía ver lleno de gente el salón.

Entré una vez y ví á la filistea, bastante más pequeña de lo preconizado por el charlatán de la puerta.

Se hallaba en pié sobre una rampa empinada y corta de fondo, cuyas tablas quedaban ocultas bajo los largos vuelos de su vestido; hacía la presentación en lo alto, y en el momento de agacharse para subirse la ropa, empleaba el ardid de adelantar, como quien no hace la cosa, tres pasos hacia el comienzo del tabladillo; los espectadores, obsesionados con la aparición

de las medias blancas, no echaban de ver la disminución de altura; en este supremo instante casi todos se inclinaban para observar mejor, así que, un paleto, después de haber dejado caer *el telón* la individua, reclamaba su sombrero que se había trasconejado á los pies de la giganta oculto por la falda.

En víspera de la Nochebuena, Delgado le hizo saber á nuestro empresario: «pues que la feria terminará en Reyes, entonces reanudaré mi trabajo, hagan ustedes las fiestas sin mí, yo no sé estar en escena percibiendo ese ruido de bombos, órganos y ese mayor mal del gritador de la camisa de la giganta».

La empresa se malhumoró.

D. Vicente Dualde, distinguido abogado, empresario oculto, según frase hecha, tras la cortina, tenía por representante al atrecista Vicente Arambol y le dió facultades para compaginar el conflicto.

Arambol sacrificó cuarenta ó cincuenta pesetas diarias, repartiéndolas entre los dueños de los espectáculos *alborotadores* á condición de que durante las funciones hicieran enmudecer los platillos y demás instrumentos, pudiendo continuar los reclamos en los intermedios, para lo que, un dependiente del circo asomaría á la puerta del coliseo un farol de luz blanca puesto en lo alto de un palo, señal de poder hacer ruido, y, cuando asomara un farol con luz encarnada era muestra de haberse levantado el telón y entonces quedaban obligados á guardar silencio.

Hubo un rebelde: el empresario de la hermosa Lisandra no quiso entrar en el convenio; el de la escalera seguía dando voces como árabe sobre la mezquita.

D. Pedro tragó la píldora á medias, notó que el

resultado de la gestión no lo había sido absoluto pues su oído fino percibía desde el proscenio aquello de: «... así las gasta todas, pues dice no le gustan largas; pasen y verán *de cómo...*»

Una vez haciendo de Diego Marsilla, al declamar los siguientes versos lo hizo en esta forma:

«Infames bandoleros
que me habeis á traición acometido,
venid y ensangrentad vuestros aceros:
la muerte ya por compasión os pido.
Nadie llega, de nadie soy oído,
vuelve el *tío* mis voces, y parece
que goza en mi dolor y me escarnece.
Me adelanté á la escolta que traía
¡qué algarabía!

El artista, desesperado, cambió la palabra *eco* por la de *tío,* refiriéndose al de la camisa; también de su cosecha declamó *¡que algarabía!* y á seguida optó por *rezar* el papel hasta la terminación del drama con apercibimiento y disgusto del auditorio.

Arambol *andaba de cabeza;* no sabía que hacer para contrarrestar la actitud del comediante.

El charlatán del peristilo inmediato visitaba de madrugada el café de Colón; presentaba sus disculpas por no estar el arreglo en su mano ¡qué más hubiera podido él apetecer que dejar la lengua en reposo algunos ratos, descanso no despreciable!; le obsequiaban con copas de cognac, bebida muy de su gusto, con la esperanza de que pudiera enronquecerse... ¡pero aquel *pijotero,* ni que le hubieran convi-

dado á pamplina y escarola! ¡cada día se manifestaba más diáfano y sonoro para los pregones!

Hemos llegado á lo culminante del sucedido: la segunda vez que se hizo la producción de Hartzen-

Carolina Civilli
en la tragedia de Zorrilla, «Sofronia».
Vino á España como actriz italiana, pasó á nuestra escena y contrajo matrimonio con el actor Palau.

busch: «*Los amantes de Teruel*» al terminar el cuadro de la casa de Isabel de Segura, en que ella sale para casarse con Azagra, se hace el cambio de decorado levantando el telón del gabinete y aparecien-

do detrás la selva en que está secuestrado el amoroso novio.

A tiempo de ir á hacer la mutación, D. Pedro llamó á los maquinistas, pues el árbol no estaba todo lo seguro que debiera para resistir los esfuerzos del cómico.

¿Qué partido tomar? ¿cómo dar martillazos durante larga pausa? ¿cómo hacer esperar al público con la escena parada y sin levantar el gabinete de la casa de Isabel?

A grandes males... el telón de boca.

Determinaron bajarlo y á los dos minutos presentar el distinto panorama.

¿La cortina abajo? ¡aquí de mi oficio!—pensó el del farol que en espectativa se situaba tras de las vidrieras de la puerta central del patio de butacas.

Así lo pensó ¡y así lo hizo! salió á la calle y enseñó la luz blanca.

¡Órganos! ¡bombos! ¡platillos y murguistas no se hicieron esperar!

Comenzó el estrépito en el momento preciso de aparecer Delgado declamando los versos que antes he referido.

Por pronto que se deshizo el error, no ya con cambio de luz, sino de viva voz por gentes del teatro, para acallar la algazara, llegaron tarde, pues el artista se había percatado; más, para bien del público, no le dió esta vez por *el decir cartillero* si no por crecerse dando expresión de fiereza á la patética escena.

Como desahogo á su contrariedad se permitió en vez de decir:

«Una serpiente
se me enreda en los piés: mi pie destroce
su garganta infernal.»

alterar el verso con: «mi pie destroce su camisa infernal».

El auditorio no reparó en la frase cambiada, sí en la voz armoniosa del comediante, en su fiereza de tigre, en sus arranques de genio, ovacionándole mucho!

Acabó la feria.

Quitaron los puestos. Deshicieron los *coliseos* de tablas y... ¡¡la pobre Lisandra, abandonada de su empresario, fué contuvernia de otras coimas, no gigantas, en un prostíbulo de la calle de la Soledad, donde algunos pudieron convencerse de que la estatura, si, era extraordinaria; más la belleza fué debida al colorete barato y á la luz que, preparada al efecto, la enfocaba en el barracón de la feria!

—✱—

Todo cuanto hasta aquí llevo referido has de tenerlo por muy verídico y cierto, amable lector; de ser invenciones yo no te las aseveraría, y mucho y más me callo que había de interesarte; limítome á lo que puede decirse, pasando por alto lo que constituye el título de un drama de Echegaray.

Y voy á seguir contándote que, libres de ruidos, ¡gracias á Dios! siguió la temporada su curso artístico y natural.

No se me olvida que en aquella compañía figuraba como segunda damita joven Ramona Valdivia; allí

comenzó á extender sus alas; voló hasta el Español de Madrid y hoy las arrastra por las barracas de la Corte.

Estaba de primera dama, en la plenitud de sus facultades, Matilde Ros.

De dama joven Asunción Echevarría que por su exquisito sentimiento y bien decir, ponía yo en escena las piezas estrenadas en Lara, repertorio que nos agradecía mucho el distinguido abono á los días de moda. Hoy, Asunción, luce sus talentos en la *bombonera* de don Cándido.

En aquel teatro-circo, bautizado con el nombre del descubridor de las Américas, padecíamos á un chafanditero, grumete de redacción con ínfulas de crítico, que tenía por apellido, el vulgarísimo de Martínez.

Este joven incipiente no encontraba puerta de camerino cerrada; sabía menguar su persona como cuentan que hacían los duendes para entrarse por el ojo de la cerradura, y, dió en zamparse una noche en el cuarto del primer galán en el preciso momento en que el actor empujaba la puerta en evitación de visiteos.

—Servidor, señor Delgado.

—¿Qué hay joven?

—Saludarle á usted y leerle unas cuartillas de crítica psíquica definiendo la parte espiritual de sus concepciones artísticas. Creo haber hecho un trabajo empírico que publicaré si obtengo su aquiescencia explícita.

—Ahora estoy convulso, he de marcharme súbito... —le replicó guasonamente D. Pedro.

—En ese caso aplazaré la lectura y aprovecharé

la ocasión para darle la más entusiástica enhorabuena por el inmenso éxito que alcanzó desempeñando el Diego Marsilla.

—¡Gracias, joven, gracias!

—¡Ah! ¡fué una feliz idea la de la camisa!

—¿Qué?

—Sí, señor; yo pude apreciarlo, los demás no; cuando dice el personaje que destrozará la garganta infernal de la serpiente, usted dijo que destrozaría la camisa, y yo, que he llevado muchos sustos al encontrarme algunas, pues todos los veranos los paso con mi familia en Sieteaguas....

—¡Con que ha visto camisitas ¿eh? Permítame que no le crea.

—¡Ah! sí, señor, sí; me paso la vida en el monte; como las *bichitas* usted no debe ignorar que cambian de camisa y la abandonan....

—Agradezca que si bien soy andaluz no tengo nada de supersticioso. ¡Joven! ¡usted no ha visto *camisas* en su vida!

—¡Sí, D. Pedro, sí! prometo, aunque para ello tenga que hacerme violencia, recoger una en el próximo estío y mostrársela en la primera ocasión.

—¡Recójala, que buena falta le hace!; yo he sabido pollo que usted no las gasta...

—¡¡El qué!!

—Que no lleva más que cuello y puños; ya me está usted *jorobando*; ¡para puños los mios!

Decía esto al sietemesino, enseñándole sus manos apretadas.

—¡Me está usted faltando y espero....

—Dos patadas que le voy á dar por haber entrado aquí sin mi permiso.

¡Qué suavidad la de Perico Delgado!

¡Cuando las personas no eran de su agrado, se mostraba truculento!

¡Infeliz Martínez! en el cuarto de la empresa tuvieron que darle agua.

No le importaban las dos patadas ofrecidas, ni la suposición insultante de que gastara solo cuello y puños; ambas las creía utópicas; pero le llegaba al alma y hacía su desesperación que dudaran de que hubiera visto las camisas de las *bichas*. Esto, pues él se había tropezado con ellas, ¡era dudar de su valor selvático!

29-V-910.

La mitad de medio chorizo.

Galán, Dama, Gracioso, Barba, segunda Dama, Graciosa, Dama joven, Galán joven, segundo Galán; estos eran puestos de parte principal hace cuarenta años; y segundas partes: segundo Galán joven, segundo Gracioso, segundo Barba, segunda Dama joven; luego seguian, sin clasificación, las partes de por medio.

Se representaba en aquel entonces la comedia de Olona nominada: «*Pipo ó el príncipe de Monte-Cresta,*» y, en su asunto, al presentarse ante su alteza los cómicos del teatro de San Carlino, todos decian ser: «el primer mímico de la compañía», y ellas una á una proferían: «yo soy la primera mímica de la compañía.»

Luego, modernas corrientes, trajeron el bautizar al Galán de primer actor, á la Dama de primera actriz, al Barba de primer actor de carácter, al Gracioso de primer actor cómico, etcétera.

Después, por corruptela, á las partes principales las han llamado, los chicos de la prensa, primeros actores; de modo que vivimos en pleno *teatro de San*

Carlino. ¡Se acabaron los segundos¡ ¡todos son primeros!

Vino el teatro por secciones, y en sus obras no definian los papeles la demarcación arcaica de puestos; ¿para qué? si muchas veces en este moderno proscenio fueron protagonistas unas pantorrillas flexibles en el garrotin, un pronunciado escote, la imitación de un animal más ó menos doméstico ó muecas y movimientos excitativos, sin que por esto dejaran de ser censurables.

¡Y... la forma poética retirada de la escena, y la literatura puesta en vergüenza con tanto y tanto *palabro*!

De moral, si alguna pequeña parte restaba entre nosotros, debió volver á Grecia, de donde anteriormente había huido, alejada de aquí por la invasión de las inútiles *¡hijas de porteras* elevadas á la categoría de divettes!

¡Ah! esas tarjetas postales cuanto daño han hecho! Hasta el sagrario de la ilustración gráfica ha sido vulnerado por las vestales de la moderna sicalipsis, que á no ser por ella sus estrellas estarian dedicadas á modistas unas cuantas, y á fregatrices muchas más.

¡Tienen que ver los grabados de un periódico de actualidad que retratan á la bailadora *Estearina* en el momento en que rie, en que bebe, en que *le aprieta una liga,* en que coge la pulga, y, en que... debiera coger la escoba, dada su educación, si no la amparara la lascivia no reprimida de hombres poco escrupulosos!

¡Cosí va il mondo bimba mia!, ¡y, vive Dios! que nuestros padres fueron unos soberbios majaderos de-

leitándose con las obras dramáticas de García Gutiérrez, Zorrilla, Serra, Hartzenbusch, Bretón, Zárate y algunos más!

Hoy fecha, caminamos cerca de *le débâcle*, ¿vendrá la reacción para el espectáculo y para la literatura dramática? ¿arrojaremos á las sacerdotisas del *molinete* á cuidar de sus respectivas porterias? Creo que sí.

El escándalo dado en un teatro de Sevilla por una cantadora llamada Chelito, ha llenado de rubor á los lectores de la prensa en general.

Todo volverá á encauzarse sin rechazar moldes honrados y modernos; yo mismo voy á encauzarme concretándome al asunto único de este escrito.

De la nomenclatura que en un principio he citado, voy á ocuparme de un barba; ¡plácenme estas *antiguallas* más que las ocurrencias recientes! al tiempo de *Mari-castaña* me voy plagiando á mi tocayo García en lo de:

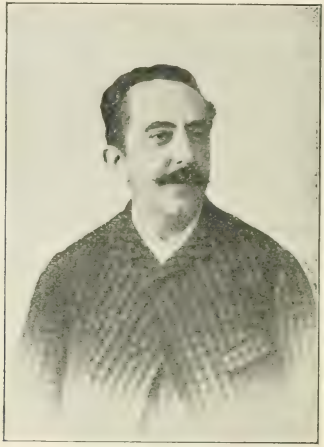
Aqueste es el castañar
que en más estimo señor
que un *desnudo tentador*
y *un molinete al danzar*.

Ricardo Lirón, barba que pasó á primer actor de carácter poco antes de yo conocerle, era un hombre simpático por excelencia, buen amigo, sin más límite que no pedirle dinero; ni lo daba ni lo solicitaba de nadie.

Con voluntad decisiva se había trazado su derrotero: no le importaban los sacrificios ni las privaciones á trueque de conseguir capital.

Su continencia, verdadera muralla de la China en que se habia resguardado, no la quebrantaría ni por pasiones ni por envidias.

Como comediante laboró en casi todos los primeros teatros de verso de nuestra península.



Ricardo Lirón, en 1877.

Al terminar una temporada de nueve meses, en el Principal de Barcelona, nos dijo á D. Rafael Calvo y á mi, que en ese tiempo habia ahorrado 3.000 pesetas, después de cubiertos los gastos de él y su hijo, sin contar con otro emolumento que el sueldo de quince pesetas diarias. Conocida su normalidad por este dato sabemos á que atenernos respecto á sus procedimientos.

¡Imitar á las hormigas fué su idea constante! ¡Hacer granero para cuando fuera viejo!

Tras sus largas tareas en provincias actuó en el teatro de la Corredera baja de San Pablo de Madrid; su última contrata la realizó en Apolo en 1889; fuimos compañeros, empresa Morales-Noriega, con género chico, llevó sueldo modesto y pretensiones de artista satisfecho, que vé con filosofía las luchas y *resquemores* de los que batallan por el logro de ilusiones más ó menos justificadas.

Al terminar ese año cómico se retiró, no creo que volviera á trabajar; ¡llegó la hora de que la hormiga viviera de su granero!

Seguía con el hábito de la poquedad, pues esto, me explicaba él, le hacía feliz y también estar á buenas con su conciencia.

En el verano de 1904 paseaba todas las tardes por la calle de Alcalá; al encontrarse conmigo en la acera de Fornos me decía:

—Vicente, si no te molestas, te acompañaré un rato, recordaremos los tiempos antiguos, y al sentarme aquí, á tu mesa, será con la condición de que no me convides; nada quiero, porque nada apetezco, más que nuestra buena simpatía.

¡Muy de mi gusto era su tertulia!

Algunas veces le obligué á tomar un bock de cerveza, asentía empujado de grandes ruegos; en cambio al darle un cigarro no se hacía de rogar, confesaba que *estos* únicamente le sabían *á gloria*.

Entre multitud de cosas extravagantes que le habían ocurrido, me contó una por mí ignorada, que es como sigue:

Estando en Salamanca: á la salida de los ensayos

se quedaba rezagado de sus compañeros; ellos iban al café, al casino, gastaban dinero, á él le apetecía ahorrarlo, y, para quitar tentaciones, optaba por irse á dar paseos por las afueras.

Una de esas tardes iba con un niño; en un camino vecinal hallaron un burro, al parecer abandonado pues no se divisaba en los campos persona alguna.

Montó al niño en el pollino y tuvieron diversión largo rato.

Viendo que anochecía y que el pobre animal quedaba solo, decidió llevárselo á la ciudad; lo cogió del ramal, lo instaló en una posada, y, ¡caso raro! ¡once dias transcurrieron sin que nadie reclamara el asno!

Analizando su proceder se tranquilizó; su acción era distinta á la de Ginés de Pasamonte; á él no cabía que le asustaran Sanchos. Decidió confesarse con el posadero y proponerle la venta *del rucio*.

A los tres dias de hecho el encargo, descontados los piensos, le entregaba el amo del hostal diez y nueve duros cabales.

Por esto decía no haberle tocado en su vida más lotería que *la del burro*.

Acabado el verano en que nos veíamos en la acera de Fornos, solicité del simpático, no joven, si casi, Alfredo Navacerrada la entrada gratis en el coliseo de Jovellanos para el apreciable amigo y antiguo exbarba de teatros.

Todas las noches venía á mi cuarto de la Zarzuela, se fumaba un cigarrito de los que tan dulcemente le sabían, y al empezar la primera sección se iba á la sala y ocupaba una butaca de las muchas libres á esa hora.

A la terminación del acto, desde el público me de-

cía adios con la mano, y hasta la noche siguiente en que repetía su visita y mi *deleitoso cigarrillo*.

Extrañé que no viniera durante dos días; gran disgusto y sorpresa tuve al leer en el «*Heraldo de Madrid*» de 7 de Abril esta cruel noticia:

«En la calle del Prado, 17, entresuelo, habitaba el actor D. Ricardo Lirón Núñez, que formó parte de la compañía última que actuó en el teatro Eslava. (1)

La esposa y la hija del actor han pasado la Semana Santa en Murcia.

Hoy regresaron á Madrid, y al llegar á su domicilio, á primera hora de la tarde, les dijo la portera de la casa que desde hace dos días no había visto salir al Sr. Lirón.

Madre é hija subieron alarmadísimas. Llamaron repetidas veces y no obtuvieron contestación, aumentando así los temores que sentían de que al actor le hubiese ocurrido alguna desgracia.

Avisaron á un cerrajero, que no pudo abrir la puerta, por lo complicado que era el mecanismo de la cerradura.

Por una ventana del patio, un individuo entró en la habitación del Sr. Lirón.

Dirigióse á la alcoba, y vió que, en medio del cuarto, tendido boca abajo y á medio vestir, hallábase el cadáver del actor.

La luz de la alcoba estaba encendida y las ropas del lecho levantadas.

Supónese que el Sr. Lirón debió fallecer repentinamente cuando se disponía á acostarse.

---

(1) **Error de información, estaba retirado de la escena y nunca trabajó en Eslava.**

Puesto el hecho en conocimiento de la autoridad, constituyóse en la casa el Juzgado de guardia.

Acudió, llamado por este, un médico de la Casa de Socorro y certificó que la muerte de D. Ricardo Lirón debió producirse por un ataque cardiaco.»

¡Infeliz Lirón! ¡Toda su vida practicando la economía y para morir hizo el despilfarro de no dar vuelta á la llave de la luz eléctrica!

Lamenté la pérdida de aquel amigo y aun hoy al pasar por la calle del Prado me descubro ante el número 17, (1) dedicándole inmenti un: Requiéscat in pace.

*
* *

D. Alfredo Cirera, excelente artista, segundo galán en la época de Ricardo Lirón, en Barcelona, hoy primera figura en la compañía Guerrero-Mendoza, me refirió un caso típico y gracioso del infortunado Ricardo.

Estaban los dos contratados en el teatro de Pamplona; vivían en casa de una *doña Fulana* mantenedora del cocido á diario y muy asídua en almuerzos de huevos fritos.

Satisfacían cada uno de por sí nueve reales de pupilaje.

Conformados con el *puchero* cotidiano, saboreábanle gustosos en beneficio de sus estómagos.

—Esta *doña Zutana* guisa muy bien ¿opinas como yo Cirera?

---

(1) En la casa de al lado, número 15, falleció aquel amigo de todos llamado Federico Arderius, hermano del actor bufo.

—No lo hace mal; pero empieza á cansarme su insistencia en darnos garbanzos; convendria variar de vez en cuando.

Alfredo Cirera.

—Sí; dicen que en la variación está el gusto; más no eches en olvido que el trato fué que habíamos de comerlo todos los días, y, con un nuevo arreglo vendriamos á parar en los desacreditados huevos al plato y los antipáticos filetes. Mi opinión es no decirla nada de esto. El cocido alimenta mucho, nos lo dá con bastante substancia, le pone un riquísimo chorizo para los dos... nada, nada, Alfredo, á callar tocan.

—Callaremos, señor don Ricardo.

Así se sucedieron varios días, en que, con equidad, partian, no por gula ni por gala sino por derecho, el elogiado chorizo.

Mas llegó una vez en que á Cirera le contrarió ver que en la fuente de la carne no había más que la mitad del embutido acostumbrado.

—¡Esta señora ha sufrido una distracción! ¡solo nos ha puesto medio chorizo!

—¡Eh! ¡Que más dá!—contestó Ricardo con displicencia olímpica, nada sentida.

¡Y, hermanos en fraternidad, partieron en dos el pedazo de embutido!

En la comida del siguiente dia repitióse la capadura del anterior, y en el otro la misma escasez de los precedentes.

—¡¡Vaya, esto no puede ser!!

—¿El qué, Alfredo?

—¡¡Que esta señora pupilera sigue entregada á las divisiones!! van ya varios cocidos suprimiéndonos medios chorizos. Voy á requerirla y á darle *un toque de atención.*

—¡No, hombre, no!—apresuróse á decir Lirón—nos murmurará, nos llamará cómicos hambrientos; mejor será no darnos por enterados.

Nada dijeron... y nada se enmendó; ¡la castradura permanecia!

Cansado Cirera de la tacañería de la patrona, una vez que se dió de manos á boca con ella, en ausencia de Ricardo, pensando que mejor era vergüenza en rostro que falta de chorizo en boca, se decidió á abordarla.

—¡Hemos notado, y me atrevo á pedir á usted una razón, que en el cocido nos sirve la criada solo

medio chorizo en vez de uno como tenía antes por costumbre!

—Usted podrá haberlo reparado; digo usted, por que acaba de decirme: *hemos notado,* y, á su compañero no debe extrañarle, pues que la supresión, dispuesta ha sido por él.

—¡Explíquese!

—Si, señor: D. Ricardo me manifestó hace unos días que no le gustaba, le irritaba la garganta y quería conservarla fresca para el trabajo, así que, me ordenó, no pusiera en lo sucesivo más que la mitad rebajándole á él el importe de lo que me economizara; le dije que bueno; cada uno me cuesta veinticinco céntimos, podía rebajarle medio real de los nueve que me paga.

—¡A pillo! Está bien, señora, no diga usted nada.

—✱—

Por la tarde, ya á la mesa los dos, les presentaron el condumio; Alfredo era el repartidor; sirvió á su compañero la mitad de todo, menos del trozo de embutido, que se adjudicó por completo.

—¡Tú, Cirera, que te distraes! ¡dáme, dame mi parte!

—No puede ser; á tí no te gusta.

—¿Quién te ha dicho eso?

—¡Te irrita!

—¡Tú si que vas á irritarme con tu broma pesada!

—¡Lo verás; pero no lo catarás!

—Mira, mira, no me acalores!

—No puede ser, porque tú eres un fresco y necesitas conservar la garganta fresca.

—¡Te juro que no te entiendo!

—¡Ya me entenderás! ¿Te figurabas, cándido, que iba á privarme de un bocado más de lomo, que me corresponde, por que tú, pícaro de tomo y... lomo, quieras conseguir hotel en la Castellana andando el tiempo?

—¡¡Ah!! ¡me has descubierto! Perdóname querido amigo; en esta población no encontraba otro medio de practicar el ahorro.

—Absuelto quedas; mas te castigo á que me lo veas comer.

—✱—

Al poco tiempo, con el *martilleo* de: «Anda»; «dame un poquito»; «tanto como me gusta»; «Tú eres bueno...» Tuvo Alfredo que ceder y ser donante de un pedazo de lo que el otro se había negado á pagar.

¡Lleno de regocijo, con expresión infantil, exclamó Lirón!:

—¡Qué bueno eres! ¡Dame un abrazo! ¡Bien se me alcanzaba que no habías de negarme la mitad de la mitad del chorizo!

3-VI-910.

El diablo tras de la tapia.

MUCHOS han leído á Grilo; poeta cantor de los Borbones, obligado por la recompensa; mas su expontánea inspiración, solo la manifestó á raudales, describiendo su querida tierra andaluza, su bella ciudad *Sultana,* madre de los califas que fumaban en pipa, y de los otros fumadores de vegueros, recogidos en la candente arena y arrojados por los entusiastas de la semi-barbarie, que diría un extrajero.

En 1892 me hallaba trabajando en Córdoba, sin más asueto que, á la una de la tarde, ir á tomar café en el del Gran Capitán; á la vez escribía á mi familia, consultando á cada instante el reloj para no faltar á los ensayos del teatro.

En una mesa vecina, formaba tertulia D. Alfonso de Cárdenas, hombre simpático, gran amigo de los artistas, y abonado á un proscenio del coliseo en que yo actuaba.

Su acompañante de palco, entre otros, lo era el mayor *califa* de la tauromaquia: Rafael Molina, (álias) Lagartijo.

En una de mis cotidianas asistencias al café, llegó á mis oídos:

—Señor García Valero, ¡no vive usted más que para el teatro!

Así habló desde su mesa el bueno de D. Alfonso.

—Cierto:—respondí—mas en cuanto el negocio ofrezca mejores rendimientos, no dejaré de visitar la mezquita, el Guadalquivir, la casa de Séneca, y, sobre todas estas cosas, lo que mayor placer ha de causarme, ¡y más deseo! es ir á las famosas ermitas de la sierra, cantadas por Grilo y muy visitadas por mi compañero Escriu, que me hizo escuchar distintas veces elogios sorprendentes de su situación topográfica y de su vegetación exuberante.

Nada más expuse. Cual de costumbre, me encontré el consumo pagado, por quién más tarde iba á ser mi entrañable amigo: por Cárdenas.

En la noche del día que dejo apuntado, al terminar la función, se presentó en mi *camerino* un lacayo, con recado de que á las seis de la mañana siguiente se hallaría un coche ó calesa á la puerta de la fonda para conducir á las ermitas á mí y á los amigos que de mi agrado fuesen; así lo había dispuesto su señor, haciéndome presente que podía contar con doce cubiertos, ya encargados.

—¿Quién le envía?—pregunté temblando de contrariedad.

—D. Alfonso de Cárdenas.

—Acabo de verle en el palco.

—Ya se ha marchado á descansar.

—Me es imposible aceptar; debe aplazarlo para otro día, tengo ahora mismo ensayo general de: «*La*

señora del coronel» zarzuela que se estrenará mañana, y...

—El señorito ya estará durmiendo cuando yo llegue á casa y no me es dado verle.

—¡Bien! no diga usted nada; acepto.

Mucha era la galantería, y... ¡qué remedio! ¡á la fuerza ahorcan!

Acabó el ensayo á las tres de la madrugada; hice la tablilla para el otro día con trabajos en que no precisara mi asistencia hasta las cuatro de la tarde, hora fijada para la prueba á orquesta de la nueva producción.

Convidé á la tiple Pilarcita Aceves, bellísima criatura, á su mamá, á otra señorita de la compañía y... ¿á quién más? ¡había que escogerlos con pinzas! ¡Doce cubiertos han dicho...! ¡valiente apuro!...

Decidí llevar también á un capitán de la remonta, á un comerciante, y á otro señor mi amigo, los tres, compañeros de hospedaje en la fonda en que yo vivía; aportaba para la gira siete bocas, que con D. Alfonso y algún calesero bien podían sumarse once comensales; el número me tranquilizó, pues ya no sería mucho el sobrante de comida.

Pasé el resto de la noche en las mesas de la acera del Gran Capitán, tomando *granizados*, ¡el calor era excesivo! nos encontrábamos en la última decena del mes de Julio, ¡bien me decían antes de salir de Madrid! «en Córdoba caen los pájaros fritos; si sudas estando parado haces un charco á tus pies»; este programa me hizo el cómico Cerbón.

A la hora indicada por el lacayo, entró en la plaza del Angel el indispensable carricoche, arrastrado por cuatro mulillas enjaezadas, portador del buen Alfon-

so, que guiaba, vestido á la jerezana, y de dos criados.

Le recibí con una sonrisa; nos acomodamos en el clásico vehículo todos los enumerados, y, los chasquidos de la tralla, y el cascabeleo de las colleras fueron el aplauso de nuestra marcha.

Al pasar por el hotel del Gran Capitán, los camareros acomodaron en la calesa cestos y más cestos, guardadores de la comida.

D. Alfonso no era fumador; no obstante nos presentó dos cajas de habanos para nuestro uso en la jornada.

Cárdenas no bebia más que agua; sin embargo, pusieron á nuestra disposición docenas de botellas con Montilla y Solera: descorchando en el momento varios cascos.

Seguimos á lo largo el magnífico paseo que toma nombre de las excepcionales condiciones del ínclito guerrero favorito de Isabel I; al oeste de la población nos internamos en la sierra; ¡siempre cuesta arriba, siempre serpenteando!; mi amigo me decía: «mira Vicente, así es la subida de Panticosa; voy todos los años, mi estado catarroso me obliga.»

Llevaríamos hora y media de ascensión cuando parando el carruaje tuvimos que poner pie en tierra.

El coche seguiría por el trozo de cuesta, llamada del Reventón, mientras nosotros subíamos por un atajo hasta encontrarle después de haber salvado la peligrosa pendiente.

¡Dios de Dios! «¡no hay atajo sin trabajo!» ¡nunca hubo frase aplicada con más exacta propiedad!

¡Aquello fué trepar por una pared con puntos salientes cuando no huecos entrantes!

Pilar Aceves.
En la época de esta crónica

¡Reventados llegamos todos, si no deshechos!

Vuelta á ocupar la calesa y vuelta á beber vino que, aunque riquísimo nos hacía apetecer el agua; esta no la hubimos hasta llegar á la puerta de la tapia que circunda el terreno en que están enclavadas las ermitas.

Frente á la entrada que indico, hay un abundante manantial capaz de persuadir al borracho mas empedernido.

Cinco ó seis menesterosos esperaban junto al sagrado recinto. Dos hermanos salieron al postigo, y de un caldero, les racionaron una cantidad de bazofia compuesta de muy pocas legumbres y sí de muchos yerbajos.

¡¡Grande debia ser la vagancia de aquellos mendigos que gateaban tan inmensa altura, sofocados por el sol, para alimentarse con semejante porquería!! Nosotros, en coche, habíamos invertido dos horas y pico en llegar.

El hermano portero de las ermitas se ocupaba en hacer rosarios, otros confeccionaban sombreros de palma, y más que seres animados parecian esqueletos con envolturas de pergamino amarillento y rugoso.

Mi galante amigo se excusó de no llevar permiso del obispo, con lo improvisado de la visita; quedó en mandarlo al dia siguiente, pues lo habia solicitado; manifestó deseo de dar una limosna, y á poco la llevó á cabo entregando un billete de cien pesetas.

Franqueado nuestro paso, cerraron el portillo.

A la izquierda vimos una fosa abierta.

—¿Para quién es esto hermano?—preguntamos.

—¡Para el primero de nosotros que deje de existir!

Junto á la sepultura preparada habia dos más

cubiertas de tierra removida, patente muestra de haber sido habilitadas recientemente.

Nos dirigimos á la habitación del superior: la puerta estaba cerrada: pegado en ella, un listín manuscrito; en renglones los nombres de los sitios de su demarcación. Al fin de cada línea habia un agujerito en la madera, y, colgando de la parte superior de aquella nomenclatura, sujeto en una escarpia, un bramante en cuyo extremo libre tenía atada una espina de rosal que, metiéndola segun convenia en un orificio ú otro de los que habia al final de los epígrafes, indicaba fielmente el sitio en que se hallaba el ermitaño mayor; en el lugar marcado por la tablilla lo hallamos.

Nos recibió afablemente.

Dispuso que uno de los subalternos nos enseñara cuanto deseáramos ver; que en el comedor de *los huéspedes* podríamos, si lo estimábamos, hacer nuestro almuerzo.

Estuvimos en algunas ermitas, todas distantes entre sí; cada hermano tiene una á su cargo y también la huerta adyacente para labrarla, y prestarle cuido contínuo; la cama la constituye una tabla, la almohada la suple un peñasco; algunos se permiten el lujo de tener junto á la cabecera un *verre d'eau* fabricado con media calabaza, conteniendo agua.

Visten sayal de paño burdo.

No se hablan los unos á los otros más que para lo indispensable, si bien con los visitantes llegan al máximun de la locuacidad que les permite su debilitado físico.

Si alguno se pone enfermo en el aislamiento de su ermita, hace sonar la campana por medio de la cuer-

da que pende sobre su lecho; cuando esto ocurre, por el número de golpes de badajo se viene en conocimiento del ermitaño que demanda auxilio y acuden en su socorro.

La campana de la iglesia, mayor que la de las ermitas, congrega á todos en los actos religiosos, ó sea, para el rosario y el sacrificio de la misa, que oficia un capellán subvencionado *y bien comido;* digo esto, por que los penitentes solo se mantienen del potaje que vimos distribuir á los pobres, á nuestra llegada.

Caso de haber enfermos: se les dá mejor alimentación durante el mal, después vuelta al régimen mortificante, siendo de advertir que los más, ocultan su malestar para *pasar á mejor vida* sin tanta lentitud!

¿Quiénes van allí? ¡seres desesperados, hombres que en el ocaso de su vida quieren precipitar la solución de sus quebrantos por falta de valor para arrostrar el suicidio directo!

Para ingresar presentan instancia al obispo y, al ser admitidos, hacen voto por dos años; al cumplirse pueden renovarlo por otro igual período.

Después de habérsenos erizado los cabellos á la vista de unas cuantas moradas, mejor potros de tormento, pasamos á extasiarnos con la exuberancia de frutas y hortalizas, pájaros y flores.

Decidimos almorzar.

El *esqueleto* acompañante nos internó en el comedor de: «para cuando hay pupilos», pues he de decir que, solicitándolo *del de la mitra,* reciben alojados mediante pago de dos pesetas diarias, por temporada limitada.

El artista D. José Escriu en el año ochenta y... tantos, consiguió licencia de Pina Domínguez, autor

y empresario del teatro Eslava de Madrid, para ausentarse quince ó veinte días, y pasarlos en las ermitas que nos ocupan.

A su regreso á la Corte nos contaba maravillas de aquellos fértiles montes; ¡qué maravillas! ¡anacronismos y mentiras! nos aseguraba haber visto ¡tigres y otras fieras, y haber estado expuesto á perder su vida por dormir una siesta á la sombra de un manzanillo!

Estas fantasías, escritas por él en versos malos, las imprimió y se repartieron muchos ejemplares de ellas entre los espectadores de Eslava; y es... ¡qué este actor tuvo poco de tal, nada de ilustración, y tan solo mucho tiempo de estar contratado en el género bufo!

—✱—

Instalados en el comedor, disfrutamos de fresca brisa; esta pieza, encalada escrupulosísimamente, es subterránea; toma la luz por unos ventanillos de junto al techo, que están á nivel con la rasante del piso exterior.

Sobraron gran parte de nuestros comestibles.

El eremita acompañante se incautó de ellos, á ofrecimiento de todos, para entregárselos al despensero que los destinaría al sacerdote ó á alguno de los enfermos; por su parte él no consintió en probar bocado ni tampoco en sentarse; todo el rato á pié firme y á distancia nos cumplimentó y ayudó en diálogos del estilo siguiente:

—¿Es cierto que admiten ustedes pupilos?

—Sí, hermanitos; hembras no, solo vienen, como las aquí presentes, en concepto de visita.

—Y, usted, á la vista de estos dos *pimpollos* no

siente nada en su espíritu?—preguntamos señalando á nuestras jóvenes amigas.

—En el espíritu sí, mucho; las admiro como obra preciada del Sumo Hacedor; mas la materia no se interesa, está debilitada, ¡la escasa alimentación y los cilicios forman un freno incorruptible!

Tratamos de inquirir lo que había sido en el mundo: poco, poquísimo nos satisfizo; su discreteo formaba un denso velo con lo de afuera de aquel recinto.

—Para los ermitaños—nos dijo—termina lo mundial al verificar el voto.

—¿A quién han enterrado en la fosa de junto á la preparada?

—Al hermano Carmelo ¡ era un santo! en el mundo fué un personaje; ¡las duras penitencias, las frecuentes flagelaciones desgarraron sus carnes en pecho y espalda dejando al descubierto las costillas! tenía el cuerpo completamente llagado, ocultaba bajo el hábito tanto mal, á fin de no tener que rechazar los auxilios; notada por nuestro superior su falta de asistencia á la iglesia, determinó ir á la ermita en visita de inspección... ¡cuando esto hizo, le encontró cadáver! ¡El hermano Carmelo había ganado el cielo, era un mártir!

—¿Y no ha habido caso de que alguno de los compañeros al transcurrir los dos años haya dejado de refrendar el compromiso para volver al siglo?

—Ninguno. ¡Sólo el hermanito Cayetano hará unos cuantos meses quiso huir!

—¿En qué forma sucedió?

—Fué una noche: el ermitaño se hallaba entregado á la oración en horas de la madrugada, arrepentido desde el fondo de su alma de todos los devaneos á

que le había arrastrado una pérfida mujer, causa de su mal y motivo de venir á este recogimiento; cuando más fervorosa era su contrición, percibió voces tras la tapia cercana á su ermitorio, ¡aquella voz, cuyo timbre hacía vibrar su nombre en las asperezas de estos montes, le fué conocida! Tuvo mucho miedo; agarró la cuerda á fin de hacer sonar las campanadas de socorro... las fuerzas le abandonaron, ¡podían más las lamentaciones del genio del mal! Salió, impulsado de comezón irresistible; la nerviosidad acrecentó su debilitado impulso, trepó por el muro; al descender... ¡¡le recibió en sus brazos el diablo!!

—¿El diablo?—proferimos todos.

—¡Sí, hermanitos! ¡el demonio! que no otro era, y, con seducciones, lo arrastró hasta la cuesta del Reventón; ya en ella el Dios de las misericordias tuvo conmiseración de su siervo, y Luzbel, en forma de mujer, se desvaneció ante las oraciones del perturbado. Este tornó á la puerta de entrada, ¡el Señor no quiso concederle las energías que el del averno le prestó para salvar la valla, porque quiso patentizar el milagroso sucedido! Todos nos enteramos, por el estrépito de sus llamadas. ¡Ha sido un caso de vivificación consoladora para los demás! ¡El hermano Cayetano, mediante duras vigilias, ha alcanzado su perdón!

¿A la del Reventón le llevó el del rabo y cuernos? se me alcanza, por que iban cuesta abajo, que para lo contrario hubieran resultado inútiles todas las legiones de Pedro Botero.

Las mujeres se mostraban temerosas con el *paso* de Satanás.

Hubo que tranquilizarlas haciéndoles comprender

que todo, sin pizca de sobrenaturalidad, obedeció á alucinaciones del cogullado.

Como yo me durmiese efecto de la mala noche, nuestro cicerone me invitó á disfrutar una siesta; temí me llevara á alguna cama al igual de las que habíamos visto de tabla y piedra; pero me aseguró que descansaría en las que tenian para los huéspedes.

En efecto: la habitación á que me condujo estaba limpísima, la cama aseada y bien mullida.

Dormí durante unos sesenta minutos; observé que no había ningun pupilo, pues solo los tenian en el invierno ó primavera, ¡la canícula los ahuyentaba!

Mis compañeros pasaron el rato en el refectorio entre risas y cuentos.

Al desperezarme me noticiaron que íbamos á visitar la silla del obispo.

El ermitaño jefe nos cambió de asesor; con este nos llegamos á una punta de la sinuosa cumbre, donde se halla, hecho de piedra, el asiento episcopal; desde él se domina un hermoso y extenso golpe de vista.

¡Soberbio panorama! en lontananza el pueblo de Hornachuelos; muy cerca, con vértigo, que hace creer á nuestros pies, lo que no obstante no guarda gran distancia: el convento de los Angeles, con su plazoleta, verdosas arboledas, su iglesia, la gran cruz de piedra sobre gradas en el centro de aquel terreno... á su vista exclamé:

—Fijáos: ese signo del cristianismo, y cuanto le cerca, representa la decoración del cuarto cuadro de la famosa producción del duque de Rivas: «*Don Alvaro ó la fuerza del sino*». Sobre las gradas que mirais declama doña Leonor:

«Sí... ya llegué... Dios mio,
gracias os doy rendida.
En tí, Virgen Santísima, confio;
sed el amparo de mi amarga vida.
Este refugio es solo
el que puedo tener de polo á polo.
No me queda en la tierra
más asilo y resguardo
que los áridos riscos de esta sierra;
en ella estoy... Aún tiemblo y me acobardo...
Ah!... nadie me ha seguido.
Ni mi fuga veloz notada ha sido.»

Con sorpresa para nosotros, el penitente así que hube terminado, recitó:

«No es un acaloramiento,
no un instante de delirio
quien me sugirió la idea
que á buscaros me ha traído.
Desengaños de este mundo,
y un año ¡ay Dios! de suplicios,
de largas meditaciones,
de continuados peligros,
de atroces remordimientos,
de reflexiones conmigo,
mi intención han madurado
y esfuerzo me han concedido
para hacer voto solemne
de morir en este sitio.»

—¿Conoce usted esa comedia?—preguntamos.
—¡Mejor me hubiese sido ignorarla!

Nos contó haber pertenecido á la milicia. Cuando cadete admiraba al gran actor D. Pedro Montaño, fiel intérprete del infortunado *descendiente de los Incas;* en la fiesta de Santa Bárbara hicieron los militares función de teatro con actrices de oficio.

—¡Ah! entonces el hermano ha sido artillero?

—Les suplico que no me pregunten, confórmense con lo que me plazca manifestar. Digo pues, que, representamos ese drama, yo hice el protagonista, la dama que interpretó la Leonor fué luego mi amiga, y... más tarde, por sus sentimientos, y mudanzas, me hizo perder el bienestar, la fortuna, la carrera, y... ¡hubiera condenado mi alma á no haberme acogido á este sagrado lugar!

Dicho esto se quitó el sombrero de palma con una mano, simultaneando con la otra la subida de la cogulla hasta cubrir su cabeza; plegó las manos, oró, y á poco nos dijo:

—¡Vaya, hermanitos, vuelvan á estar alegres! las cosas de los moribundos no deben entristecer á los que sostienen con sus limosnas este penitente albergue.

¡Aquellos instantes tétricos fueron de profunda impresión, y, mejor por disimulo, que por solaz, volvimos á la alegría!

Se acercaba la hora marcada para yo bajar á Córdoba obligado por el ensayo; decidimos encaminarnos poquito á poco al punto de salida; en el trayecto se me ocurrió subir á un risco y declamar el final del «*Don Alvaro*»:

«Busca, imbécil, al padre Rafael... Yo soy un enviado del infierno; soy el demonio exterminador... Huid, miserables, infierno abre tu boca y trágame.

Rafael Calvo
En el drama «Don Alvaro ó la fuerza del sino» año 1876.

¡Húndase el cielo!, ¡perezca la raza humana!, ¡¡exterminio!!, ¡¡destrucción!!...»

De un salto caí en la vereda, sin colchones como son en uso y práctica en los teatros para esta escena.

Todos celebraron mi agilidad y ocurrencia.

Cuando terminó el regocijo echamos de menos al de la capucha.

¡Qué le habrá ocurrido!—dijimos; —¿acaso le han asustado las valientes imprecaciones del Duque ilustre?

Un nuevo contratiempo surgió; ¿cómo orientarnos en busca de la salida?

A poco distinguimos á lo lejos, en dirección nuestra, al eremita que nos acompañó durante la comida.

—Vengo por ustedes;—nos expuso—, mi compañero ha tenido que ausentarse.

—¿Se ha puesto malo quizá?

—No, no se preocupen, sus rarezas obedecen á estar algo *tocado de la cabeza*; por eso todos nos interesamos mucho por el hermano Cayetano.

—¡Anda! ¡Pues si es el que se marchaba con el diablo!

—Ya les he dicho que se halla arrepentido de todo corazón.

Entramos á escudriñar la iglesia; sus paredes ostentaban cartelones con las tiernas poesías de Grilo en loor de las ermitas; nada curioso había allí. Salimos.

Al llegar junto á la puerta de la tapia, para emprender el regreso, nos encontramos á Cayetano que, provisto de alicates, trabajaba en engarzar cuentas de rosario.

Con humildad me acerqué á él, le ofrecí mis discul-

pas por si inconscientemente en algo le había mortificado; me oyó con atención; luego, abrillantándose sus vidriosos ojos y arqueando sus desmesuradas cejas, profirió con acento de sentencia:

—¡Joven, usted acabará mal! Cuantos reproducen las maldiciones del *Don Alvaro*: caen en pecado mortal!; ¡yo incurrí también, y, si Dios no me quita la vida tan pronto como lo deseo, volveré á pecar!

—La oración le apartará de esas alucinaciones.

—¿Alucinaciones?; ¡realidad!, ¡terrible realidad!; ¡compadézcame!, ¡la Leonor de aquella comedia á estado aquí hace poco tiempo!; su satánica fascinación me apartó de mis rezos, me sacó de este sagrado lugar, y, en punto estuve de condenar mi alma para siempre... ¡Joven, no dude!... ¡¡todos los que representan esa obra están en pecado mortal!!

29—VI—910.

La araña de Burgos.

Se dice de algunos sujetos: «que tienen ángel».

Convengamos en que lo tienen, aunque sus acciones correspondan á toda una legión de demonios.

Quién entre sus amigos no habrá contado varios de la *seráfica* clasificación.

«Allí viene *Fulano;* ¡horror me vá á dar un sablazo!»

Del bolsillo del chaleco trasladamos recatadamente y con presteza al del pantalón, nuestro único duro; llega el aludido; ante su mágica palabra, la mano que, enfundada en la percalina, oprime nerviosamente la moneda, vá agarabatando sus dedos, por fín saca á luz las cinco pesetas pasándolas á la del que pretendiamos librarlas.

A poco que nos insista le ofrecemos mayor cantidad si quiere molestarse en ir á nuestra casa.

Ocasiones no le faltan de pedirnos prestado un traje; sabemos que lo empeñará, ¡gracias que demos con la papeleta! ¡no importa! á él irá nuestro mejor vestido.

Estos seres irresistibles, simpáticos, que practican la máxima gitana de: «el que guarda para mañana no cree en Dios» abundan... en nuestra España.

He conocido á muchos, y, he sido víctima de otros tantos; víctima no propiciatoria, llevaba mi broquel siempre enhiesto para evitar los golpes, ¡todo en vano! La prodigiosa elocuencia de los que asi viven, hace de ariete lo mismo con los hombres sensibles que con los empedernidos Matatias.

Juan Luna, alicantino, simpático él, segundo galán en compañías de verso, era mi amicísimo y compañero en el teatro Principal (Santa Cruz [1]) de Barcelona durante el año cómico de 1878 á 79.

Aun figuraban en los carteles, entre diversas localidades con iguales títulos que hoy aparecen, los solicitados asientos de: *sota l'orga* (2).

Juanito tenía *ángel...*, no precipitemos los sucedidos..., acudirán por turno para distraernos.

El arte se hallaba en su mayor auge. Temporadas de nueve ó diez meses, todas ellas con compañías de verso, baile, y, algunos años, tambien el aditamento de un *elenco* de artistas para las óperas de mayor éxito.

«*La Traviata*»: hacia furor.

---

(1) Así le llamaban los antiguos, por haber fundado dicho coliseo la junta del hospital de Santa Cruz.

(2) Se denominaban así las lunetas colocadas al final del patio de butacas, bajo el piso de palcos entresuelos que hacia techo á dicho aposentamiento. No sé á que obedece la palabra *orga* (órgano) pues jamás hubo en las *casas de comedias* instrumento alguno de esta especie en el público; debió nacer de una vulgaridad y como símil de la situación que en muchas iglesias ocupa el coro con órgano, formando bóveda en la entrada del templo.

Las niñas, muchas de juventud dudosa, se desgañitaban con el: «*Gran Dio morir si giovane*» en fuerza de alaridos con que atronaban la casa; para estar pálidas, á hurtadillas, bebian vinagre; en visita tosian sin el menor asomo de constipado; várias se creyeron tísicas ¡tal impresión! ¡tan directa influencia ejerció sobre ellas la redimida Violeta!

Ayudaban á mantener vivo el interés por las obras de Verdi, los organillos callejeros.

Estos no se parecian á los hoy en uso; no eran de macillos, tenian fuelles; en vez de ser arrastrados en carros, por jóvenes golfos pletóricos de vagancia, pendian de anchas correas sobre los cuellos de los italianos melenudos que pordioseaban por las calles llenos de fatiga, sin dar punto de reposo á la manivela del instrumento. El postular estaba á cargo de su inseparable mona, vestida con falda femenina.

Desde la tapa del órgano trepaba el animal hasta los primeros pisos por una caña larga que sujetaba el extranjero con la mano izquierda, ya desde ellos seguia por su cuenta ascendiendo por cortinas y relieves á los cuartos superiores; como la mona iba atada á una cuerda cuya extremidad contraria estaba sujeta á la cintura del amo, este la obligaba á descender por medio de alguno que otro tiron como via de llamada.

«*Pura si come un ángelo, Dio mi dié una figlia*», entonaban los acordes del organillo, mientras la mona se comia un terrón de azúcar dado por la señorita del segundo, que tenia más de *traviata* que de lo primero.

También chirriaba el instrumento, arañando notas: «*Non bastan cinque awi mestier del sexto*», al par

que el bicho mordia un cacahuete regalado por una jamona del principal, muy conocedora de la ópera «*Lucrecia*», ¡qué si bien Genaro pedia á la Borgia un sexto féretro para él, la jamona contaba el número de tálamos para ella!

Verdi en el teatro; Verdi en las calles y... ¡verde en las casas! el repertorio del sublime compositor enajenaba casi por completo los carteles de las funciones; en el casi dejaba paso á Donizetti, Bellini Rosini y poquísimos más.

¡Tiempos eran de mojigatería! bastaba con cubrir las apariencias: con presentarle la cédula de comunión al vicario de la parroquia en la visita cuaresmal que hacia á los feligreses en sus domicilios, se estaba á salvo con la pública opinión.

¡Nada de sicalipsis! ¡nada de tarjetas! solo cromitos con pajaritos, cestitas de flores, y algun gatito que otro! Mi amigo D. Tomás Gianelo (Thómas) hubiese fracasado tanto como ahora adquiere celebridad con sus postales sugestivas.

El reglamento orgánico de teatros dejaba á los cómicos *peristam scntaem uncionem:* el día de Todos los Santos, los viernes de la cuaresma, y, también desde el de Dolores hasta el sábado de Gloria, ambos inclusives, pues prohibia las representaciones.

En los días sextos de las semanas cuaresmales, hago memoria: salia de la iglesia de Belén un via-crucis, con un Cristo del tamaño mayor acompañado de disciplinantes (vestas [1]) y otras figuras pavorosas de la pasión.

---

(1) Así los llaman en Cataluña y Valencia á los que en otras partes: penitentes y nazarenos.

Así que, caminando por las Ramblas, llegaban á Atarazanas, daban la vuelta para regresar al punto de partida, entre la indiferencia de los indígenas y la curiosidad de los forasteros.

Excmo. Sr. D. Arsenio Martinez Campos.

Tenía lugar esta procesión á las once de la mañana y... por qué no confesar, que era una costumbre rezagada digna tan solo de un pobre villorrio.

Dejemos la calle para entrar en el coliseo en busca de alegre visualidad pues aunque alumbrado por gas brillan á su luz muchas mujeres hermosas; entre ellas la esposa del general Martínez Campos, dama de acentuada distinción, de singular hermosura; su marido se

halla en Madrid; acaba de desempeñar la capitanía de la ciudad condal; llamado por el gobierno, bien ha sentido tener que ausentarse; echará de menos los buenos ratos pasados viendo interpretar al actor Domingo García el papel de Roque en «*Bruno el tejedor*» de Ventura de la Vega, comedia favorita de D. Arsenio.

D. Ramón Blanco, sustituto del anterior, ocupa un proscenio con su familia.

¡Los barceloneses adoran en él!

Mucho querían á Campos, mas con este están entusiasmados.

Blanco se ha hecho popular; veremos por qué: todas las tardes toma café en el de las Delicias, (1) local acotado por los cómicos; con ellos alterna; la tropa iba á misa los domingos por el centro de la Rambla, una vez por pisotones dados á los del pueblo, marchando los soldados al compás de la música, se originó una pequeña colisión. Los catalanes manifestaron sus quejas en la capitanía.

Una orden dispuso que en lo sucesivo los regimientos fueran á la iglesia por el arroyo.

¡Bravo por el general!

Y así, con muchos hechos semejantes, consiguió el aplauso de los paisanos.

—✱—

—Ven Vicente, acerquémonos á la mesa de Blanco, nos pagará el café y le insinuaré mi beneficio.

---

(1) En la actualidad café Lion d'or, al lado del teatro Principal, con puerta de comunicación en el primer piso para que en las funciones pueda pasar el público sin salir á la calle.

—Sería una sinvergüencería, amigo Luna, ¡por un real que cuesta cada café!...

—Sí, mas yo me he comprometido á pagar el gasto de Sabater y Barceló contando con tu magnanimidad, con tu bolsillo; si no quieres así, será en concepto de préstamo; mis invitados han recargado la cuenta pidiendo copas y puros. Ya ves que vale la pena.

Excmo. Sr. D. Ramón Blanco.

—No voy.

—Hágase tu gusto, ninguno de los tres tenemos un cuarto, cargarás con todo.

—¡Ya estás saludando militarmente!

Al minuto se hallaba en conversación con el gene-

ral y su sobrino y ayudante Pepe Erenas: á poco, prévia llamada, los cuatro de la reunión formábamos peña con el jefe de la milicia.

D. Ramón tenia halagos para todos; á mi me dijo: «no es posible que los barceloneses le olviden á usted, ese Bernardo gallego, de la comedia «*Calvo y compañía*», no habrá quien lo interprete mejor».

—¡Gracias, mi general!

Esta obra, favorita del que fué años después marqués de Peña Plata, obtuvo un grande éxito; el graciosísimo diálogo del ingenioso Vital Aza, gustaba cada vez más; treinta representaciones consecutivas en aquella época pueden equipararse á cien en la presente. Domingo García y yo estrenamos los principales papeles. Con extremos de está índole continuó la conversación de todos.

Pagó el de los entorchados; Luna protestó más que nadie pues queria ¡pagar él!

Pidió á Blanco una fotografía suya, alegando que le preparaba una agradable sorpresa; este prometió enviársela.

Llegado el beneficio de Juanito, no se habia preocupado de estudiarse el papel de la obra elegida, mas sí de pintar un buen retrato al óleo de D. Ramón inspirándose en la tarjeta demandada.

Tan simpático recordatorio le valió un buen presente en metálico, unos gemelos de oro con las iniciales R. B. y dos cajas de cigarros habanos, ¡qué vendió á bajo precio aquella misma noche!

—✱—

Cobrábamos por quincenas vencidas, en el último mes de la temporada no percibió nada en ninguna de las dos nóminas.

¡Había consumido en Abril lo correspondiente á Mayo!

Entre sus muchos ingleses, los más temibles eran la patrona y... ¡sobre todo, el patrón! sujeto fornido que prometía, si no le pagaba, pegarle un puñetazo en la cabeza que le hiciera dar con la frente en las puntas de los botitos; y no era hombre el señor Isidro, natural de Borja, para dejar las cosas en oferta, más bien para sin reparar en el dicho comenzar por el hecho.

El cómico no cesaba de vender, por lo que le daban, la media docena de trapos que componian su equipaje.

Como ignoraba los trasiegos del comediante el hombre del genio fuerte, el pupilero, se hallaba tranquilo y en espera de cobrar.

Terminó la temporada.

Todos los artistas se ausentaron menos el que nos ocupa, pues decia estar esperando dinero para solventar los créditos.

Dormía en su alojamiento; comía fuera; los amos no sospechaban una barrabasada; allí estaban sus cofres: un baul mundo, una arca y un baulito pequeño.

La miñona (criada) los apartaba para hacer la límpieza del cuarto, lamentándose de lo mucho que pesaban aquellos *condenados*.

—No te importe—la replicaba el señor Isidro—ellos son mi garantía; me dá lo que me debe ó no los saca de aquí.

Los dueños de la casa observaban que el tramposo, por las noches, ya de madrugada, al retirarse al domicilio llevaba extremadamente abultados los bolsillos del gabán; ¿qué ocultaba? ¿serían fiambres?

La mujer se lamentaba de la grosería.

—¡El podrá no pagarnos, pero bien se cuida, bien se regala, no me cabe duda, deben de ser golosinas, y, ni siquiera nos invita!

—¡Pobre pastelero!—contestaba el marido—¡por que dinero no tiene!

—Ya son muchas noches las que trae los bolsillos reventando; estoy cierta de que son fiambres, ¡con lo que á mi me gustan!

El huesped dejó de dormir en el hospedaje.

Una semana había transcurrido sin que se le viera por allí; el patrón, aunque confortado con la presencia de los baules, se determinó á inquirir lo que había sido del farandulero.

Con no pocas indagatorias encontró noticias de que habia tomado las de Villadiego sin marcar itinerario.

Mohino volvió á su casa; requirió á su *costilla* para que le ayudará á abrir el equipaje del fugado.

—¡Calma, mucha calma! vamos á ver con lo que contamos para indemnizarnos de lo que es nuestro.

La esposa, la criada, y un buen martillo de orejas grandes, le prestaron auxilio en su decisión.

Saltadas las fallebas, levantaron las tapas de la trinidad *baulesca*.

¡Estupefacción preparatoria de síncopes!

—¡Mira! ¡mira!—exclamaba el de Borja.—¡tú te lamentabas, creias que se lo comía solo! ¡le llamabas egoista! ¡te equivocaste! ¡¡nos ha guardado golosinas!!

En un cofre había.....piedras, guijarros y cantos; en el otro, guijarros, cantos y piedras, y, en el tercero, cantos, piedras y guijarros.

¡Pobres pupileros, *reventados* por los *fiambres!*

***

Un paréntesis de tres años y volvemos el acaparador de guijarros y yo á ser compañeros en el teatro circo de Colón, de la ciudad del Turia.

¿Se había enmendado el burlador de... todas las provincias? se me ocurre así recordando que hubo el burlador de Sevilla, que aunque también hizo de las suyas fuera de su país, en él extremó sus hazañas; mi amigo huyó de lo regional llevando por toda España sus maquiavélicos abusos con opción á patente de burlador nacional.

Muy cierto que había empeorado su manera de ser; mas él seguía á gusto en el *machito,* tenía el mismo *ángel,* condición suficiente para proseguir la *tomadura de pelo* á todo individuo de su selección.

Era el mismo; yo me atrincheré: si me pedía un traje para la escena, de mi excusabarajas pasaba á manos de mi criado; este se lo entregaba en su cuarto á Luna, y, no se movía del pasillo, estando á la atisba del momento preciso en que aquel se desnudaba, para recogerle las prendas en el instante.

—¡Qué determinaciones tan radicales tomais!—nos decía Juan, acompañando sus palabras con una sonrisa plácida, no ya de *angelito,* de querube.

Una vez á la hora de los ensayos se presentó en la puerta del escenario el conocido sastre D. Enrique Pérez, gran aficionado á hacer comedias en los teatros

caseros, que tenía su magnífica tienda en la calle de las Barcas, casi esquina á la plaza de Emilio Castelar.

Se me manifestó inquieto; más bien trémulo.

—¿Qué tienes?—le pregunté.

—Busco al pillo de Luna. ¡No se reirá de mí! ¡estoy dispuesto á ir á la cárcel ahora mismo!

—¡Serénate! ¡serénate! ¡tú tienes bastante que perder amigo Pérez! la reflexión te sugerirá mejores actitudes.

—¡La elegida es esta!—prorrumpió frenéticamente enseñándome un revólver bull-dog.

Azucé mi interés para aplacarle.

Enrique me refirió las mil y tres perradas que tan indignamente le había hecho el que perseguía.

¡Trajes de alto precio habían salido de su obrador, y, el cómico sin ponérselos siquiera una vez, sin haber satisfecho su importe, los había enagenado ó malvendido!

A mis instancias prometió no entrar en el escenario; yo haría salir al individuo; le recomendé al portero, encareciéndoselo mucho no dejara pasar á aquel caballero.

Avisé al *comprometido;* cundió la especie del disgusto que se le preparaba; ¡todos nos preocupamos!... ¡todos, menos él!

Juanito nos compadecía con su estereotipada glacial sonrisa.

Terminado nuestro trabajo, le significamos que se escapara por la puerta principal; nos desoyó; salió por la del peligro y se fué derecho al sastre.

Los de la compañía, desde junto á la entrada del vestuario, atisbábamos el paso dramático que iba á te-

ner lugar entre un comediante y uno que iba á *sentarle las costuras.*

El *tailleur* empezó moviendo los brazos con tal vertiginosidad que nos recordaba las aspas de los molinos ante Don Quijote.

Sufría el cliente los cargos é improperios en actitud humilde ¡muy humilde!

Así que los brazos del hacedor de retales dejaron de hacer gimnasia, también dió reposo á la sin hueso; ¡llevaba tres cuartos de hora sin dejar de hablar!

Su contrincante aprovechó el cansancio del adversario.

Comenzó á chillar; levantó una mano señalando al cielo, con la otra se daba palmadas sobre el corazón.

Rápidamente, el del comercio buscó un objeto en el bolsillo de la americana.

—¡El revólver! ¡Dios mío el revólver!—discurríamos todos aterrorizados y... no faltó cómico que se ataponó con los índices ambos oídos.

Mas no era así; lo que sacó fué el pañuelo para secar el copioso sudor que la fatigosa peroración le había hecho brotar.

Nuevamente se exacerbaron.

Voces mútuas volvieron á dar carácter de pendencia á la discusión.

—¡Ya! ¡sí! ¡ahora vá á sacar el revólver!—pensé yo.

Luna estiró ambos brazos hacia atrás como hacen los pájaros con las alas cuando las arrastran, y, siguió hablando.

¡Pérez! ¡aquél *terrible Pérez,* tornó á meter su mano en la faltriquera!....tiró de petaca, dió un cigarro puro á Juanito, eligió otro para él, ambos encen-

dieron, estrecharon sus manos cariñosamente... y... ¡se despidieron!

Los de al acecho: ¡inmóviles!

Nuestro compañero vino á deshacer esta apoteosis.

—¿Qué ha pasado?—le interrogamos.

—¡Qué son ustedes muy *panolis* Ha quedado mi mejor amigo, pues le he prometido entregarle algo de las nóminas en que pueda *sobrarme dinero.* Mañana he de ir á su casa para elegir género; me vá á hacer un traje de primavera, digo, de entretiempo.

—¡De primavera! ¡diga usted de primavera!—objetó D. Pedro Delgado—pues no he visto sastre más grande primavera, y ya me habían dicho que la de Valencia era hermosa.

—✱—

En la función de mi beneficio me regaló el *domador de sastres,* una pandereta con la figura de una chula madrileña pintada al óleo; ¡una preciosidad! no exagero; en opinión de todos: el cómico era mejor pintor que farsante sobre las tablas; bien que en la vida real, era mejor lo segundo que lo antes mencionado.

Contentísimos se hallaban en mi casa con aquella obra maestra.

En la representación á favor de Juan, correspondí á su agasajo obsequiándole con un objeto artístico qüe hube de comprar.

Acabamos las funciones en aquel coliseo por extinción de contrato.

Mi mujer, mi malograda Angeles, de todos cuantos

regalos me hicieron, solo la pintada chula la tenía obsesionada.

Guardó el estuche y la colgó en la sala en sitio de su predilección.

Llego á mi casa un día y me dice mi esposa: «ahí á estado Luna, como no se contrata vá á ver si le dan trabajo en casa de Colomina, el fabricante de abanicos; me ha pedido la pandereta para enseñarla, le sirve como muestra.»

—¿Se la has entregado?

—No he tenido más remedio; me he reservado la caja; ¡cómo negarme! ha sabido inspirarme lástima, ¡pobre hombre!

—¡Pobre crédula, digo yo! ¡te quedaste sin ella!

—¡No quiero!—dijo, y se echó á llorar.

Pasados veinte días, más contenta, no que unas castañuelas, sí que unas sonajas, me despertó mi cónyuge noticiándome que ya estaba en su poder el llorado regalo.

—¡Mayor milagro es este que el de los panes y los peces! me expreso así por que siento debilidad; tráeme el desayuno; y ya que escapaste bien esta vez, no se la vuelvas á prestar aunque te la pidiera de rodillas.

¡Una cosa es predicar... otra muy distinta dar trigo!

A poco de la primera petición, vino la segunda; por la noche se celebraba en el teatro de Apolo el beneficio de la tiple Cármen Latorre, mi pandereta le iba á servir de modelo para otra igual con que obsequiar á la artista.

A los ruegos de Juanito, á su fascinación, cedí.

—Esta vez has sido tú—me advertia Angeles.

—¡Cierto! ¡se trata de un hombre irresistible!

—No nos quedaremos sin ella, ¿verdad?

—*¡Tanto vá el cántaro á la fuente!...*

—✱—

Fuí á Apolo; estuve en el camerino de la beneficiada; entre múltiples regalos se veía una pandereta igual á la mía; ¡oh prodigio! ¡no cabía mayor exactitud!

¡Oh, doble prodigio! ¡pintada por la tarde aparecía por la noche completamente seca!

Hube de convencerme de ello haciendo, con mis dedos, repetidas caricias al parche.

Observado por la diva, me pregunto:

—¿Es usted aficionado á tocar la pandereta Valero? No se prive.

—Deseaba convencerme de si era cromo ó pintura.

—Pintada, y, muy artísticamente ¡Si Luna lo practicara, tendría mejor puesto que en la escena!

—Dice muy bien Carmencita—exclamó uno de los dilettantis, admirador de todas las tiples—el que ha hecho ese trabajo es un pintor que vale por dos.

—(Y cada pandereta tambien por dos vale, y, si sigue pidiéndola para muestrario, alcanzará mayor multiplicación)—¡hube de pensar yo!

—✱—

«A confesión de parte: prueba plena».

—Perdóname querido Vicente, no tenia dinero para colores, eché mano de tu pandereta, y, pues os vais pasado mañana á Madrid, yo te juro por mi honor,

más aun: por mi hijita, ese ángel recien nacido, que no partireis sin llevaros una pintura mejor, á poco que la inspiración me ayude. Tal es mi deseo para con tu legítimo enojo.

—Acompáñame á casa y ratificarás tu compromiso ante mi familia.

Así se hizo: á todos nos juró que al día siguiente pondría manos á la obra; que aunque nos hallaramos en el tren, en espera de salida, no desconfiáramos de la restitución precisa.

Le insté á que se llevara la caja en que vino á mi poder la pandereta por primera vez.

Aceptó. Al marcharse nos dijo «ya verán ustedes quien soy yo».

—El mayor embustero conocido ¡no hay que dudarlo!

—✱—

Asomados á las ventanillas del vagón nos despedíamos de parientes y amigos; pensábamos en Luna: ¡una nueva burla teníamos por cierta!

A poco se presentó un chico y me entregó el estuche en que venía la tan deseada pintura.

—¡Vamos! ¡á cumplido su palabra! ¡por fin!

Ya el tren en marcha, la impaciencia de mi mujer me hizo cortar el balduque que cruzaba el envase; los nudos eran tantos y tan apretados, que no había uñas suficientes á su terquedad: ¡allí estaba la mayor intención que cabe en quien quiere refinar la jugarreta preparada!

Levantada la tapa no aparecieron *piedras, guijarros y cantos,* sí, las mismas recortaduras de papel que

había desde un principio, más una cuartilla con este texto:

«Vicente: dá una tregua á mi compromiso, la semana próxima os abrazaré en la Corte; dile á Angeles (c. p. b.) que vá á ser cuestión de días. Te quiere, Juan.»

¿Para qué mandar la caja en el momento de partir? ¿temía acaso que yo abandonara el tren para ir en su busca, si lo hacía momentos anticipados? ¡¡era que gozaba en desesperar á los demás!!

*
* *

No á la semana siguiente como escribió el grandísimo trapalón, á los cinco meses se presentó en mi casa acompañado de su familia.

Correspondimos á su visita yendo á verle á su estudio, improvisado en un cuarto del paseo de Santa Engracia.

¡Nuevos ofrecimientos de reivindicación!

Nos mostró un lienzo preparado para hacer el retrato de mi hija Emilia.

Con respecto al *pandero,* nada más fácil que adquirirlo inmediatamente para trabajar en él.

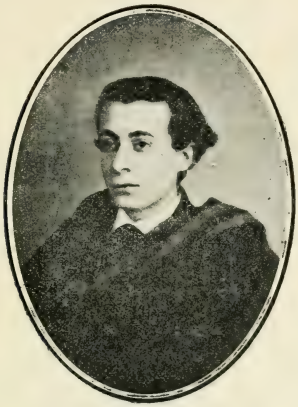
—Sí, Juan, sí, mándalo, pues estamos en Septiembre, para el día de Noche Buena.

—¡Serías capaz de igualar mi pandereta con las de la Plaza Mayor!

Al salir de aquél casi taller pictórico persistí en mis vaticinios de que los nuevos ofrecimientos no eran otra cosa que ¡palabras! ¡palabras! ¡palabras! como dijo Hamlet.

De retorno á casa, en la calle de Sevilla, vimos en

la puerta del café Inglés á mi gran amigo D. Alfredo Maza, uno de los discípulos predilectos del eminente D. Julián Romea.



Alfredo Maza, en 1868.

Nos acercamos á saludarle y nos contó que se ocupaba en la gestación de una buena compañía de verso para funcionar en Valladolid y Burgos. Le preocupaba el puesto de segundo galán; todos los conocidos estaban actuando.

—Tengo una buena noticia que darle: venimos de visitar á Juan Luna

—¡Está aquí!—exclamó Maza dejando de fumar, para lo cual colgó pulcramente las pinzas de plata, pasando el dedo meñique por la anilla de las mismas.

En esta época muy pocos usaban ya el citado ad-

miniculo, es decir, entre los seglares, que en los eclesiásticos aun había muchos que cogían los cigarros con las plateadas tenacillas.

—Creo—manifesté á Piquito de oro, así le llamaban los de teatro por su decir expedito,—que aunque Luna asegura retirarse de la escena para practicar el arte de Apeles, con usted, amigo Alfredo, si que aceptaría contrato.

—¡Me disgustan sus trapisondas! ¡mas en la ocasión presente tendré que apechugar!

Nos despedimos dejando al de las pinzas las señas del pintor actor.

***

Pocas funciones dieron en la ciudad vallisoletana; no obstante, para nuestro *elegido* cualquier momento fué aprovechable y no se sustrajo á hacer de las suyas, que por tan conocidas abandonaremos para narrar algo de su pertenencia en el terreno artístico.

Rechazó un reparto por no juzgarlo digno de su categoría; no era papel *cosido;* así se llaman cuando exceden de dos cuartillas.

¡Hay quien se fija en la cantidad, sin pensar que escritos de una sola plana han sido muchas veces personajes de grandes aplausos y popularidad!

El primer actor director llamó al artista, en rebeldía.

—¿Por qué ha devuelto usted el papel?

—Lo considero indigno de mí ¡esto ya llueve sobre mojado!

—Le suplico me dé explicaciones concretas.

—Ha de saber, señor Maza, que no estoy dispuesto á seguir así; ¡no puedo estar de este modo!

—Pues como está usted?

—*Prostergado.*

—¡¡Qué!!

—No me retracto, no señor, *prostergado.*

—¡Postergado! ¡señor Luna! postergado se dice y luego... se devuelven papeles!—le increpó con expresión de cólera; tal fué ésta que á Piquito de oro se le cayeron sus inseparables pinzas.

***

Henos en Burgos: no voy á describir su histórica Catedral con sus asombrosas agujas, ni he de meterme á hablar del papa-moscas, ni de la Plaza Mayor, ni del Paseo del Espolón, ni de otras curiosidades tan decantadas como conocidas.

El *espolón* (sable) del cómico ocupante de este escrito permanecía inactivo á causa de las filípicas del primer actor, á las que no hacía resistencia dado á pensar en el mal paso incurrido cuando por malhadada ignorancia pronunció aquel *prostergado.*

Con esto los *papa-moscas* que podría haber encontrado, iban á quedar sin detrimento en sus intereses.

Agradó la compañía.

Lista de abono, numerosa como pocas veces.

La pequeña temporada era de veinte únicas representaciones.

A excepción de prendas de vestir, Juanito se abstuvo de pedir á nadie nada; ¡pobre adán! ¡continuaba sin equipaje!

En el Casino le estimaban mucho los señoritos por la verbosidad que practicaba en las conversaciones.

Llegó el caso de pedirle á un abonado, de un palco proscenio de platea, el traje de frac pretestando haberse dejado el suyo en la capital del Pisuerga, por inadvertencia, con otras prendas innecesarias para las funciones de Burgos.

—Usted es muy dueño, ¡no faltaba más! ¡cuanto poseo está á su disposición! mañana se lo remitiré á la casa de huéspedes.

Y efectivamente: aquel, un señorón de larga barba y calva reluciente, cumplió lo ofrecido.

El artista vistió el traje para representar la comedia titulada: «*Los dominós blancos*».

Llegado el segundo acto y estando en una escena con la primera actriz, declamaban en el centro del tablado; á poca altura de la cabeza de él pendia una araña de cristal con cuatro brazos, y, en cada uno de ellos tres boquillas con sus correspondientes bujías encendidas, que, acosadas por una corriente de aire, caso pródigo en aquel escenario, dejaban caer sobre la espalda y hombros del cómico un contínuo goteo de esperma.

Luna no se apercibia de tan inoportuna lluvia, pero si el prestador del frac, chaleco y pantalón, que con grandes manoteos y siseos prolongados llamaba la atención del personaje para que se retirara del *chaparrón*.

Al fin se percató de las contorsiones del de la platea, más no de lo que significaban.

Tantas reprodujo, acompañadas de palabras que declaraban la prestación, que advertidos los de butacas dieron en reir; un espectador gritó: «que está us-

ted manchando lo que no es suyo, eso le avisan, quítese de debajo de la araña».

¡Entre risotadas y comentarios terminó aquella situación ridícula!

Despues del teatro, en el Círculo, se siguió hablando de la grotesca escena acaecida.

¡Indignación de los más con grandes muestras, y muy simpáticas, para el artista!

Censuraban sin reserva la inconveniencia del señor de calva reluciente y barba larga.

Entró Luna en el salón.

—¡Pero, hombre de Dios—le dijeron—á quién se le ocurre pedirle favores á ese *don poca ropa*!

—¡A mí, que tengo menos, señores!

Uno de los caballeros más encopetados de la aristocrática reunión, le expuso al oido, recatándose de los demás: «no vuelva usted á repetir tan mal paso: cuando necesite alguna cosa pídamela á mí, yo me honraré con ello, sin que tenga usted que preocuparse poco ni mucho.

—¡Mil gracias *don Fulano!*

Este nuevo *Mecenas* era un abonado de la primera fila de butacas.

El artista tuvo que aceptar lo prometido pues volvió á repetirse la comedia antes citada.

Era de ver al comediante en el segundo acto, en la escenita de marras, dar pasos atrás, en seguida hacia delante, para pronto darlos sobre la derecha deshaciéndolos por la izquierda, siempre atendiendo al diálogo con la dama, y preocupado con la araña, evitando la perpendicular.

Tan repetidos fueron sus inquietos *bailoteos,* que, aun que no bien apreciados por los circunstantes, el

don Fulano de la butaca, dueño del frac, no pudo reprimirse y poniéndose en pie le dijo en alta voz:

—¡Quieto! ¡quieto! ¡señor Luna! ¡no se ocupe de la araña! ¡¡si se mancha no importa, ese traje está pagado!!

Despues de exclamar esto, se sentó dirigiendo antes una mirada despreciativa al hombre calvo, con barbas, del proscenio de platea.

La ocurrencia regocijó al público en masa.

Juan Luna ¡por primera vez en su vida supo lo que era rubor!

22—IV—910.

El último chiste de Albarrán.

José Sánchez Albarrán, estudiante de medicina, creo que ya licenciado en ella, se dedicó al teatro.

Fué un eminente artista.

Su trabajo, de lo más selecto que en el proscenio se ha presentado.

Por igual idóneo en lo dramático y en lo cómico.

Era de verle hacer, á continuación del papel de gracioso en la comedia antigua: *El poetastro ó la boba fingida,* el galán de la lindísima comedia de Tamayo y Baus denominada: *Más vale maña que fuerza;* y, también después de aplaudirle el personaje inglés de la obra en dos actos: *La abdicación de una Reina,* admirarle en el estudiante de la zarzuela en un acto: *La venta del puerto.*

Tocaba la pandereta, cuando el papel lo permitía, á petición del público, y acompañado por la orquesta, como hábil panderetólogo, (lo califico así con permiso de los diccionarios).

Fué salerosísimo narrador de cuentos; en esto tuvo imitadores, el cómico José Suarez entre ellos.

En las Andalucías tenía gran popularidad.

A Madrid vino una temporada contratado al teatro de Apolo; le patrocinaban Arderíus y Ducazcal.

José Sánchez Albarrán, en 1855.

Antes de debutar ya era conocido en los centros literarios como cuentista; en las tablas hizo su salida con la comedia en un acto: *La sota de bastos*.

Su trabajo no *entró* en el público madrileño; ¡este ha mostrado siempre mucha prevención á los artistas que vienen documentados de provincias! no le rechazaron; pero hubo tal indiferencia que, unida á la mala

voluntad para con él de Mariano Fernández, que también figuraba en la compañía, le determinaron, cumplido el compromiso, á regresar de nuevo á las provincias andaluzas no pensando actuar más en la Corte.

Mariano Fernández.

¡Hombre de tanto talento no pudo sustraerse á ser autor dramático!

Escribió, entre varias, la famosa comedia: *La casa de campo.*

Actrices extranjeras al venir á España hacian para su beneficio dicha pieza en nuestro idioma (chapurreado) para demostrarnos sus simpatías.

También compuso: «*La casa de campo*» segunda parte, que si bien quedó en el repertorio algún tiempo, no alcanzó el éxito merecido de la primera.

Tan eximio comediante brilló á mediados del pasado siglo.

Murió de cincuenta y dos años.

El Ayuntamiento de Cádiz le costeó un nicho perpétuo. En la lápida sólo se lee: «Albarrán. 1883».

Rafael Calvo.
Nació en Sevilla el 19 de Marzo de 1844. † en Cádiz el 4 de Septiembre de 1888.

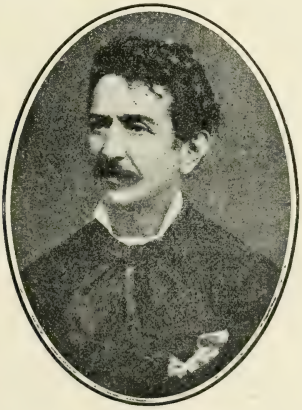
En el cementerio gaditano han estado hasta 1907 los restos de Rafael Calvo, que falleció de viruela;

allí están y seguirán los del reputado primer actor don Ceferino Guerra, que también murió de *las viruelitas,* y, en ese campo-santo hay enterrados otros varios artistas víctimas de la misma enfermedad.

El vómito en la Habana ha dado á la mortalidad un gran contingente de actores; mas las viruelas, en Cádiz, *á la chita callando,* no se han mostrado ociosas.

—✱—

Estando en el lecho del dolor Sánchez Albarrán, aquejado de la enfermedad que le llevó al sepulcro, y



Ultimo retrato de *Albarrán;* † en Cádiz en 1883.

percatado él de su próximo fin, llegó de Sevilla un amigo suyo y admirador, sin más comisión que ver al artista y ofrecerle su ayuda en alguna utilidad.

Así que el forastero entró en la alcoba del doliente, Albarrán le reconoció, y manifestó su alegría por verle allí.

—¿Qué es eso Pepe? ¿qué te sucede?—preguntó el sevillano.

—¡Pues hijo, ya lo ves! ¡á la vejez viruelas!

21—VII—910.

La tragedia de Pozuelo.

Un acontecimiento artístico fué la función verificada en el teatro Romea de Barcelona en la noche del 1.° de Junio de 1878.

Se puso en escena la producción literaria de don Manuel Tamayo y Baus, nominada: *Un drama nuevo*, por la compañía (1) que había actuado en el Principal todo el año cómico de 1877 al antes referido.

No recuerdo á qué fin benéfico habían dedicado dicha velada.

La citada obra era una de las favoritas del gran artista Rafael Calvo, en aquella época en que sus grandes prestigios, sus portentosas inspiraciones, abríanse paso para crear nueva atmósfera de arte que iba á empujar la condensada por otras entidades de la escena española.

Muy querido en Barcelona, en Málaga, y otras ciudades, llegado era el momento de no poderse sus-

(1) Rafael Calvo, su hermano Ricardo y la primera dama Dolores Baena, ingresaron en el teatro clásico de la Rambla en Pascua de Resurrección; fueron bajas el primer actor Ramón Mariscal y su esposa la actriz Trinidad Védia.

traer á las proposiciones que se le hacían de Madrid para decidirle á actuar en el Español, donde se tenía por seguro que iba á alcanzar su mejor corona.

Ricardo Calvo.

Al siguiente día de la función extraordinaria en el teatro catalán, Ricardo Calvo y el que esto escribe, madrugaron con objeto de adquirir nuevos sombreros de copa, en la calle del Hospital, en casa de Clemente.

Teníamos que asistir á un almuerzo oficial en honor de Rafael.

Los anfitriones eran unos cuantos abonados del

coliseo de Santa Cruz; allí habíamos finido la temporada con *El zapatero y el rey,* el día 31 de Mayo.

Ricardito y yo nos hicimos muy amigos; echamos abajo el *usted,* ese dique que acorta la espontaneidad.

El era buen cómico y muy elegante; yo no me tenía por menos; en el vestír, se entiende.

Las *bimbas* se usaban á diario; nuestras recien compradas estaban hechas con arreglo al último buen gusto.

¡Aquellos sombreros adquiridos el 78, sacados á escena dos años después, provocaban la hilaridad del público! No podían exhibirse si no en tipos grotescos; van ustedes á tener cabal idea: vean mi cabeza de hoy, con la chistera elegante de entonces.

A poco de lo que refiero: la moda *barrió* furibunda los sombreros altos, decretando ser de buen tono los flexibles y los hongos.

Ahora bien: personas rezagadas hubo que siguieron usando los primeros; esto hasta no hace muchos años; ¡razón tenía mi padre al decirme: «hijo mio desconfía de los sujetos que gastan á diario sombrero de copa»! Así era; por que fuera de los actos oficiales no los llevaban cotidianamente más que algunos para inspirar confianza, presentar empaque, y... *dar el golpe*.

Terminado el almuerzo, acompañamos á D. Rafael; quería adquirir juguetes para sus niños; realizado esto, llevamos las mercancías á casa de Ricardo para que las facturara con su equipaje.

El eminente actor se hospedaba en el hotel Falcón, situado en la plaza del Teatro.

Subí con él á su estancia; me preguntó cuándo me marchaba, y, al contestarle que aquella misma noche salía para Valencia, tuvo una decepción, pues creía que yo iba á la Corte y que juntos haríamos el viaje.

También me indicó que contaba conmigo para inaugurar el teatro Pignatelli de Zaragoza en el siguiente mes de Julio.

—No, D. Rafael, lo agradezco; he de volver aquí el 15 de Agosto para empezar los ensayos y la temporada en 1.° de Septiembre. Dispongo de dos meses y medio de asueto que ansío dedicarlos á un *oreo* de sol valenciano, arroces, flores y... chufas.

—¡Cómo! ¿no vas á venir?

—Bien quisiera; mas he adquirido compromiso con

los mios, de disfrutar esa pequeña burguesía que va á proporcionarme el descanso.

—Ni claveles, ni chufas, ni todas las producciones características de tu país, te hacen pensar así... ¡vamos! ¡ni San Vicente Ferrer!

Rafael Calvo.

—Muy devoto soy de él, le admiro como político; como milagrero, le tengo poca fé.

—A tí te sucede que te llevan allá *faldas de por medio.*

—Sí, señor, tengo novia.

—Eso es hablar claro; ¿es valenciana? será bonita. Tu tierra es el pueblo de las mujeres hermosas; la mía es de allí. Trabajé en Valencia al empezar mi carrera, no deben recordarme; he estado varios veranos descansando de mis tareas en el Cabañal; en uno de estos paréntesis conocí á Ramona Agosti.

—¿Es quizá de la familia de la actriz Mariquita Agosti?

—Son hermanas.

—A María la conozco mucho ¡hermosísima mujer, física y moralmente! ¡Vaya una morena!

—Mi Ramona es rubia, pequeñita, tipo opuesto, ya la conocerás; la tengo en Pozuelo con mis tres hijos, aquellos aires son sanos; ¡con qué placer nos uniremos en estrecho y férreo abrazo pasado mañana!

¡Pobre D. Rafael! La viveza de su mirada, el frenesí con que describía el futuro y cariñoso encuentro, tenían la misma expresión que manifestaban los personajes creados por él en las concepciones del laureado Echegaray.

Palabra más, palabra menos, así fué nuestra conversación.

Nos despedimos.

Aquel mismo día, segundo del sexto mes, salimos: yo para Valencia con ánsias de novia; y él para Madrid y Pozuelo con ánsias de... ¡pedazos de su alma!

*
* *

A mi llegada, en el andén de la estación, me esperaban la novia, sus hermanos pequeños y su madre.

Por la noche escribí á Calvo participándole mi arribo; pensé tardaría cuatro ó seis días en recibir

carta suya. Comencé á preocuparme por no haber aceptado ir á inaugurar el teatro de Zaragoza; ¡con todo el gran cariño que profesaba á la elegida de mi corazón, sentía ya la nostalgia de la escena!

¿Y el gran trágico habría satisfecho su comezón de familia?

A los dos días, leyendo la tercera plana del periódico de la Corte, «*El Imparcial*», de fecha, Martes, 4 de Junio, al llegar á la sección de noticias, se me anubló la vista, no sabía ó no acertaba á leer, ¡ojalá se me hubiera olvidado! los renglones se cruzaban entre sí; en fuerza de fijeza, de un supremo esfuerzo, deletreé; persistí nuevamente, deletreé con más torpeza, y, terco que terco en averiguar lo que allí decía, pudo conseguírseme el significado de lo que con caracteres de imprenta me ponía en estado de nerviosidad, de idiotismo.

«El distinguido actor D. Rafael Calvo, llegó ayer á Madrid, procedente de Barcelona y de paso para Granada, donde está contratado para cierto número de funciones.

»Enfermo uno de los hijos del Sr. Calvo, hizo este que se trasladase su familia, antes de marchar él á Barcelona, al inmediato pueblo de Pozuelo, lográndose que el cambio de aires y los cuidados de su madre, mejorasen notablemente el estado de salud del niño.

»Ayer, y cuando el Sr. Calvo se disponia á salir para Pozuelo, en el tren de las cuatro de la tarde, con objeto de abrazar á su familia y despedirse de ella para emprender su nuevo viaje, un amigo solícito lo impidió, llegando de Pozuelo con tiempo sufi-

ciente para impidir que el Sr. Calvo presenciase un terrible y doloroso espectáculo.

»Un joven de diez y nueve años, de oficio barbero, avecindado en aquel pueblo, y que entraba con gran confianza en la casa del Sr. Calvo, á quien prestaba sus servicios cuando éste residia en aquel punto, contrariado sin duda en proyectos y esperanzas que debia acariciar hace tiempo, y estimulado en sus deseos por el anuncio de la llegada próxima del distinguido actor, penetró en las habitaciones principales, y hallando á la dueña de la casa, disparó sobre ella un tiro que, hiriéndola en la frente, la produjo instantáneamente la muerte.

»El asesino volvió en el acto contra sí propio el arma homicida, suicidándose de un nuevo disparo.

»Los tres hijos del Sr. Calvo, que se hallaban al lado de su madre, fueron trasladados inmediatamente á Madrid.

»Lamentamos el tristísimo accidente que aflige al Sr. Calvo, deseándole resignación bastante para soportar el peso de aquella desgracia.»

¡¡La tragedia de Pozuelo era tan incomprensible como tremebunda!!

*
* *

Por boca de Rafael y de Ricardo pude apreciar lo sucedido.

Las noticias de la prensa, impresiones del momento, hechas á la ligera, si no en la esencia, en el detalle difieren bastante de la realidad.

Referiré lo que ocurrió en Madrid á la llegada del

víctima, en consecuencias, de aquel drama inusitado.

Despachó con presteza todos sus asuntos, entre ellos la entrevista con Felipe Ducazcal, empresario del teatro Español, dejando casi ultimadas las condiciones de su contrato; por la tarde bajó á la calle del Ave María, núm. 13, domicilio de su hermano, para recabar los juguetes de los niños, marchar á la estación del Norte y salir para Pozuelo en uno de los trenes de aquél día.

Ricardo, prevenido por uno del pueblo que se presentó exprofeso á darle la noticia á fin de que impidiera la salida de Rafael, se aprestó á la siguiente escena.

La escribiré en forma de diálogo, marcando los personajes, para mayor diafanidad de su gran interés.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

RAFAEL. Ricardo; dame, dame en seguida los juguetes de los chicos. Tengo poco tiempo de que disponer.

RICARDO. ¡Cálmate, hombre! ¡no seas tan súbito! ¡Hablemos! ¿Qué has convenido con Ducazcal?

RAFAEL. Conformes en principio. Nos hemos de ver otro día; temo mucho á las informalidades de esa empresa; pensando en ello me he abstenido de cerrar trato concreto. ¡Anda, hermano, dame eso, que sólo dispongo de veinticinco minutos!

RICARDO. ¡No seas impaciente! Alquilaremos un coche en Antón Martín ¡yo voy á acompa-

ñarte! Escúchame con calma, y aviva todos tus talentos para contrarrestar la gravedad de lo que tengo que comunicarte.

RAFAEL. ¡Quizá alguna impertinencia del negocio de Zaragoza! ¿Es esto? Procura ser breve.

RICARDO. Nada de eso. Las contrariedades, y grandes, han surgido en el orden doméstico.

RAFAEL. ¿Qué dices? ¡mis hijos! ¿hay alguno enfermo? ¡no me desesperes con tu silencio! Acaso Ramona...

RICARDO. ¡Espera! ¡déjate llevar de nuestro cariño! todo vas á saberlo, mas tienes que dominar tus explosiones nerviosas.

(La esposa de Ricardo le ofreció un vaso de cordial, diciéndole que contenía refresco.)

RAFAEL. ¡No quiero nada! ¡déjame! ¡me voy al tren! *(Puesto en pie)* ¡mis hijos! ¡mis hijos de mi alma!

RICARDO. Tus hijos están buenos y sanos. No tienes que temer por ellos.

RAFAEL. Júramelo.

RICARDO. Como sea tu deseo.

RAFAEL. ¿Por nuestro padre?

RICARDO. ¡Hecho está!

RAFAEL. ¡¡Ay!! ¡qué peso me quitas del corazón!

RICARDO. A los chicos los hallarás con perfecta salud, esto no obsta para que haya ocurrido una desgracia... en tu misma casa.

RAFAEL. ¡Ah! ¡comprendo! Ramona, Ramona es la enferma!

RICARDO. ¡Sí! ¡ella ha sido! ¡á qué ocultártelo!

RAFAEL. Me voy, me voy en seguida. ¡No va á ser cosa desesperada...

RICARDO. ¡Tal vez sí! la gravedad del suceso es grande...

RAFAEL. Por lo mismo debo marchar inmediatamente...

RICARDO. ¡No vas! ¡no, hermano mío! ten valor, fuerza de voluntad... pues que el infortunio es irremediable!

RAFAEL. ¡Qué profieres! ¿qué es irremediable? ¡pues cómo! ¡sin yo saber nada...! ¡sin darme aviso...! ¡pero... qué quieres decir! ¿acaso se ha muerto?

RICARDO. ¡No se ha muerto! no es esto... pero... ¡está muerta!

RAFAEL. Acabarás por volverme loco: ¡¡qué está muerta y no se ha muerto!!

RICARDO. Así es.

RAFAEL. ¡No te comprendo! ¡No sé lo que quieres significarme!

Al referirme Ricardo esta interesante conversación me hacía notar que aquella inteligencia tan clara de Rafael no daba con la solución de enigma tan sencillo como el de: «no se ha muerto... ¡está muerta!»

Luchando con su anonadamiento, tras uno y otro cabildeo, se rehizo, y, exclamó: «Dices que no se ha muerto!... y está muerta...!! ¿La han matado?»

La afirmación de Ricardo, dió el *tableau* á la patética situación.

Un prolongado síncope de Rafael, con pérdida del conocimiento, dejó hacer á los que se interesaban por él.

Cuando éste tornó en sí, pidió que trajeran á Madrid el cadáver.

Había dificultades; precisaba enterrarla en el pueblo; pasado tiempo se haría como él lo deseaba.

Pidió explicaciones del sucedido; éstas eran confusas.

Dispuso que le trajeran, como recuerdo, la cabellera de la interfecta; su hermano le tranquilizó, prometiendo cumplirlo.

Vamos, amigo lector, retrogradando unas cuantas horas á inquirir, más bien á presenciar el cruento suceso.

***

El joven y simpático barbero de Pozuelo de Alarcón, se llamaba Fatigas.

Doña Ramona Agosti, con sus tres pequeños hijos veraneaba en una casa de alquiler.

Los aires puros hacían mucho bien á las tiernas criaturas.

En las temporadas de descanso gustaba Calvo de aquella vida sedentaria; solo su familia, y, si acaso, el estudio de alguna obra dramática con que aumentar su vasto repertorio.

Le rasuraba Fatigas, ¡como pensar que el hombre que usaba tal apodo ó apellido había de ocasionar *tantas* á personas que le honraban con su amistad!

El rapa-barbas, con la charlatanería propia de los de su oficio, importunaba al actor á cerca de dramas y comedias; éste, siempre indulgente, satisfacía su curioseo; ¡en los pueblos se acortan las distancias, é individuos que en la vida activa nos resultarían insoportables, en la monotonía del campo nos ayudan á entretener nuestros ocios!

Concha, sirvienta de la casa, merecía de su señor la más absoluta confianza; ningún indicio pudo esta aportar, ni menos prejuicio desfavorable á los protagonistas del suceso; nada había visto, nada, que anteriormente llamara su atención, solo podía referir lo siguiente:

«El barberillo se presentaba algunas tardes solicitando permiso de la señora para llevar á los dos niños de paseo; la pequeña se quedaba con la madre. El día último fué con la misma pretensión; demostró interés por saber cuando llegaba D. Rafael, se le contestó que á la siguiente noche; la señorita vistió á los chicos, y Fatigas se los llevó como otras veces. Solía comprarles caramelos. Al regresar los paseantes D.ª Ramona los recibió, tenía en su regazo á la pequeñina. El rasurador me pidió un vaso de agua, sin duda para alejarme».

Estando Concha en la cocina oyó una detonación de arma de fuego; asustada salió, y vió todavía al matador apuntando con el revólver á su víctima; le increpó y el asesino se fué á la calle.

Con acucia atendió á su ama, que continuaba sentada teniendo la cabeza inclinada hacia adelante; un hilo de sangre coloreaba las ropitas de la niña; los hermanitos no se daban cuenta; ¡la inconsciencia se demostraba en sus semblantes!

¡¡¡Pobre D.ª Ramona, estaba muerta!!!

La doncella salió de la casa, demandó auxilio, acudieron los vecinos, propalaron el suceso, y, en consecuencia, la pareja de civiles en persecución del criminal.

Este había estado en casa de un guarda jurado á pedirle la escopeta; con ella salió al campo, y al

rato, al divisar los tricornios de sus perseguidores, apoyó el cañón del arma bajo su barba con tal acierto: ¡que la pena del Talión quedó perfectamente cumplida!

Los del pueblo fueron á contemplar el cadáver.

¿Hubo comentarios respecto á los personajes de tan interesante episodio?

No los hubo: que si trataban de hacerlos les resultaba ¡¡todo misterio!!

***

En la sacramental de San Justo y Pastor en un sarcófago rodeado de verja, se lee en su lápida: «Ramona Agosti, 1800...» no recuerdo que año, debe ser aquel en que se hizo el traslado desde Pozuelo á Madrid.

En este campo-santo, otra sepultura guarda los restos del actor y llorado amigo Ricardo Calvo.

Las cenizas de D. Rafael se depositaron en el panteón de hombres ilustres en 1907.

***

He dado en acordarme de lo ocurrido á D. Antonio Cánovas del Castillo, y fué qué, estando afeitándole en su casa llamada «La Huerta», del barrio de Salamanca, de pronto retrocedió el barbero espantado y convulso con la navaja en la mano, protestando con las palabras de: «no, no quiero, yo no soy asesino».

Calmaron al alucinado é interrogándole con dul-

zura á qué obedecía su pavor, manifestó: «que le había asaltado una tentación irresistible de degollar al mónstruo de la política»

Se le hicieron reflexiones para que declarara si de algún partido radical le habían sugerido la malhadada idea.

Juró que no; había sido un sentimiento voluntario: ¡un *capricho* del momento!

Y pensemos: el Fígaro de Pozuelo decidió el drama ya sabido, ¿y si hubiese optado por esperar á don Rafael, ir á verle, estrecharle la mano, darle jabón, y... cortarle el pescuezo? ¡habría hecho otro daño más!

¡¡Quitar diez años de gloria á la escena española con las maravillosas creaciones del exímio artista!!

10-V-1910.

El bastón de Granés.

Es la sacristía de la Catedral, ¡digo! ¡vaya una equivocación! Dios me lo perdone y no me lo tome en cuenta, ni tampoco las ilustrísimas señoras reclamantes ante D. José Canalejas de las reformas del Concordato. He querido decir: «es el saloncillo de Apolo», el más alegre de todos sus similares, y tengo por cierto que al llamarle *sacristía* no he cometido despropósito; éstas y los saloncillos tienen un orden parecido de cosas.

Los sacerdotes fuman en las primeras cuando esperan su turno de misa, mientras, se comunican impresiones; se solazan con cuentos de más ó menos gracia, de más poco ó mayor color, y, también allí, se revisten con otro vistoso indumento distinto al talar que llevan de ordinario.

Lo que menos tratan en las antecámaras de los altares, son los asuntos teológicos, al igual que los comediantes en los salones de descanso, muy poco nos ocupamos de lo que con el arte se relaciona.

No hablo *á tontas y á locas,* que yo aunque de la

farándula también fuí, en mi edad al caso, monacillo de por fuerza.

Los de teatro disertamos sobre política, toros, tarjetas postales con figuras *de más ó menos gracia y de más poco ó mayor color*.

Respective á revestirse, ahí está la leñera, á la vez carbonera, de la chimenea de Apolo: se me ocurrió que tapando con un periódico extendido el carbón de cok, bien podía habilitar la mucha parte sobrante para guardarropa de mi equipaje, servible en mis transformaciones de una misma obra; ¡válgame Dios que ímpetu de cuchufletas me endilgaron los compañeros al par que los contertulios visitantes! Bautizaron aquel cajón con tapa, llamándole «neceser de Valero», y ¿qué sucedió? que transcurrido algún tiempo fuí á guardar mis cosas y me lo encontré atestado con prendas de los mismos que habían hecho mofa de mi ocurrencia.

¡Ya no pude meter en él, tabardos, cascos y sotanas! pero á pesar de haberlo acotado los demás, la mencionada leñera perdura y perdurará con el remoquete de «guardarropa de García Valero».

Pasemos, si bien á grandes rasgos, á dar una idea del personal de la reunión y de sus conversaciones.

¡Cuando los hombres científicos predicen la próxima presentación de un cometa en el firmamento! D. José Palou, cantante retirado, excelente artista que estrenó la parte de Colón en la ópera «*Tierra*», es el encargado por su gran saber en astronomía, de *decretar* la fecha exacta en que moriremos *arrastrados por la cola* (1).

(1) Del Cometa!!

¡Si se dirimen sucedidos taurómacos! allí están los aficionados Gandía, Soriano y Moncayo, para contender con el ex-barítono Sr. Palou que á la vez de su fijeza en Tauro, no repele estudiar en los cuernos de un Miura las buenas ó malas condiciones de la res, al igual que observando los cuernos de la Luna se le alcanzan los futuros trastornos atmosféricos.

A D. Enrique Arrégui, Amalio Fernández, José Lahoz, Pedro Ruiz de Arana, y algunos otros, plácele les conversar sobre el arte y sus intérpretes de los tiempos pasados más que de política, tauromaquia y deportes.

Bajando al local de que hablamos: en el diván de la derecha, suelen tomar asiento D. Luís Morón, tenor cómico que fué, y que, con setenta y seis años de edad disfruta de cabal y perfecta salud; D. José Mesejo, Perico Arana, Manuel Sanchez, que traspasa las siete décadas de vida, (cinco de ellas transcurridas entre dramas y sainetes) y, junto á estas respetables figuras el que esto escribe, que por crédito bautismal dispone de la menor edad de los de la fila; á este banco lo ha motejado Moncayo: *El Asilo de Santa Cristina,* sin tener presente que cuando á los aludidos *nos den las sopas* ya estarán *enfriándoselas* á él.

También en este diván se sienta D. *Columpio* Salgas, como le llamaban las cigarreras de la Fábrica Nacional; el Sr. Salgas asegura que *la esperanza* le mantiene; cierto, muy verídico, suya es la sociedad de socorros, sepelios é inhumaciones, así titulada.

Bien dice Moncayo, «le gusta esa banqueta para estar cerca de *los mayores*, en espera de próximo detrimento.»

Cuando se discute sobre gramática respecto á si el

sonido de la *b* es distinto que el de la *v*, ó bien, si el acento prosódico resulta diferente al ortográfico, al momento D. Olimpio (pues no estamos en la Fábrica de Tabacos) toma parte activa en la discusión, manifestándosenos distinguido lexicógrafo; pues, como tiene dinero, se ha hecho acompañar de ¡tan lucida biblioteca! que contiene: desde los diccionarios de Roque Bárcia y la Academia, hasta las aleluyas del hombre flaco y del enano don Crispín.

Si se presenta alguien de los que de *uvas á brevas* nos visitan, *¡apañado* sale de allí con la impresión de las noticias que indirectamente se le suministran relatando sucesos de nuestra invención!

Salgas lleva la mayor parte en las *mentiras,* pues tiene extrema facilidad para fabricar *bulos;* la noche que no asiste á la reunión le echamos de menos; declararlo es de pechos nobles: Olimpio constituye una nota simpática en el saloncillo.

¡Qué D. Enrique se ausenta por unos días!... pues: ¡ancha es Castilla! ¡parecemos chicos de la escuela á espaldas del Director! la expansión no se limita si no en caso de presentarse por breve rato según tiene por costumbre, D. Luis Aruej.

No influye en el carácter de nuestro empresario haber buena ó mala entrada; á veces, cuando peores son éstas, suele decir: «á ver Sánchez, recuérdenos usted la escena del Guzmán»; y, ¡ya darían ustedes algo por admirar á D. Manuel subido en el quinto peldaño de la escalera haciendo de D. Alonso en el instante del cruento sacrificio de su hijo!

Yo me presto á ayudarle; hago de Nuño al pie del torreón, es decir, del pasamanos.

¡Qué ojos los del amigo Sánchez! consigue meter-

nos en situación con su expresiva mirada; ¡dudo que pudiera dar con mejores aciertos en su excursión por Villa García!

El joven Medina, pantomimo singular, nos da á conocer sus imitaciones; las de: Carreras, Serafín Quintero, maestro Vives, y, algún otro, las ejecuta con tal perfección que nos transporta ante los originales; con aquellos que su acierto no es sutil, como posee gran entendimiento, profiere dichos que sus imitados jamás dijeron; pero que, por lo satíricos, hacen la delicia de los oyentes; ¡que es mucha la susceptibilidad en gozarnos con la diatriba para los ajenos, aunque nuestras conciencias nieguen la veracidad!

¡Todo lo acomete la buena disposición del imitador! tanto es así, que para no verse víctima de los manifiestos desdenes de Talía para con él, estudia á más y mejor la carrera de aduanas.

Una gran pérdida hemos sufrido: el fallecimiento de D. Ricardo de la Vega; él nos acompañaba manteniendo el regocijo con su gracejo peculiar, y relatando sucedidos llenos de enjundia, amenizados por su fácil palabra.

No transigía con los modernismos, ni aún en broma.

Daré á conocer alguno de los momentos en que se mostraba contrariado; por ejemplo: llegaba el simpático maestro Rafael Calleja (1) interrogándonos:

---

(1) Este maestro tiene un rival digno de él: Luis Foglietti, también compositor y *componedor* de chistes; no hace muchas noches en el saloncillo que nos ocupa se hablaba de música, y, al llegar un nuevo concurrente le dijo Foglietti:

—D. *Fulano:* entre usted de costado, que estamos hablando de *canto*.

—A ver si dan ustedes con la solución de este acertijo: ¿qué harán los hombres para parecerse al mono?

¡Reflexionamos! ¡Nos dimos por vencidos!

—¿No lo aciertan? Tendré que decirlo; allá va: «harangután».

—¡Já! ¡já! ¡já! ¡já!—risas de los más.

D. Ricardo: ¡Hombre, por Dios! ¡eso es apedrear el diccionario! que tiene que ver... ¡vaya un disparate! no hay juego con el vocablo puesto que la palabra es: *orangután.*

—Oigan otro: ¿en qué se parece un caballo á un carpintero?

—No damos en ello, venga la solución Rafael.

—En que *garlopa.*

—¡Esos dicharachos me atacan los nervios! ¡acusan falta de sentido común! El instrumento del trabajo es la garlopa, pero el caballo *¡galopa*, señores, *galopa!*

—Veremos si les gusta este: el perro hace *guau,* el gato hace *miau,* el gallo *qui qui ri qui,* y el gas: *hace-tileno.*

—Ese no *pincha* tanto; no me ha hecho votar, tiene algo de ingenio—dejaba oir el autor de *el boticario y las chulapas.*

—Dinos otro Rafael—pedía Manzano.

—¿En qué se parecen los cómicos malos á las mantecadas de Astorga?

Ninguno acertaba el desenlace; el maestro daba la respuesta:

—En que hay que quitarles el papel.

El chiste conseguia aceptación.

—Y, precisa que sean de Astorga?—objetaba Ruiz de Arana.

—¡Hombre, se eligen éstas por ser la clase que más abunda!

—¡Ah!

—Pues esa semblanza es de Benavente, me consta.

—¡Quite usted hombre! ¡Jacinto se va á entretener en esas cosas! ¡bah¡ ¡bah! ¡bah!—refutaba don Ricardo.

—No lo dude usted, yo se lo he oído—insistía Olimpio.

—Tu no has oído más que el estertor de los moribundos de tu sociedad,—saeteaba Moncayo.

—Señores, no enfriarse, no enfriarse, esto es delicioso; prosigue Calleja,—pedía Salgas.

—Daré á conocer uno muy bonito: ¿en qué se parece un cadáver de diez días á un saco roto?

¡Cábalas y más cábalas atrofiaban nuestra sutileza!

—Pues se parecen, en que: *sacorrompido*.

Aprobación unánime, excepto el de la Vega que agestaba su cara como si hubiera probado vinagre.

Tornaba á usar de la palabra el compositor de música.

—Ya sabrán ustedes la novedad; el que no tenga gato en su casa y quiera adquirirlo bueno, lo encontrará en cualquier horchatería.

—¿Por qué?—preguntaba Rufart.

—En esas casas se vende horchata de chufas, limón, agua de cebada... ¡pero gatos!

—Sí, señor; no leen ustedes en las muestras: «horchatería y *al par gatería*».

—¡Vaya usted al cuerno!—contestaba el sainetero.

—Voy con otro: ¿un niño que le dan de mamar

atado á una cuna, que parecido tiene conmigo si usted me pega un tiro?

—Dínos lo que sea—gritábamos muchos.

—Que: *mamatao.*

Se produjo gran baraunda que dominó el de los chistes con la siguiente efeméride.

—Caín mató á Abel: *el cine mató grafo.*

El autor de: «*El año pasado por agua*», no pasaba más tonterías; con arranque brusco, propio del personaje por él creado en: «*Pepa la frescachona*», abandonaba el local.

Y basta de describir entretenimientos, para enterarles de una escena inesperada: la visita de Salvador María Granés que, en el escenario, se encontró con el músico autor de «*Las bribonas*»; éste le preguntó como andaba de salud.

—Mal, muy mal; los fríos me matan,—exclamó el interpelado,—mas la necesidad me obliga, hijo mío; hago como las zorras que impelidas por las nieves de los campos, entran en el pueblo á ver si pillan una gallinita; esto imito yo; vengo á probar si esta gente *hace por mí,* representando algo de mi repertorio.

—Sabe usted lo que estoy discurriendo;—le contestó Rafael—que usted, D. Salvador, no debe morirse de la manera vulgar que los demás; yo deseo que tarde mucho en abandonarnos...

—Diga; diga que hay que hacer.

—Llegado el momento de *rendir cuentas* debía usted elevarse en un globo.

—¡¡A santo de qué!!

—Así acababa de manera extraordinaria y podríamos decir los de abajo que había usted subido al cielo.

—¡Animal! ¡burro! ¡permita Dios te griten todas las obras!

Después de este diálogo; Granés bajó al saloncillo en ocasión en que yo no estaba.

Salvador María Granés.

Entré á poco, y, tomando asiento en el diván de la izquierda, vi á D. Salvador, que se hallaba en el de enfrente, conversando en voz baja con uno de los contertulios.

A mi lado, sobre el asiento, había abandonada

una bengala (1) de junco, con puño dorado; la manoseé por curiosidad, quise combarla apoyándola en el suelo, y á poquísimo esfuerzo, chascó.

Reparé que el bastoncillo estaba carcomido por dentro en fuerza de su antigüedad.

Revisté con la mirada á los presentes, sospechando que debía pertenecer al autor de tantas parodias aplaudidas en los teatros.

Cuando cesó la conversación confidencial del dueño del palo *interfecto,* desde mi sitio le interrogué con amabilidad.

—Salvador, ¿este junco es tuyo?

—Sí: y tuyo tambien;—díjome con extremada galantería.

—Pues... querido amigo, sin apenas forzarlo se ha resquebrajado por la mitad; sin duda debía estar resentido.

¡Se puso hecho una furia! ¡borbotones de palabras, á molestar, salieron de su boca!

—¡Con que *sans façon* me lo dices; miren que candidez! ¡alega que *debía estar resentido*!; pues no señor, no lo estaba; ahora sí, por lo mal que lo has tratado está más que *resentido* contigo, ¡¡cómo no vá á estarlo!!

Vociferó cuanto quiso; tanto, que hube de imponerme manifestándole que no le consentía chillar más; ¡aquello no era otra cosa que un bastón usado por él desde su niñez, y lógico resultaba, que á los setenta años de servicios se hubiera roto!

Esto le dije.

---

(1) Provincial.

Quedó el disgusto aquietado.

Yo, *calla callando*, mandé á mi casa por uno de mis bastones con objeto de indemnizarle. Cuando me lo trajeron ya era tarde; Granés se había ausentado.

Lo deposité en mi cuarto para dárselo la primera vez que el perjudicado volviera á Apolo.

Al día siguiente el amigo Olimpio, sin mi conocimiento é impulsado de su acreditada afición á dar chascos, compró en la calle de Toledo un feo y ordinario garrote, de forma de cayada, mediante transacción de una peseta cincuenta céntimos, y, en mi nombre, lo mandó á casa de Salvador María Granés.

Este, hombre listo, gran apreciador de las condiciones del de: *La Esperanza*, no *mordió el cebo* y devolvió el obsequio al domicilio de Salgas, acompañándole de un escrito que decía:

¡De qué te sirve el dinero
grandísimo pijotero
si siempre pagas á escote
y cuando un bastón espero,
con perjuicio de Valero,
me regalas un garrote!

4-VII-910.

¡El baul del gracioso!

(UN CUENTO CON TRES HISTORIAS)

SANCIONAICOS y *aprobaos* los emolumentos; también los hospedajes para los pirotécnicos, músicos de la orquestica en la función de la iglesia, y el predicador... resta que el señor secretario, persona ilustradica, nos de conocimiento del personal contratado para los dramas y comedias que van á hacerse en el teatro.

—«Lista de compañía: galán, D. Ramón Plumer; dama, María Artiguez; segunda ídem, Joaquina Coronel; dama joven, María Cola; segundo galán, Vicente Plumer; gracioso, Romualdo Osete; segundo ídem, Elías Cardete; característica, Rita Cañizares; barba, Eustaquio Bonet; cuatro partiquinos y dos apuntadores. Se ha convenido con el agente Tobarra, de Valencia, entregar á la compañía 700 reales de vellón por cada noche; el número de funciones será el de seis. A cargo del Ayuntamiento los billetes de ida y vuelta de los comediantes, así mismo la manu-

tención de todos. Buñol 1.° de Septiembre de 1846.— Firmado y sellado».

—¿Lo aprobamos señores?

—*(Todos)*. ¡Aprobado!

—Dé usted razón del alojamiento de la gentecica.

—Los partiquinos y apuntadores irán á las moradas de la tía Coneja y de la Cafeterica, como en otros años. Los galanes, ambos de mucha ilustración, y devotos, según referencias que estimo fidedignas, á casa del señor vicario, á la mía irá la dama, con esta huéspeda la secretaria y su hija me pondrán buena cara, ¡qué harta desgracia es para mí tenerlas tocadas del señorío! La característica, con el médico, sé que es fea, chata y casi calva... la mujer del doctor tiene más celos que Otelo... ahorremos disgustos. El barba con el tío Quico. Las otras dos damas en la botica. ¿Le parece á usted señor Alcalde?

—¡Miel sobre hojuelicas! No se olvide mandar uno de los graciosos á casa de D.ª Petronila, que dice estar inconsolable en los dos mesecicos que lleva viuda; no hace más que llorar y quiere tener un alojado *pa* ver si se alegra. El otro gracioso que vaya á casa del tío Catarranas el molinero; tiene al chico mayor con ictericia, así *pué* que se divierta, y también los otros cinco hermanos más malos que un pedrisco; ¡si no conocieramos la virtud de ella podríamos pensar que tuvo tratos con el demonio! ¿Se *aceta?*

—*Acetado.*

—Oigan ustedes el repertorio elegido: primera noche: *El abate L'Epee y el asesino, ó la huérfana de Bruselas* y el sainete intitulado: *Causó tristeza y contento la agudeza del sargento ó la vieja enamorada.*

Segundo día; el drama *El bravo de Venecia* y el

fin de fiesta: *El fandango de candil*, de D. Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla.

Tercera función; *El médico á palos* de D. Leandro Fernández Moratín; para final: *Los palos deseados.*

—¡Pido la palabra!

—La tiene el señor concejal.

—¡Son demasiados palos! á más esa comedia del *méico* no gustó hace dos años, es muy mala, *paece* un sainetico.

—¡Oye tú, Rompe-cruces! la ha pedido el señor cura! quiere ver también este año las funcioncicas entre bastidores; entrará por la puerta del panochar, y... ¿sabes lo que dice? que esa comedica han *dao* en asegurar que *paece* una pantomima; pero *má esplicao* que la escribió Moliere, un gabacho, no de aquellos que en esta villa hicieron atrocidades sembrando la muerte por todas partes, el año ocho, *capitaneaos* por Moncey, si no un escritor de mucho talentico. Además: está traducida por Moratín, una capacidad de España, aunque se le tenga por *afrancesao; tó* esto lo tengo oidico mil veces al cura, y al secretario en las noches de calor tomando el fresco en la plaza.

—Asi es, —prorrumpió el aludido presente,— ¡no hay que dudar que pasado tiempo esa obra será patrón de muchas!...

—¡Eso! ¡eso *esplicaba* el de la sotana! día ha de llegar, decía, que han de tenerla en tanta estima como á pañuelico de yerbas que *tié anudá* en una punta la dorada onza de los Reyes Católicos.

—¡No he dicho *na*, señor Presidente!

—Pues no interrumpas. Dicen que Osete el gracioso, que por fuerza hará de médico, tiene mucha

gracia; sólo con verle te ríes, si le oyes hablar es tanta la risica que te dá que tienes que irte al corral.

—¿A qué?

—¡Buena pregunta! ¡A qué! ¡serás bodoque! Continue el secretario.

—Cuarta: *Dos validos...*

—¿De qué son los balidos?

—¡Van á ser de borreguicos, cáfre! Es como si dijéramos dos *manates, pá* que lo entiendas, caciques.

—... el sainete, del Sr. de la Cruz y Olmedilla: *Gracioso engaño creído del duende fingido.*

Quinta: la graciosísima comedia, *Los dos Pedros ó el Alcalde de Sardam;* para fin del espectáculo, *Los dos viejos, uno llorando y otro riendo.*

Sexta y última: el drama cómico, *El héroe por fuerza;* el divertido sainete, *Tres pelos y media camisa ó sean majos y estudiantes.*

Con esto se completa el programa para las fiestas de nuestro glorioso patrón San Luis Bertrand.

—Señores del concejo; mañana á las siete de la tarde, que baje una comisioncica de nuestro seno á recibir á los comediantes que llegarán en la galera; hay que ir limpios, el alguacil distribuirá los equipajes y el personal, en las casas *desinadas.*

—¡Pido la palabra!

—Concedida al fiel de fechos.

—Es de mi gusto, y requiero *pá* que s'apruebe, un voto de gracias á nuestro *dinísimo* alcalde y al no menos *dino é ilustraico* secretario.

—Lo *agraecemos* profundamente. Es hora de yantar; vaya cada uno á hacer por la vidica perra. Se levanta la sesión.

TRANCO II

«Buñol, villa de 800 vecinos situada en la provincia de Valencia á siete leguas de la capital y dos de Chiva, en medio de un valle que es de los más pintorescos de España. Su terreno aunque montañoso está cubierto de una vegetación fuerte y lozana que reverdece sobre las mismas piedras; y esto unido al clima, á la pureza del aire y á la multitud de fuentes que brotan á cada paso, convida á la gente de la Capital que acude allí en gran número, durante la temporada del veraneo. Su industria reducida en otro tiempo á la agricultura, fabricación de papel y paño burdo se ha extendido al hilado de la seda, la cual se cosecha en abundancia. Tiene algunos paseos, un sinnúmero de fuentes dentro y fuera de la población, y un castillo de construcción morisca que en lo antiguo se consideraba inexpugnable.»

Así describian los diccionarios enciclopédicos de 1872 el lindísimo pueblo de que nos ocupamos.

Cuando niño estuve en él muchas veces con mi familia.

En la capital se le llama la Suiza valenciana.

Y no pecan por carta de más, sí de menos, pues es una maravilla é igual sucede con las poblaciones vecinas: Chiva, Cheste, Alborache, Macastre, Yátova y Turis.

Las cuatro últimas forman la renombrada Hoya de Buñol; la creación aportó allí sus mejores galas para recreo de los ojos y alivio de los pulmones. Manantiales, saltos de agua, cuevas con estalactitas, estalagmitas, y, en una palabra: sorpresas que no por

ser comprensibles cierran el paso á profundas meditaciones.

Hay en el barranco de Buñol un monte conocido por el de la Cruz ó de las *Piedrecicas*, en el que las lluvias producen, con sus filtraciones, un maravilloso artificio que los veraneantes recolectan con gran interés y son unas pequeñas piedras de distintos colores, con unificadas facetas, que representan prismas, conos, poliedros, polígonos etc., todas ellas concreciones pétreas.

¡La naturaleza solidificando con colores y geometría á compuestos de agua y tierra!

¿Existirá en el interior del monte alguna erupción volcánica? Lo ignoro.

En todas las villas mencionadas se habla castellano antiguo con diminutivos de aragón, menos en Turis; sus naturales practican el dialecto valenciano; ¿como podrá ser esto, si están más allá de los que se hacen entender hablando ranciamente?

D. Vicente Boix, autor dramático, novelista y recopilador de los anales del reino, daba á sus discípulos en la cátedra de historia, la siguiente manifestación:

«Jaime I conquistó la ciudad, y pueblos, llevando á cabo tan árdua empresa con ejército numeroso compuesto en su mayor parte de aragoneses, y el resto valencianos. Al expulsar á los moros de villas y lugares dejó para resguardo muchos soldados, es creible que á Turis le cupo en suerte para su custodia una gran parte de los de Valencia; así se explica la diferencia de idioma con los demás pueblos contiguos».

—✱—

En 1874, siendo yo empleado, me escribieron á la oficina comprometiéndome para tomar parte en una función de teatro que organizaba la colonia veraniega de Buñol.

Trataban de reedificar la ermita del Santo Patrón, destruida por una gran riada.

Las aguas se habían llevado del altar la imagen del Bertrand, no teniendo noticias de su paradero.

Acepté.

Me remitieron un ejemplar del drama: *Flores y perlas* de Luis Mariano Larra, y otro de la pieza: *El que nace para ochavo*, original de Pelayo del Castillo.

A memoria fresca le entran letras; (todos poseemos nuestra pequeña partícula Sanchesca).

Me aprendí por la noche los versos de las comedias; á los pocos días tomé asiento en la vaca de la diligencia, por que abajo me mareaba, y camino del pueblo fuí, desde la una de la tarde hasta las ocho de la noche, hora de llegada, habiendo pasado los poblados de Mislata y Cuarte sin hacer pizca de parada; tampoco la hubo en la venta del Amparo, mas popularizada con el mote del Hambre. Al llegar á la masía de Poyo situada en el llano de Cuarte, donde se cosecha el vino famoso de aquella región, había un pequeño descanso para cambio de tiro, los viajeros aplacábamos la sed con el aguardiente en agua que expendían, á más de otras golosinas, dos hermanas muy guapas que hacían olvidar por un instante las penalidades del trayecto: tumbos, polvo y calor !... este no desaparecía, aquellas dos *gracias* nos le aumentaban en grandes proporciones con tan solo una mirada.

Hecho el cambio de mulas tornábamos á ocupar

los puestos; ¡vuelta á la asfixia con el mascullamiento del polvo!

Al cruzar la plaza de Chiva se detenía el vehículo, los pasajeros alargaban el brazo por las ventanillas para coger las jarras de agua transparente y fresca ofrecida por los chicos, que hacían su aprovisionamiento en aquella inmensa balsa que existe en el citado punto.

Seguía el viaje por el camino de la izquierda que enfila con Buñol.

En lontananza sus verdes montañas aparecen como si se hallaran á pequeña distancia, no es así; faltan dos leguas para acercarse á ellas.

Bautista Oscar, el mayoral, semejaba un hombre de escayola ó cartón piedra; no podía decirse que era de pocas palabras, esto hubiera sido algo y aún algos, más bien parecía símbolo del mutismo.

¡Ni la persona que á su lado ocupaba asiento de pescante conseguía entablar conversación con él!

Esta fué siempre su acentuada idiosincrasia.

Aún con los suyos, en la mesa, en regocijos de la intimidad, no adoptaba distinto gesto que el grave usado á diario, ni despegaba los labios más que en el momento mecánico de ingerir.

Por su continente parecía significar no ser digna la humanidad de hacerle gastar saliva.

Sólo quebrantaba su pertináz silencio al tratarse de las caballerías.

Veamos un ejemplo.

Le dirigía la palabra alguien desde la berlina ó pescante, al modo siguiente:

—Bautista, ¡que uvas negras más hermosas hay en esa viña!

—¡Viña! ¡viña! ¡viña! ¡uvas! ¡uvas! ¡uvas! (entonaba hasta dar con el diapasón del cascabeleo de las colleras y los chasquidos de su tralla, sin reparar para nada en quién le había interrogado).

—Oscar, que se me ha caido el sombrero, pare usted un poquito!

Los cascabeles: ¡Tilín! ¡tilín! ¡glín! ¡glén! ¡glín! ¡glén! ¡glín! ¡glén!

El látigo: ¡Zís zás! ¡chás chác! ¡chás chác! ¡chás chác!

Bautista: ¡Sombrero! ¡sombrero! ¡sombrero!

¡El viajero continuaba con la cabeza al aire!

El zagal iba de pie sobre el pequeño estribo de á palmo en cuadro que había en la parte trasera de la diligencia, apoyando los brazos en el ventanillo de la portezuela de acceso.

De este sitio se apeaba para arrear á las mulas en ayuda de su jefe, y, hecho el servicio volvía á ocupar el sitio abandonado, pillándolo al paso del carruaje.

—¡Bautista, dígale al zagal que baje; se me ha caido la sombrilla.

—¡Tilín! ¡tilín! ¡glín! ¡glén! ¡glín! ¡glén! ¡glín! ¡glén!

—¡Zís zás! ¡chás chác! ¡chás chác! ¡chás chác!

—¡Sombrilla! ¡sombrilla!... Se ha puesto el sol... ¡no bajes! ¡no bajes! ¡Arriá! ¡arriá! ¡Coronela! ¡Capitana! (todas las palabras en igual tono que marcaba el tintineo y dirigidas á los animales para que les sirviera de espolique).

No siendo, que el del estribo viera caer las cosas, y, de *motu propio* las recogiera, el reclamante se quedaba sin sombrero, la señora tenía que comprar otra sombrilla; alguno perdía el bastón; otro un abanico.

Le ocurrió á un eclesiástico que desde lo alto del coche se le voló la teja, y, no hubo apelación; el cura del pueblo le prestó, durante su estancia, un soberbio bonete.

Digo soberbio, no por su representación, que á ser esto diría humilde; si lo primero, por sus gallardas puntas en fuerza de lo exageradísimas que entonces se estilaban.

Los acanalados sombreros formaban *pendant* con sus turnantes de cuatro picos.

Yo, cuando chico, tenía á mi disposición el de mi tío Vicente; buen capellán de misa y olla. Medía aquel *cubre-testas* longitudinalmente tres palmos de vara, bien cumplidos.

Si mi lector ha visto la ópera de Rossini, *El barbero de Sevilla*, puede formarse idea tomando por patrón *il capello* de don Basilio.

No es ponderación; cuando yo jugaba con el de mi pariente solía exclamar mi madre: «¡Vicentito, quítate eso que te va á dar dolor de cabeza!» ¡digo! ¡eh? ¡la previsión de una madre! ¡no le faltaba razón!

Actualmente las tejas se han achicado; los bonetes ya sólo son *bonetillos*, y, el solideo queda en su más mínima expresión. Lo que no ha empequeñecido es el dinero de San Pedro: éste crece é irá en aumento. Bien puede decirse que han descubierto lo que no pudieron resolver los soñadores de la edad media: «la piedra filosofal».

No quiero que se me tenga por incrédulo ni que se sospeche pueda tener sentimientos anticlericales; bien está que yo jugara con la teja de mi tío; mas nunca haber entibiado sus consejos y prácticas que, si no al convencimiento, llevan á la conformidad.

¡A través de los años impera con nuevos disimulos la misma ola avasalladora de conciencias! continúan los mismos curas con diferentes bonetes y... ¡vaya, vaya! volvamos al ogro de Bautista.

Todo tiene una segunda parte distinta de la primera.

Se perdían prendas y adminículos, mas cuando alguien gritaba «¡que se me ha caído la cesta con la merienda!»

—¡Sóooo! ¡sóooo! ¡quietas! ¡Coronela! ¡Capitana! ¡Castaña! ¡Platera!

—Los cascabeles: ¡.....!

—Tralla... (quieta entre las rodillas de Bautista) ¡.....!

El zagal recogía el portaviandas; el propietario del condumio *finaceaba* á los de los látigos con pan, tortilla ú otras frioleras.

Quien al lado del conductor decía por cumplido «¿usted gusta?» se quedaba sin comer; aquél extendía su brazo izquierdo sin volver la cabeza, cogía el panecillo ó lo que fuera y se lo engullía sin manifestar su agradecimiento.

Llegábamos al pueblo con agujetas, mareados por los vaivenes sufridos al recorrer aquella inmensa faja blanca de rápidas pendientes que bajábamos para en seguida volver á subir, y, ganada la cuesta de enfrente vuelta á descender, siempre culebreando, una y otra vez, y muchas más.

A la vista de Buñol, de aquel magnífico panorama, echábamos en olvido las molestias de 39 kilómetros de baches más la pérdida de alguna parte de nuestra indumentaria debida al ¡tilín! ¡glín! ¡glén! ¡glín! ¡glén! de las colleras, y al ¡zis zás! ¡chás chác! ¡uvas!

¡uvas! ¡sombrilla! ¡sombrilla! ¡no bajes, bajes! de Bautista.

—✱—

La fiesta en el coliseo dió pingüe resultado en monedas de plata y cuartos; el papel sobre el Banco aun no era popular.

En un entreacto, Martín el molinero, muy conocido entre sus convecinos, arengó al público desde el gallinero mostrando un brazo de San Luis, el que en la mano tiene la pistola con el Cristo saliendo del cañón, símbolo recordatorio de uno de sus mayores milagros.

Aquellos restos los había encontrado el moledor de trigos y otros granos, en el monte Carcalín.

Más de un lector recordará los prodigios del santo.

En sus *gozos* se canta:

«En Albaida un atrevido
un pistoletazo os tiró
y el tiro así que salió
quedó en Cristo convertido.»

El segundo verso era un *Estentor* para herir oídos de *pedernal*; posible es que, como todo sufre mudanza, algún vate cogullado lo haya hecho aun más largo, aumentándole otra sílaba.

Todos aplaudieron el feliz hallazgo lamentando á la vez que no se hubiera encontrado la parte más integrante del Bertrand.

Al cabo de días apareció el todo de *la charada* en

término de otra demarcación; las aguas al menguar habían dejado en reposo el cuerpo del santo.

Es presumible que el dominico se desposeyera, á voluntad, de la pistola, y aun del brazo, comprendiendo que el arma de fuego no podía serle útil con el atrevimiento de las aguas.

En *Las Provincias,* diario fundado por el maravilloso poeta D. Teodoro Llorente, se leía en el número del miércoles 29 de Septiembre de 1875, lo que sigue:

»De Buñol recibimos la siguiente carta escrita el día 27:

»Con objeto de allegar fondos para la reedificación de la ermita de San Luis, dispuso la comisión encargada dar una función teatral, invitando para esto á algunos aficionados, que se prestaron gustosos, atendido el fin benéfico que lo motivaba, y anoche se llevó á efecto con gran contento del numeroso público, que solícito llenó todas las localidades. Pusiéronse en escena el drama en tres actos, de Larra, *Flores y perlas,* y la pieza *El que nace para ochavo,* de Pelayo del Castillo, distinguiéndose en su ejecución las aplaudidas aficionadas de esa D.ª Josefa Serra, su hija la monísima Pepita Alós, y los señores García Valero, Hernández y otros, que merecieron justamente los plácemes de la concurrencia. Creo que, atendido el buen resultado que ésta ha producido, se piensa dar otra función esta semana».

Fué de mi gusto el teatrito, tanto que en años sucesivos me hice empresa

Me costó el dinero pero saqué acopio de incidencias, pues muchas graciosísimas me ocurrieron, que reservo para oportunidades ulteriores.

¡Imitaré á aquel que aguantó una lluvia de palos sin requerir mano á la espada, y preguntándole un amigo por que no la había desenvainado le contestó: *reservarla para mejor ocasión!*

Los organizadores del beneficio me hicieron un presente, premiando mi trabajo artístico; también me dedicaron una paella en lo alto de la montaña, junto á la fuente de la Higuera ó del Alamo.

Día de sol expléndido ¡como son en mayoría en aquellas risueñas tierras!

A cosa de las doce se repentizó en el reluciente celaje una nube negra, muy negra, ¡como conciencia de malvado empedernido! ¡parecía hecha con pez! Así describiría, algún incipiente literato.

Descargó el cerote; ¡digo la pez! el cerote lo pasamos nosotros al ver el peligro de aguarse nuestra jira ¡qué modo de caer agua! ¡qué torrente! ¡qué enjundia la del firmamento! exclamaría otro aprendiz modernista

No había techado alguno en que guarecernos.

La lluvia *besaba* el campo, terreno secano plantado de cepas.

La tierra cálida tragaba las grandes gotas que, al sentido de la vista, resultaban metálicas y hundirse por agujeros: ¡qué continuidad de esferas negras posándose para desaparecer en seguida empujadas por otras!

Aquel diluvio, al caer la última capa del líquido elemento, no dejó rastro ni huella sobre el campo ¡tal era el calor de nuestra *madre*, tales sus ánsias por beber!

No aparté mi mirada de espectáculo tan sorprendente hasta que vino en mi ayuda la silueta de *El con-*

vidado de piedra filtrándose por las paredes en la casa del seductor de su hija.

D. José Zorrilla con su genio portentoso me había dado *sobre las tablas* la explicación de aquel fenómeno natural:

«Su esencia se trueca
el muro hasta penetrar,
cual mancha de agua que seca
el ardor canicular».

No puede dudarse; el de Valladolid escribió esta cuarteta en alguna de las provincias del mediodía, en terreno secano, y á la vista de una lluvia corta aúnque abundante.

TRANCO III

Retrogrademos.

Razón tenía el vocal del Ayuntamiento no siéndole simpáticos los franceses.

Existia aún en el pueblo parte de la generación, víctima de los desafueros gabachos, y, pues, amigo lector, los comediantes contratados en el año 46 del siglo de las luces, van llegando poco á poco, viajando en galera, me dá tiempo de darte á conocer las tropelías cometidas en la villa por los que capitaneaba el general Moncey.

A la vista tengo un libro de aprecio inestimable, impreso en 1810, que narra con gran sinceridad los sucesos del año 1808.

Al igual que el alcalde de Móstoles, Vicente Domenech, palleter, (vendedor de pajuelas) poniendo un trozo de su faja en la punta de una caña, le declaró la guerra al córcego más grande que ha existido.

Pueblo y tropas, unidos, salieron de la ciudad al encuentro del general francés que bajaba de Madrid á reprimir la insubordinación.

Le presentaron cara en el puente de Pajazo junto á Requena, allí, ¡fué el primer descalabro para nosotros!

Retrocediendo, en Buñól, volvieron á hacer frente, y... hable el libro anunciado. (1)

«... envió el General un mensage á Búñól para que se expusiese el S. S. Sacramento, y se implorase el soberano auxilio.

Acudieron luego á la Iglesia los viejos, las mugeres y los niños, porque los que eran capaces de tomar las armas estaban empleados, unos en sostener las baterías, y otros en ocupar los puestos más elevados que hay en torno del lugar. Cerca de las tres de la tarde sería quando congregados en la Iglesia, y enviando sus fervientes suplicas al Dios de los Exercitos, sintieron el fuego que se había rompido ya contra las Guardias Españolas y Valonas que estaban avanzadas en los altos de la fuente del Alamo, las quales resistieron vigorosamente hasta que no pudiendo contrastar el ímpetu del enemigo, se retiran con orden. El resto del Exercito, como gente no acostumbrada á las armas, poseida de espanto huye con precipitación: El P. Rico viendose acosado, y que el caballo que montaba no

---

(1) Esta copia lleva la misma ortografía del original, con sujeción á la época.

podía ponerle á salvo por lo escabroso y agrio del terreno, lo abandona y se escabulle á pie por entre las malezas hasta llegar á la Venta de Buñol, donde en-

LA LEALTAD DE VALENCIA.

Al leer este generoso pueblo en la Gaceta de Madrid la abdicacion del trono de España á favor del Emperador de los Franceses, se irrita noblemente, la rompe con despecho, y clama que no tiene ni quiere otro Rey que Fernando **VII**.

contrando uno desensillado y sin mas que el cabestro, lo monta y corre con ligereza á la ciudad á dar cuenta á la Junta de lo que ocurría.

Solo una parte de nuestra pequeña tropa sostenía sus puestos con denuedo, hasta que tomados quatro cañones por los enemigos, incendiadas las municiones de una batería juntamente con siete Artilleros, y desamparados de la fusileria, perdieron toda vislumbre de esperanza; pero sin embargo no les flaquea el esfuerzo. Resisten con tenaz empeño: los paisanos de aquellas tierras inmediatas que quedaron en número de 200, se mantienen intrepidos, y los Artilleros repiten sus tiros con tal destreza y tino que les matan mas de 300 caballos, dexan heridos muchísimos, les desmontan algunas piezas de artilleria, y les destrozan varias cureñas. Pero á pesar de esta denodada resistencia, los enemigos nos entraron por la retaguardia, treparon cien caballos hasta la altura que estaba guarnecida de un cañon y un obus, y mataron á quantos quisieron; los demas quedaron prisioneros. Tomaron tambien el cañon, pero no el obus que cayó rodando con las mulas hasta el profundo del barranco.

Los Franceses que rompieron primero por entre los nuestros, y los pusieron en fuga, se derramaron luego por Buñol, de manera que estando aun congregados en la Iglesia muy agenos de pensar que podrian ser sorprehendidos, se les dice que el enemigo entraba ya en la villa. La desgracia que les sucedia tan de improviso y las que temian, los llenan de consternacion, y se dan prisa en huir. El Cura, sin tener siquiera tiempo para sumir las sagradas formas, sale apresuradamente de la Iglesia con algunas pocas mugeres que habian quedado, y se mete en la casa frontera que aun estaba abierta; mas no con tanta presteza que no le dispararan siete ú ocho tiros á un tiempo, bien que por providencia del Señor no le hirieron. La

dueña de la casa y otras personas que se refugiaron tambien allí, lo escondieron en el hueco de una escalera que habia en lo mas interior, habiendose quitado antes su vestido talar, para que en caso de ser descubierto, no irritase mas el odio que aquellos barbaros tienen contra los Eclesiásticos.

En esta triste situación estaba el Cura, quando se introducen en la casa los Soldados con ruido y alboroto, se derraman por toda ella, quebrantan todas las puertas, ultrajan á las mujeres, todo lo registran, pillan quanto encuentran, y hacen pedazos lo que no pueden llevarse. Con esto comienza ya á acercarse la noche, y el afligido Cura que hasta entonces habia permanecido oculto, fué descubierto por un Soldado, que con una vela encendida y un par de palomos en una mano, y en la otra una pistola, iba registrando otra vez todos los escondrijos. ¡Qual debió ser la sorpresa de aquel angustiado Sacerdote! Despues de haberlo maltratado sacrílegamente, y hechole pasar una noche cruel, atormentándole con golpes y amenazas, lo llevaron al otro dia á la venta, donde tenian el quartel general, para que fuese arcabuceado. Como le habian quitado la camisa y andaba solo con la chupa, al llegar á la plaza le pusieron por escarnio una de muger, después de haberle vareado las espaldas desnudas con barbara fiereza; y de este modo, sin poder apenas levantar el pie por el desfallecimiento de fuerzas, y por el temor de la muerte que miraba tan de cerca, lo iban arrastrando á la venta. No podía fixar sus ojos en parte alguna que no encontrara nuevos motivos de dolor: casas arruinadas, muebles hechos pedazos, hombres y mugeres degollados, eran los objetos que se le ofrecían. Apenas llega á la venta,

manda uno de los Oficiales que sin presentarlo al General lo aten para consumar el sacrificio. Ya estaban con los fusiles preparados, quando viendolo un paisa-

COMBATE DE SAN ONOFRE.

Cinco mil seiscientos Hombres inexpertos y mal armados, mil Soldados veteranos con tres Cañones, y cien Caballos al mando del Brigadier D. José Caro pelean en campo abierto con el Exército del Mariscal Moncey compuesto de doce mil Infantes, mil y ochocientos Caballos y diez y ocho Piezas de Artillería.

no Francés, á quien con otros cinco Franceses mas habia libertado el Cura del furor del pueblo, y los habia tenido cerrados en el castillo, y mantenido de li-

mosna, compadecido de la desgracia de su libertador suplicó á los Oficiales, que pues á la piedad de aquel Sacerdote eran ellos deudores de su vida, suspendieran el suplicio hasta dar parte al General. Hiciéronlo así, y el General mandó luego por medio de un Edecan que dexaran al Cura en libertad; pero informado ademas del abatimiento en que se hallaba, y de las heridas y golpes con que lo habían tan maltratado, dió orden para que lo curara uno de los Cirujanos del Exercito, y le diesen quanto fuera necesario para su consuelo. Luego baxó el mismo General, y viéndolo tan lastimado, mandó que lo conduxeran al pueblo escoltado de los Soldados de la guardia imperial, como en efecto lo conduxeron inmediatamente en brazos, porque apenas podía tenerse en pie. Como en su casa no se halló comodidad, lo llevaron á la de un vecino, donde estaban recogidas casi todas las mugeres y niños del pueblo, y en medio de tanta confusion hubo de estarse allí mientras la curacion de sus males, para la qual tuvo el General Moncey la humanidad de enviarle algunas veces á un Cirujano suyo.

No sucedió asi con D. Bartolomè Ferrandiz, Capellan de la Ermita. Despues de haberlo matado inhumanamente, lo tendieron de espaldas en la calle desnudo de medio abaxo, cortadas las orejas, rasgada y abierta la boca hasta no poder mas, un abanico en la mano, y un puerco muerto á cada lado. Un hecho tan barbaro bien manifiesta el encono que aquellos Soldados tienen contra los Sacerdotes.

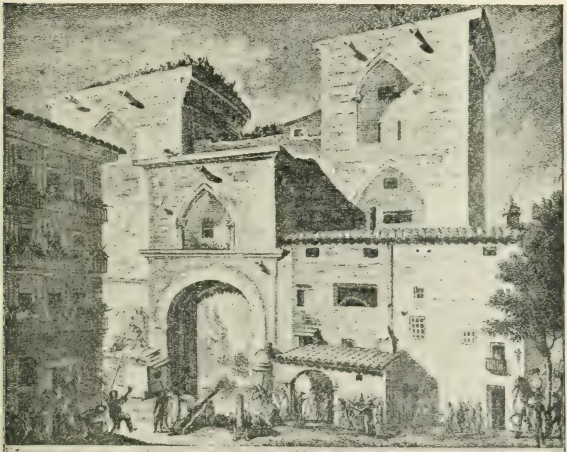
Tres dias estuvieron los Franceses en Buñol, pero verdaderamente fueron dias de llanto, de estragos y de muertes. Veíanse correr las gentes azoradas por las calles, poseidas de un desacostumbrado espanto

alzando las manos al cielo, y lamentandose de una tan desgraciada suerte: veianse las timidas mugeres huir precipitadamente sin saber adonde; y sorprehendidas en medio de las calles, ser allí mismo víctimas de la furiosa luxuria de aquellos brutos, que con el mayor desenfreno, sin respetar estados ni edades, y sin esconderse al menos de la luz del dia que los alumbraba, hacian violencia á quantas podian haber á las manos.

En la Iglesia ¡quantos sacrilegios no cometieron! La pila bautismal descerrajada, y emporcadas asquerosamente aquellas sagradas aguas: rompidos los caxones y los armarios de la sacristia, desgarrados todos los ornamentos, arrancados los galones de plata y oro que los guarnecian, robados los vasos sagrados y toda la plata destinada al servicio del altar, derramadas por el suelo las formas sagradas, desquadernados los libros del archivo, y esparcidas acá y allá sus hojas hechas pedazos. Las imágenes de la Virgen Santisima que alli se veneraba baxo diferentes invocaciones se veian barbaramente destrozadas por tierra sin los ricos vestidos y sin las preciosas joyas que las adornaban: el mismo destrozo hicieron en las imagenes de los demas Santos que habian derribado de sus nichos. Pero en la que manifestaron mas su rabia fue en la de un devotisimo Ecce-Homo: despues de haberle robado sus vestidos de terciopelo ricamente bordados de oro, y dexadolo enteramente desnudo, le cortaron los brazos, le hirieron el rostro con los sables, y le surcaron las espaldas con las puntas de las bayonetas.

En la Capilla del Castillo cometieron iguales atentados: robaron la Custodia del S. S. Sacramento, once

lámparas de plata, y todos quantos vasos y alhajas encontraron de este precioso metal; y en la del Hospital de pasageros tampoco dexaron cosa que lo valiera.



ATAQUE DE VALENCIA.

Valencia derrota delante de sus murallas al Mariscal Moncey, y le pone en vergonzosa fuga.

Respecto á los vecinos, no puede saberse á punto fixo los daños que les hicieron, puesto que en ninguna casa por pobre que fuera se dexaron de notar las señales de su perversidad. Sin embargo se sabe que se llevaron mas de mil puercos, trescientas y sesenta caballerías, dos hatos de ovejas y carneros, y mu-

cho ganado vacuno; ademas de siete mil pesos en dinero efectivo, y doce mil en alhajas y otros bienes que robaron á un hacendado que se llamaba Juan Bautista Ferrer.

Quien hubiese entrado en aquella desgraciada población en los primeros momentos que sucedieron á la marcha de aquellos malvados, se hubiera penetrado del horror que inspiraba aquella soledad. La vista se extendía por todas partes, y apenas podía fixarse en ningun objeto viviente; solo observaba un triste suelo sembrado de ropa y de muebles hechos pedazos, cadaveres nadando en sangre que manifestaban aun recientes sus heridas, puertas desquiciadas ó quemadas, y casas desiertas que ofrecían un aspecto horrible y respiraban un silencio pavoroso. Y despues de tanto estrago ¡aun se atreve á decir Moncey que *las tropas en su marcha han observado la mas exácta disciplina, y no han cometido hostilidad alguna!*»

Guardo mi precioso libro; no te relato la derrota del general francés junto á los muros de la revuelta capital; conténtate con saber que desandando lo andado, volvió camino de Madrid á presentarse ante el rey Pepito: «con la lengua fuera, torva la mirada, *húmedo el semblante*, las orejas gachas, *signos evidentes de su mucha rabia*» (1).

Las pérdidas del ejército usurpador habían sido mayúsculas.

Volvamos al año 46 para no hacer más trancos.

---

(1) Plagio de: *El rey que rabió*

TRANCO IV

La galera acaba de parar junto á la plaza de la Villa, cerca de la fuente del chorrico.

—¡Los comediantes! ¡los de las comedias!—gritaban.

—¡Madre *allléguese* que vienen los del teatro!

—¡No empujar!

—¡Cuál será el graciosico? ¡jé! ¡jé! jé!

Efectivamente; el personal, enumerado en la sesión que conocemos de la casa Ayuntamiento, descendía del vehículo.

Ellas sucias y desgreñadas; ellos sucios y, no con rodilleras en los pantalones, si no cortos éstos á fuerza de tantas arrugas modeladas en las mil posiciones habidas durante el viaje.

En aquellos carromatos faltos de asientos, con demasiadas mercancías sobre las que se sentaban los más afortunados, quedaba la parte molesta para los que tenían que acomodarse en el piso con las piernas cruzadas imitando á los árabes. Dependía allí la mal llamada comodidad del número de viajeros; en el caso presente la tortura resultaba infinita, pues con ser tantos, llegaban como higos en banasta.

¡Dieciseis horas de viaje á paso de mula *atortugada,* arrugan los entrecejos y también los pantalones!

El alguacil con seis ú ocho ayudantes distribuyó el personal en las casas designadas al efecto. También entre los curiosos hizo reclutamiento para el reparto de equipajes.

—Vosotros, tú... y tu, cargad con el último baul; dejadlo en casa del tio Catarranas; ¡á ver lo que ha-

céis!—recomendaba el municipal- ¡va la ropa del gracioso!

—¡Já! ¡já! ¡já! ¡já!—prorrumpían dando carcajadas los dos mocetones.

Era de verlos, sin cesar de reir, llamar la atención de los vecinos, por donde pasaban.

—¡Tia Quirica! llame al tio Panchico, que se asome á ver el baulico del gracioso, ¡já! ¡já! ¡já!

—¡Demontres! ¿decís verdad? ¡já! ¡já! ¡já!

—¡Qué gracia!—exclamaban otros parándose ante aquél viejo armatoste que los portadores llevaban asa por asa.

No tenía nada de *baulico* el horrible mamotreto forrado con piel que conservaba los mismos pelos del caballo muerto á cornadas por no poder el célebre Pepe-Hillo y los suyos quitar al toro de la querencia del pobre animal!

¡Y á fe! que los de los sombreros de medio queso, acomodados en el tendido, voceaban: «¡qué no va á salir el cofre!»

No fué asi: el cofre salió; ahora lo vemos viejo, pero grande, cargado de tiras de herraje sujetando *cariñosamente* el cuero, en fuerza de clavos que por su tamaño hubiesen servido para las crucifixiones en época adecuada.

¡El jolgorio iba en aumento!

¡El número de escudriñadores había engrosado!

La risa es contagiosa; allí se justificaba; todos reian; un verdadero alboroto.

No podía ser una casa de locos; mas sí una calle de ellos.

Al igual sucedió en otra; caso semejante al pasar por la que seguía hasta llegar al punto de destino.

La molinera, esposa del tio Catarranas, y los seis chicos esperaban en la puerta.

—¡Señora ama, aquí traemos el baulico del gracioso! ¡jé! ¡jé! ¡jé!

—Decid más bien que traéis el arca de Noé.

—¡Viva! ¡viva!—gritaban los muchachos palmoteando.

El *provocador* de risas quedó aposentado en un cuarto de la planta baja.

Los seis diablos, en figura de chicos, de varios saltos se subieron en él.

Profusión de brincos sobre la tapa dieron el resultado de hacer saltar la falleba.

—¡Madre! ¡se ha abierto!

—¿Traerá espadicas? yo quiero una *pá* jugar.

El tío Cata... lo que ya sabemos, llegó acompañado de D. Romualdo Osete.

Lo presentó á su mujer, que reía á mandíbula batiente.

Ya dispuesta la cena acomodáronse para llenar menester tan imperioso.

Faltaba Venancio, el segundo de los hijos.

Le habían llamado inútilmente; sospecharon que estaría retenido por alguna urgencia.

—¡Vaya, vaya, él vendrá! ¡qué á la hora del yantar nadie falta!

El matrimonio no quitaba la vista del señor Osete; éste se hallaba molesto pues desde la plaza á allí habían hecho con él poco menos que con su baul. Ahora los patronos continuaban, sin recatarse, las miradas maliciosas y las sonrisas próximas á ascender á carcajadas.

—¿Tendré monos en la cara?—preguntó á los molineros.

Por contestación obtuvo una prolongada risa.

Los chicos exclamaron:

—¡Anda, monos! ¡monicos! ¡dice si tiene monicos!

—Señor Osete—se atrevió á decir el mayor de los muchachos—haga usted una gracia que nos haga reir las tripicas!

—¡Citrato de magnesia os daría yo, veríais las tripicas!

—¡Já! ¡já! ¡já! ¡já!—risa general.

Desde este momento le perdieron el respeto. Un hueso de aceituna, tirado con fuerza, le lastimó un ojo; á hurtadillas, otro de aquellos mal educados cogió el salero, volcándoselo en el mismísimo pescuezo por la parte interior de la camisa.

—¡Muchacho, que te voy á pegar un mojiconcico! —amenazaba la madre.

—No, señora, no; anda monin vuélcame la ensalada si te place que si no tiene bastante sal luego me echas más!

¡Estaba dado á todos los demonios, aunque allí solo había cinco!

Aumentó la pedrea, es decir: ¡el arca (1) que hacían los muchachos sobre el pobre histrión con los huesos del fruto del olivo!

Nuevo refuerzo de proyectiles les proporcionó el postre de melón.

—¡Cáscaras!—prorrumpía la víctima tapando su cara con ambas manos.

—¿Por qué dice usted eso?—le preguntó el padre.

---

(1) Provincial. *Arca:* f pedrea que hacen los chicos divididos en dos bandos.

—Digo... ¡qué me están tirando cáscaras! ¡Qué gracia de criaturas!

Si algún gesto con expresión de dolor se marcaba en su semblante, al punto le demandaba la mujer:

—¡Quieto! señor Osete, quieto! mirad que gestico tan bonico ha hecho!

¡Si esto me sucede la primera vez que me siento á la mesa con estos cafres—discurría para si el gracioso—qué me ocurrirá en las sucesivas? Decididamente tendré que irme á la posada y comer aunque sea en el establo, ¡al menos, las caballerías echan coces solo con las patas traseras! éstos han empezado con las de delante... ¡males mayores preveo cuando puedan valerse de las cuatro!

Un griterío inmenso, una gran algazara se oyó en la calle.

Esto vino á cortar el menoscabo que sufría el pobre artista.

Todos salieron á la puerta.

Venancio, el hijo echado de menos en el momento de la cena, llegaba maltrecho, lleno de barro, seguido de medio pueblo que con silbidos y acosos le obligaban á buscar refugio en su hogar.

—¡Demonio!—profirió el de teatro viendo al rapaz —¡mi mejor traje de lentejuelas! ¡¡en que estado!!

Así sucedía: el travieso niñaco, vestido con una trusa que le arrastraba, rotas las perneras de tanto pisárselas, habiendo pasado un pie por un agujero improvisado, arribaba con aumentados adornos en fuerza de pegotes de barro.

¡Menos mal que por ser convecino no le tiraron guijarros!

La molinera prodigó tirones y cachetes al chico hasta que logró desnudarlo.

Los acosadores del *máscara* situáronse frente á la casa; mas con la presencia del gracioso trocaron los silbidos en expresiones de júbilo.

Don Romualdo, anonadado, se ocultó en un rincón de la cocina.

La mujer del tio Cata... le consolaba con razonamientos.

—¡Mire! ya me chocaba que el pícaro de Venancio, que es más Catarranas que su padre, se hubiera ido sin saber *por qué*, ni *para qué*. Cuando trajeron el cofre, como son tan barrabasicos, se subieron encima de la tapica; luego, sin que nadie tuviera razón de ello, ha cogido el traje majico y se ha ido por las callecicas.

—¡Pues me ha *perdidico*!—dijo Osete.—Nada, mañana al mesón y de él.... acoto un pesebre: ¡Que entre cuadrumanos y caballerías, voy con las segundas seguro de que no ha de darles por vestirse de trusa!

—✱—

La inauguración de las comedias, fué en la primera velada: un acontecimiento.

Lleno completo; ovaciones al galán, á la dama; á todos los intérpretes; mucho regocijo con el gracioso, tal fué la buena acojida que... ¡le decretó un enemigo!

El gracioso segundo, Elías Cardete, se permitió calificar la labor de su jefe... ¡propia de payaso de feria!

Mucha sorpresa le causó al galán primer actor, ver que en la reja del teatro (despacho de billetes) había atadas tres ó cuatro cabalgaduras; también en el

resto de la corta calle siete ú ocho más de diferentes castas, sín que persona alguna tuviera cuidado de los animales.

Esto pudo observarlo durante la pieza final; acabado el drama había salido ansioso de respirar el aire puro de la montaña saturado abundantemente de romeros y tomillos.

Intrigado con lo de las bestias quiso averiguar á quién pertenecían y entró en el aposento expendeduría de billetes.

Al pasar del marco de la puerta le advirtió el de adentro:

—¡Señor Plumer, dése por avisado, no se arrime á ese rincón!

—¡Cáspita! ¡y más que cáspita! ¿de quién es eso? —preguntó lleno de asombro por lo que allí veía.

—Del abono.

—¿Del abono? y usted se halla tranquilo con semejante compañía?

Esta la constituían cuatro ó cinco trabucos de los llamados naranjeros, un par de escopetas y tres ó cuatro pistolones; todo ello cargado hasta la boca según el decir del taquillero.

—¡Vaya unas salidas de teatro que gastan los señores abonados de este coliseo!

—Explíquese D. Ramón, que vienen de muy lejos, de los pueblos comarcanos; hacen bien en ir prevenidos pues vuelven á sus casas ya de madrugada por montes y vericuetos, á solas en sus burros ó jacas.

El segundo día, á la hora del ensayo, se presentó el alcalde en el teatro para felicitar á los actores.

El gracioso ya vivía en la posada. Según él predi-

jo: tuvo que irse á comer solito en el corral, si bien únicamente en la puerta del establo, para evitar que los arrieros y demás gente baja siguieran riéndose en sus barbas.

—¡Señor!—profería el molestado—¡qué dúctiles en reir son estos *Buñoleros*! ¿Habrá algún ser invisible que les hará cosquillas? por que yo no soy tan feo para producir tanta hilaridad; no tengo la nariz larga ni soy chato, no bizco, visto regular...! ¡decididamente aquí todos son bobos!

—Y usté señor Osete—preguntó la autoridad después de haber cumplimentado á los demás—¿se halla á gusto en la posada? Con el tío Cata no podía ser, aquellos chiquicos son hijos de Satanás.

—Diga usted, ¿los demás también son nacidos en el infierno?

—¿Quiénes? ¡já! ¡já! ¡já!

—Los demás Buñoleros.

—¡Anda! nos llama buñoleros! si somos Buñolenses!

—¡Es igual! Me tiene muy apesadumbrado haber obtenido un tan grande éxito de risa. Ayer le pregunté á un cura en donde estaba la botica, después de reir mucho estiró el brazo y señaló una bocacalle diciéndome: «por allí... allí... no puedo... ¡já! ¡já! ¡já! ¡já!... no puedo hablar... de la risica que me acomete...» y se fué ¡já! ¡já! ¡já! ¡já! y yo me quede rabiando ¡jí! ¡jí! ¡jí! ¡jí! con el sucedido.

—No le extrañe; aquí la gente de iglesia son personas de talento, muy amantes del teatro, y como estaban en la plaza cuando llegó usted todos conocen al gracioso. Todavía tiene que *agraecerlo*, y... ¡andantico! que quiero presenciarlo: ensaye *El fandango de candil*; ahí en butacas esperan las seis aficionaicas

que ha pedido; ayer se las dieron los papeles, y, se los traen aprendidos. ¡Subid chiquias!

Las mencionadas subieron al escenario; se colocaron en fila delante de la concha.

¡Qué tres parejas! ¡seis crómos!, difícil hubiera sido repartir entre ellas un premio de belleza!

—¿Quién tiene la Mari Sancha?

—Servidora.

—¿Y usted joven?

—Yo hago la Apolinaria.

—Yo la Pujitos.

—Tomasa, dice en mi papel.

—Yo tengo la Culebra.

—¡Lagarto! ¡lagarto! ¡y más lagartos que israelitas pasaron el mar Rojo!—vociferaba Osete—ya le dije al copista que esa parte la titulara la Bicha!

—¡Já! ¡já! ¡já! ¡já!

—¡Tiene miedo á las culebricas!; pues oiga un consejico, en el monte mire donde pisa que las hay, aunque más peores son las que tenemos dentro del pueblo. ¿Verdad vosotras?

—(Todas) ¡Já! ¡já! ¡já! ¡já! ¡qué gracioso es el señor alcalde!

—Ahora se rien de mí!

—Eso me consuela; prosiga haciendo chistes, ayúdeme, ayúdeme á llevar la carga; estas gentes ni aún con la bicha se ponen graves; ¡creo que ni muriéndose sus madres perderían la hilaridad! ¡¡Años de vida daría por encontrar una persona seria!!

—¡No se enfade! ¡no se enfade!...—le repetía el del bastón de mando dándole cogotazos—...como no vemos á los graciosos más que de año en año cuando las fiestas, de ahí nuestro jolgorio.

—¡Bueno! ¡bueno! ¡está bien! sigue tú—dijo Romualdo al segundo apunte.

Este encarándose con la última de las aficionadas preguntó:

—Niña bonita: ¿usted qué papel hace?

—La medio zulo.

—¡¡Qué!!—exclamaron los comediantes

—La medio zulo—repitió la muchacha.

—¡Esta chica no sabe leer!

—Sí señor, sí sé.

—¡Pues cómo no lee usted la Medioculo! c, u, cu: l, o, lo; culo.

Risa de todos los circunstantes.

—Creí que se habían ustedes equivocado, por eso leía c, u, zu.

—No señora, es cu.

—¡Ah! ¡Yo no me llamo esa porquería!—y dió en llorar la mozuela—¡buenos son los del pueblo! ya teníamos mote en la familia para de padres á hijos.

—Diga usted Osete, ¡já! ¡já!—dijo el alcalde—como se vá á dar ese nombre en el cartel?

—Como se ha dado siempre; como lo dispuso el nunca bien ponderado cuanto nunca bien laureado don Ramón de la Cruz.

—¡Ah! la obra es escrita por el de la Cruz; no se hable más, el señor vicario dice que don Ramón y Moratin son los mejores maestricos que ha habido.

—No te aflijas chica, se anunciará con *ceda*. (1)

---

(1) Al igual que el cómico de la legua del año 46 del pasado siglo, también hubo que hacer arreglos en el Español de Madrid en 1903. Representaba dicho sainete D. Felipe Carsí. No aparecía en el

¡Olmedilla y Cano no me lo tome en cuenta!

¡A Dios gracias ya he visto en esta villa llorar á alguien en presencia mía!

—¡Ya ríe! ¡ya ríe!—dijeron todos.

Con efecto: la moza abandonó el llanto al desaparecer el peligro que traía aparejado el álias.

—¡Qué fugaz ha sido mi dicha!—pensó el comediante.

El ensayo salió á pedir de boca.

Se despidió de todos el monterilla recomendando á Fausto, el encargado de la guardarropía, que procurara tener siempre cerrada la puerta del escenario que daba al campo de las panochas.

El dependiente le hizo notar que cuando se hiciera: *El héroe por fuerza* tendría que abrirla para entrar y salir el caballo con el jinete. Entre bastidores no había espacio para estas maniobras.

Ante tan oportuna observación hubo conformidad.

—✱—

Segunda, tercera y cuarta funciones fueron en calidad, hermanas de la primera.

---

cartel, ni en el diálogo el chocante nombre del ya citado personaje.

Y pasa: que el idioma siempre es el mismo, las costumbres son las que nos prohiben interpretar siempre lo mismo las palabras.

En otro capítulo hablaré de la supresión de una escena del primer cuadro en la representación de esta obra y en la misma temporada, entre una maja, su marido y el usía cortejo, ¡aquellos cortejos que parece mentira que estuvieran tan de moda entre la gente del bronce y admitidos hace pocos años en el extranjero con el nombre de Flirteadores.

El mismo entusiasmo, y, los ya conocidos borricos, yeguas, trabucos y pistolones.

Se fijó el cartel para la quinta noche anunciando: *Los dos Pedros ó el alcalde de Sardam* comedia con idéntico asunto que el de *Catalina* zarzuela de Olona y Gaztambide que aun ahora se representa.

Para conclusión se ofrecía el vetusto sainete: *Los dos viejos uno llorando y otro riendo;* los protagonistas los desempeñarían los señores Osete, y, Cardete.

Estos dos enemistados dieron lugar á un caso graciosísimo que voy á contar, pues tiene el privilegio de la novedad.

En el ensayo aseguró el segundo gracioso, que si le hubieran permitido hacer una obra *de primero,* las risas en la sala y en las calles le hubieran correspondido por mitad ó... *á inda mais.*

—¡Me haceis reir don Gonzalo!—exclamó el aludido oyendo el pavoneo de aquel inferior.

El pique tomó incremento; no llegaron á las manos por impedírselo las de los compañeros, tirando de ambos.

A esta escena siguió la calma; pero quedaron rescoldos.

Ya en la función, cuando más grande efecto causaban en el público, desempeñando la pieza, aprovechaban la algazara de aprobación para insultarse mútuamente en voz baja.

Cayó el telón entre las palmadas de los espectadores é inmediatamente Cardete chilló:

—¡No aguanto más!—¡Sus puños apretados fueron á dar en la cara *del viejo que llora!* Este, por igual acción, ¡llegó á dar en la cabeza *del viejo que ríe!*

Los compañeros por miedo á un golpe mal encontrado se retiraron á las cajas de bastidores.

El segundo apunte viendo que no podia separarlos, y, que llevaba recibidos dos guantazos por equivocación, recurrió á la estratagema, gritando: «arriba el telón».

Los del telar cumplieron el aviso.

De fuera, al ver levantar la cortina, palmoteaban premiando el trabajo que habían hecho los cómicos.

Estos, sonrientes, cogiditos de la mano, avanzaban una y otra vez hacia las candilejas para dar las gracias.

Volvió á bajar la tela.

Quedaron ocultos.

—¡Toma granuja!—prorrumpió rabiosamente el *viejo llorón*, Osete; y de un puñetazo le puso á su contrario un ojo casi al nivel de la punta de la nariz. Una segunda bofetada le acertó en los dientes.

—¡Ay, mi boca!—decia el dolorido Cardete.

—¿Tu boca, eh?, en ella te voy á dar más para que no hables.

—Y yo á ti en la del estómago para que revientes.

Dos patadas de plano se posaron en el sitio que indicaba.

—¡¡Arriba el telón!!—repitió el apuntador.

Nuevamente *cogiditos de la mano* avanzaron para saludar.

Algunos rezagados de las butacas notaron que en las caras de los viejos habia sangre joven.

Otra vez quedaron ocultos por la cortina.

¡Siguieron con mayor fuerza cachetes y puntapiés!

Los artistas en recaudo, se decidieron á interve-

nir en la trifulca; mas aquel vocerío, aquellos golpes de manos y pies, resultaban indominables; nadie conseguía entenderse.

—¡A la calle todo el mundo!—imponía dando voces el conserje del teatro—¡¡fuera de escena!! ¡¡fuera de escena!! (1)

¿Fuera de escena?...—reflexionaron los maquinistas de las alturas, quizás maliciosamente—pues hay que levantar el telón.

Dicho y hecho, como lo pensaron lo hicieron.

Esta vez no hubo fingimiento; continuaron la pelea; actriz hubo que del susto se desmayó.

El escaso número de concurrentes que restaban, ante lo inusitado de aquella escena fuera de programa, se determinaron á ser parte activa; subieron por la orquesta llevados de poner paz.

Cortó el escándalo la presencia del alcalde.

Este dispuso que los contrincantes pasaran la noche en la cárcel, en distintos cuartos, allí iría el boticario con vendajes y árnica, ¡¡con mucha árnica!!

El agente municipal llevó detenido primero al segundo gracioso; tornó luego para acompañar á Osete, así lo prevenía la orden gubernativa.

Al salir á la calle aún había grupos en espera de ver al delincuente simpático.

Varios remoquetes y risas le saludaron al pasar; muchas más al ingresar en la casa de la Villa.

---

(1) Aun hoy se emplean estas palabras para despejar rápidamente el escenario de personas ajenas á la obra que se representa y levantar el telón á la terminacion de los actos, por los insistentes aplausos del público pocas veces, sí muchas por los palmoteos de la claque.

—¡Pues señor, no me cabe duda!—pensó Romualdo desplomándose sobre un banco,—si levantaran el patíbulo para darme garrote ¡se reirían! ¡¡se reirían mucho!!

—✱—

«Despedida de la compañía con el drama cómico en tres actos, en prosa, arreglado á la escena española por D. Ventura de la Vega: «*El héroe por fuerza*», y el sainete intitulado: «*Tres pelos y media camisa ó sea majos y estudiantes*».

Con esto terminaban la serie de representaciones anunciadas por el municipio con motivo de los festejos.

Lleno completo.

Aplausos á granel durante el primer acto.

A tiempo de empezar el segundo, Fausto abrió la puerta llamada de las panochas, cerciorándose de que la hermosa jaca morcilla, de sangre inquieta y remos fuertes, estaba en disposición de prestar servicio cuando el traspunte lo requiriera.

Preparó los tiros de mano, vulgo petardos, con que imitar las descargas de fusilería mientras el fragor de la batalla que debía simularse fuera de la escena.

Osete hacía las delicias de la concurrencia. En su semblante estaba estereotipada la vigilia de la mala noche pasada en la casa del pueblo: no había pegado los ojos.

El secretario le consoló al darle libertad haciéndole comprender que la medida tomada había sido de precaución sin pizca de correctivo, pues, que en vez del calabozo, los recluyeron en habitaciones de la casa consistorial.

Con tan bienhechoras palabras quedó complacido

y también por no ser el peor librado de la refriega, aunque ostentaba señales inequívocas de caricias contundentes mal encubiertas con tiras de tafetán.

Respecto á Cardete, no era *chico pleito* el suyo, su rostro había dejado de serlo; más bien parecía una bala de algodón; ¡tan abundantes emplastos llevaba en él!

Tambien una patada fortísima le había alcanzado en donde termina el espinazo; ¡se hallaba incapacitado de sentarse!

Juraba, perjuraba, que la huella de aquella planta no correspondia al pie de su rival. ¡Fué el alcalde cuando intervino para separarnos!,—pensó Elías— ¡no hay más que mirarle los pies, debió nacer en la *Patagonia!*

Terminado el primer acto cesó su labor artística; desempeñaba el papel de Peters.

Había salido á escena caracterizado con una barba grande y no menos bigotes, asi procuraba tapar los muchos parches aliviadores de los arañazos adquiridos en el *boxeo*.

Se lamentaba el apuntador del escenario de ser él y el guardarropa insuficientes para disparar los atronadores ó petardos.

Cardete se ofreció para ayudarles.

Así lo hizo.

Entrando la jaca en el tablado por la puerta panochera la montó el gracioso según requiere el asunto de la obra.

Llegado el mútis, cabalgando entre el estrépito de los disparos para volver á presentarse ante el público al poco rato, sucedió... lo imprevisto... ¡un contratiempo horrible!... ¡un caso inusitado!...

Veamos lo que fué.

La morcilla era de cuidado; los comparsas, todos indígenas, sabían que la dichosa jaquita no aguantaba ancas de nadie, y, se afanaban en prodigarle caricias á la vez que cogían las riendas dejando al actor hacer que hacía.

Cardete, no hay que dudarlo, llevado de inquina, azuzado por la malevolencia, arrojó intencionadamente un petardo á la panza del caballo, este que ya con el estruendo se había encabritado, enfiló, por la salida del panochar, veloz galope.

No hubo fuerzas, ni manazas de comparsas, para contrarrestar su arranque.

En la oscuridad de la noche se perdió de vista el pobre Osete arrastrado por la que ningún parentesco tenía con el famoso Clavileño.

Al saberse la noticia hubo gran consternación entre los espectadores.

El segundo gracioso se prestó á concluir el drama, y, á la sustitución precisa de su compañero en el fin de fiesta.

¡Su indigno proceder, su mala acción, no había sido observada por nadie!

Varios mozos salieron campo atraviesa trás de los de la huida, sin encomendarse á Dios ni al diablo; se internaron en la montaña; algunos iban vestidos á la Federica con sombreros de tres candiles. Llevaban los fusiles de chispa que sacaban á escena.

Tres ó cuatro fueron detenidos por la guardia civil, instituida recientemente (1844) para el servicio de vigilancia y seguridad en los caminos, etc., etc.

Los de la benemérita corporación no se convencían de suceso tan extraño; por sí ó por no, despreciaron

las razones que alegaban los *soldados Federicos*, y los condujeron ante las autoridades.

Terminada la función se formaron corros en la calle para cambiar impresiones.

Siempre que nombraban á Osete, reian, reian mucho, el suceso tenia gracia original.

A las cuatro de la madrugada daban cuenta al secretario, varios de los de la búsqueda *del fugado por fuerza*, que nada práctico habian conseguido.

Con cuerdas para cerrar el paso á poca altura, estirándolas de ambos cabos cuando se divisara al animal, trabajaron lo indecible.

Solo una vez vieron venir hacia ellos á la fugitiva; salieron á su encuentro, pero esta, saltando por encima de la soga, los dejó burlados y...¡sin morcilla!

Aseguraban que la jaca iba sola.

¡Qué habría sido del desdichado actor!

¡Debia hallarse herido, acaso muerto, en el fondo de algun barranco!

—¡Por vida!—juraban los mocetones—¡ya no nos hará reir otro año!

Así exclamaban sin dejar las carcajadas.

—✱—

La galera de salida para Valencia espera junto á la fuente del chorrico á las nueve en punto de la mañana siguiente.

En ella estaban *embutidos*, más que aposentados, los artistas del teatro.

El presidente del consistorio les prometia escribirles noticias concretas.

—No creo que haya muerto—decía—un hombrecico con tanta gracia no puede acabar así.

En un rincón del armatoste con ruedas, estaba cariacontecido mascullando un Padrenuestro el traidor Cardete.

¡Rezaba, sí, rezaba!; su infamia pudo saborearla un breve instante, luego la conciencia despertó recordándole su delito.

¡Sentía frío! ¡mucho miedo! ¡si Romualdo ya no existía podía la Providencia castigarle matándole á él! ¡la galera podía volcar!..¡tanto bache en la carretera!...

El vehículo subía por la cuesta de Borrunes; la gran sábana de polvo que levantaba tras sí hizo que le perdieran de vista los curiosos que quedaron en la última bocacalle.

—✱—

Ya mediado el día, grandes voces de manifestación popular atronaron la casa del alcalde.

Un propio portaba la noticia de que dos civiles y algunos mozos traían en angarillas al infortunado cómico.

Los del concejo salieron al encuentro de lo avisado.

A poco, entre gran acompañamiento, camino del hostal iban los que conducían al lesionado.

Lo entraron en la finca á viva fuerza; tal era la avalancha de curiosos impertinentes.

¿Estaria escrito?: ¡hubo carcajadas!

Acomodado el paciente en una mullida cama del piso bajo, acariciado por el confort de una buena frazada, oía las risas de la gente joven que comentaban

el suceso en la calle junto á la ventana que daba luz á la estancia del dolor.

—¡Cual gritan esos malditos!...—pensaba el comediante—no puedo dudarlo: si con el tiempo se tropezaran con mis huesos, encontrarían esos macabros en cada fémur una justificada sonrisa!

—✱—

Veintidós días de enfermedad aguda, más ocho de convalecencia, le dejaron, aunque decaido, en disposición de salir á la calle para presentarse en el Ayuntamiento.

Había padecido distensiones de segundo grado, contusiones en todo el cuerpo y conmoción cerebral en los primeros instantes, ó sea la noche que pasó á la intemperie junto á la cueva de Turche, desmontado por voluntad de la celebérrima jaquita.

Los cuidados del físico, las cataplasmas de la piadosa mesonera, le habían rehabilitado para la vida.

En la casa de la Villa le notificaron nuevas amarguras.

Los desperfectos que causó el *bruto* en su errante carrera por entre viñas y sembrados, había que pagarlos pues así lo reclamaban los propietarios de las tierras.

Estas indemnizaciones sumaban una cantidad no despreciable.

—Entérese bien D. Romualdo: los gastos de médico, botica y demás *mimos* corren á cargo, como regalo, de la alcaldía. Los daños de las huertas tiene que pagarlos de su dinero; pero con los realicos que ahora le entrego de sus salarios, que para usté me ha dejado D. Ramón Plumer su galán y contratista, no tiene

para empezar; todavía falta un tantico; como es un tantico bastante grande ya he hablado con *tóos* los pudientes del pueblo. Les he *obligao* á una suscricioncica para no quedar á deber nada y que pueda usté marcharse aun que sea sin llevar ahorricos.

—¡Ya! ¡ya! ¡comprendo, señor alcalde! he de ir casa por casa á todos los ricos para que me den una limosna!

—¡Niego, una limosna es un mendruguico! á usté le darán dinero; le acompañará el ministril; á la vuelta echaremos cuentecicas; si sobra algo *pá* usté.

¿Y si falta?

También lo he *determinao*. He hecho saber á los que no tienen *ná* que dar que si no basta la primera suscrición haré una segunda, de por fuerza tendrán que ayudar en algo. A esos por malas les puedo; ya se lo he hecho saber; están que no les llega la camisa al cuerpo. Yo también contribuyo con trescientos reales. Con que andandico, que tengo mucho que hacer; no estoy *pá* perder el tiempo.

—¡Que distinto trato! ¡no se ha reido ese majadero! ¡he creido que mi presencia le molestaba!—así discurría el necesitado Romualdo al salir del consistorio acompañado del alguacil.

A su paso por las calles ya no oía reir: ¡las gentes al verle ó bajaban las miradas ó volvían las cabezas!

Visitaron la primera casa de la lista, la segunda, las otras más; en todas les entregaban, bien al de la gorra galoneada, ó bien al propio interesado, cuatro, ocho, y aún diez reales en pieza, escudo de plata.

¡Aquellos *benéficos* aparecían taciturnos!

Cuando el gracioso presentaba la palma de la mano para recibir el óbolo, moneda hubo que sonó en

el suelo, pues la depositaban sin orientación esquivando la presencia del comediante.

¡Vaya un ejercicio! toda la tarde y gran parte de la noche se la pasó postulando!

A las ocho del día siguiente, en un carro con cargamento de leña, sentado sobre una manta, formando remate á aquel montón de encinas y carrascales, salia de Buñol D. Romualdo Osete, después de aritmeticar con el alcalde y haber quedado á su favor dos piezas de las de á medio real que custodiaba en el bolsillo de su chaleco.

Esta insignificante cantidad para subvenir á necesidades de la vida, dejaba de serlo para defensa propia ¡ay del merodeador que se atreviera á dar el alto al carretero! Osete, desde arriba, con uno de los dos *proyectiles* haría pagar cara la temeridad. ¡Tan grandes eran aquellas monedas de cobre!

A la vista de la carretera respiró con satisfacción.

—¡Mucho he sufrido!—pensaba el histrión—¡malo es el vocativo *cáret* de mis faltriqueras! pero de todo me consuela que han acabado tratándome en serio!

Sin ocurrencia mencionable llegó á la ciudad.

En un lío llevaba parte de su equipaje, la diferencia al total se lo había vendido al posadero Buñolense en unión del cofre.

A la semana siguiente nuevas escursiones con cómicos de la legua le llevaron á otros pueblos en que estuvo más á gusto, aunque con menos éxito de risa.

***

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Transcurridos veinticinco años Venancio era el sacristán de la iglesia de Buñol.

Este rapa-velas no es otro sino aquel chiquillo travieso que se disfrazó con la ropa de colores de un comediante, y después de darse un paseo por las calles volvió á casa sin lentejuelas y casi apedreado.

En un ángulo de la sacristia, sobre dos gruesos caballetes que permitian las caricias de la escoba sobre el piso, había acomodado el hijo del molinero aquel inmenso baul: «horrible mamotreto forrado con piel que conservaba los mismos pelos del caballo muerto á cornadas por no poder el célebre Pepe Hillo y los suyos quitar al toro de la querencia del pobre animal».

El vástago del Catarranas por un pequeño estipendio lo habia adquirido del posadero.

Y á fé que buen servicio le prestaba el *cofrecico*.

¡Ya no reían á su vista!, no; ¡se había trocado en *memento mortis!*. En un evocador de tristuras para los que visitaban el ya nombrado local!

En el baul del gracioso guardaba Venancio las bayetas negras que servian de alfombras para poner sobre ellas los difuntos en las misas de cuerpo presente.

¡En esto vino á parar el que era tan gran provocador de risas cuando servia al actor!

Desde que tiene nuevo amo han sustituido los alegres ¡já! ¡já! ¡já! que producia su vista, por los ¡jí! ¡jí! ¡jí! ¡jí! con que se expresa el llanto.

28—III—910.

¡Con azúcar está peor!

LA FRASE que encabeza este artículo la dicen mucho los de teatro, y también los que nada tienen que ver con él. A veces con la palabra *está;* otras con: *es peor,* según el caso, viene transmitiéndose de una en otra generación.

Su origen no carece de gracia.

Decídome á relatar el suceso que la motivó.

Les recordaré á D. Juan (1) Emilio Arrieta, nacido el año 1823 en Puente la Reina, provincia de Navarra.

Fué maestro de canto de Doña Isabel II, que por cierto resultó discípula aventajadísima, llegando á practicar con excelente voz.

El maestro se educó, musicalmente, en Italia.

Vino á Madrid, y, en 10 de Octubre de 1849, en el teatro del real palacio, estrenó su ópera *Ildegonda.*

En 10, también de Octubre, de 1850 tuvo lugar la

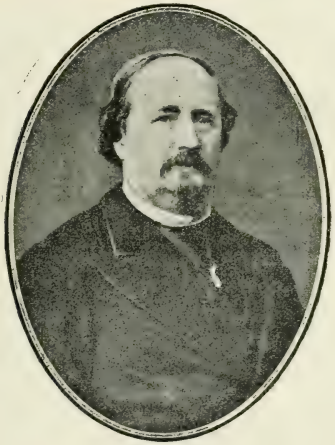
(1) Este primer nombre lo dá Salvat en su Diccionario y señala como fecha de nacimiento el año 1823; otros documentos le presentan llamándole solamente *Emilio* y dicen que nació en 1825.

primera audición de su segunda ópera titulada *La conquista de Granada*, debido al bolsillo de aquella

Doña Isabel II Reina de las Españas.

reina rumbosa que siempre asomó bajo la púrpura, ¡la mantilla española!

Su Majestad consumía gran parte de su lista civil en sostener la Compañía de aquel *teatrito casero,* hasta que el gobierno la persuadió, bien á pesar suyo, de que tal despilfarro debía acabar.



Excmo. Sr. D. Emilio Arrieta.

Arrieta falleció en Madrid en 1894.

Dejaba en el repertorio de zarzuela gran número de partituras estimables; sus más populares inspiraciones fueron: *El grumete*, *El dominó azul* y *Marina*.

¿Para qué más datos necrológicos de este artista, si para su presentación me hubiera bastado hacer referencia al autor de la zarzuela en dos actos, conocida y aplaudida durante un lapso de sesenta años? ¡A ese asunto, desarrollado entre marineros de Lloret de

Mar, no cabía, al hacerlo lírico, aplicarle otras notas!

Cuando esa obra desaparezca de los escenarios, acosada por los lustros, siempre quedará como expansión de alegría en las sobremesas de los que beben vinos, lo de:

«A beber, á beber, á apurar
las copas del licor,
que el vino hará olvidar
las penas del amor».

Paso á presentar á su compañero inseparable don Adelardo López de Ayala.

Este maravilloso vate vino al mundo en Guadalcanal (Sevilla) en 1829.

Falleció en la Corte en el año 1879.

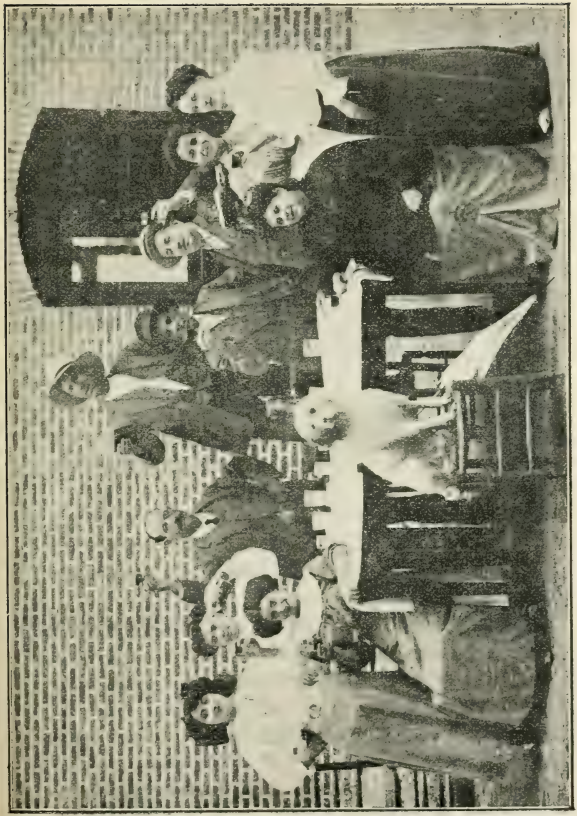
Dejaré sin mención las condiciones de este hombre como político ¡soy tan poco entendedor de la *cosa* pública!

Aprecio en mucho el verdadero talento de los cultivadores de las bellas letras. Ese es para mí el nimbo de las grandes figuras.

Para el *López* de que tratamos fué suficiente reputación, desvulgarizando su apellido, el haber escrito: «*El tejado de vidrio*», «*El tanto por ciento*» *y* «*Consuelo*».

¡Tres obras *del género chico!* no me atrevo á llamarlas grandes, ¡¡grandiosas sí!! ¡inmortales lo serán! modernistas jamás; que he dado en conocer que llaman modernismo á todo aquello *que no es.*

Arrieta y Ayala fueron solterones recalcitrantes; pero siempre con vistas, palabras, y hechos, hacia las hijas de Eva en tiempo de manzanas.



A beber... á beber... y apurar...

Los dos sujetos tenían vivísimo ingenio, eran prácticos, de mundo, con corazones sanos.

Durante su vida nunca se separaron. En un cuarto de la calle de San Quintín tuvieron, por ley de naturaleza, la fatal separación.

Cuando en 1849 empezaron á disiparse los negros nubarrones de su horizonte, y comenzaron á vislumbrar lontananzas de rosicler para sus futuros días, habitaban en una modesta casa de la calle de la Libertad, en calidad de pupilos.

La *doña Antonia,* directora de aquella *maison garnie* se mostraba afanosa en atender á los dos jóvenes artistas.

Mesa modesta y aseada les servía en una especie de pasillo ancho, á falta de comedor, contiguo á la puerta de la cocina. En ella, á la derecha del fogón, estaba el lugar que designamos con el número... siguiente al noventa y nueve, sin tabiques, marco,puerta ni cortina: vamos, la tabla con su tapadera.

Se han sucedido los años y aún hoy fecha, en contra de las medidas higiénicas é imposiciones de inodoros, existen retretes de aquella *casta* en muchas casas de la villa y corte.

¡Parecerá mentira, pero no lo es!: en las calles del Avemaría y Travesía de San Lorenzo, hay *jardines* iguales al de la calle de la Libertad; no les digo á ustedes que vayan á verlos porque han de creer mi aseveración, y no me gusta mandar á nadie á esos sitios.

Cuando el tiempo se presentaba revuelto é imperaban los aires, filtrándose á sifón por la alcantarilla, subían hasta la cocina de la casa de huéspedes arras-

trando olores que molestaban el olfato y atenazaban las gargantas de los inquilinos.

Ante las quejas y ascos de los del *pasillo comedor* la señora Antonia andaba sofocada y no discurría la manera de evitar tamaña impertinencia.

Echaba cántaros y más cántaros de agua en aquel sumidero haciendo subir, contra su voluntad, la cuenta del gallego de la cuba, y.... ¿para qué? ¡no conseguía resultado práctico!

Un día, al presentarse nuestros jóvenes á almorzar, la patrona se pavoneaba alrededor de la mesa con gran prosopopeya. Les servía los alimentos en actitud de verdadero triunfo. Al principiar á comer, les dijo:— Hoy no tendrán que soportar las molestias del *vecino del fogón*; he dado en el medio de *quitarle el resuello;* estoy ciertísima de que ustedes han de agradecérmelo.

Esto ocurría una mañana del mes de Marzo. Eolo soplaba con furia haciendo notar en el interior de las casas alientos encañonados.

Aprovechando un momento de ausencia del ama, Emilio dijo á su compañero:

—¿No notas que olor más distinto al de otras veces?

—Verdad; y hasta me parece que hay humo. La respiración se hace fatigosa; debe obedecer al invento de D.ª Antonia, presentándonos nueva molestia.

Arrieta, apretándose sobre el asiento de la silla, se inclinó con ella hacia la puerta de la cocina, y llegó á ver á la patrona que, pellizco tras pellizco, echaba un sahumerio blanco en una cazuela llena de brasas que había colocado encima de la *boca mal oliente*.

Conociendo ya lo que aquello significaba, analizaron con el olfato la materia que el fuego consumía.

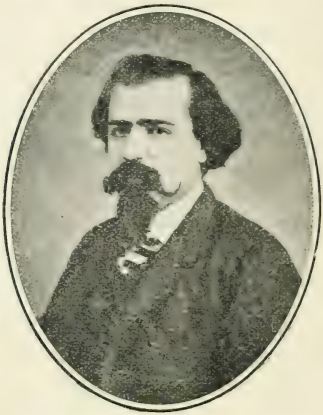
Al acercarse á ellos la pupilera con los postres, disgustada por que no hacían el menor elogio de su inventiva, se atrevió á preguntarles:

—¡Qué, no me dicen ustedes nada...?

—Oiga usted doña Antonia—contestó Emilio—*con azúcar está peor.*

—✱—

Tenía por hábito el afamado músico afeitarse sin ayuda de barbero. Al dejar el lecho, con la camisa de



Excmo. Sr. D. Adelardo López de Ayala.

dormir fuera del calzoncillo, se dirigía á la ventana de su cuarto que daba á un patio interior; colgaba sobre el marco de los cristales un espejo pequeño y procedía á rasurarse.

Le ocurría algunas veces no tener á mano, paño para limpiar el jabón y pelos, que quedan en la navaja, ni poder demandarlo, pues el ama y criada habían ido á la compra; nuestro artista no se arredraba por tan pequeña contrariedad; cada vez que pasaba por su barba la cuchilla, la bajaba en seguida acariciando con ella su faldón colgante del lado derecho, y... vuelta á raspar y á limpiar la hoja sobre el *hemisferio.*

Cierto día ocupado en esta faena, y á la par en conversación con su amigo Adelardo, respecto á cosas que pensaban hacer aquella misma mañana, le sucedió: que como carecía de trapo, y utilizaba la camisa, de pronto profirió un ¡ay! de dolor agudísimo, á la vez que la tela se coloreaba, rabiosamente, de sangre.

Ayala le preguntó de que se había quejado.

—No es nada; ¡que me he cortado un carrillo!

—¡Sí! ¡pues chico nada veo en tu cara—manifestó el poeta acercándosele.

—¡Natural! que pretendes ver en mi rostro si la cara que me he cortado ha sido... *¡la otra cara!*

—✱—

A las pocas horas se comentaba el suceso en las tertulias literarias de los cafés de Madrid.
En algunas improvisaron diatribas de este tenor:

—Noticia os daré verídica
si ofreceis el disimulo;
afeitándose hoy Arrieta
se cortó...
—¿La cara?
—El... faldón.

10-VII-910.

El teniente Talegón.

La graciosa comedia de D. Miguel Ramos Carrión: «*La careta verde*», tiene entre sus personajes uno que es militar retirado de poca graduación llamado Escalera; éste se lamenta continuamente de que un compañero de armas, de nombre Talegón, haya llegado á brigadier, sin méritos para ese rango, mientras que él, con más talentos, no ha salido de subalterno.

El disgustado Escalera vive en una modestísima casa de huéspedes; tiene que embetunarse las botas por su propia mano; tambien se afeita, con una navaja propia para raspador. Tan difícil situación le predispone á jurar por un *quítame allá esas pajas;* su malhumor constante le aficiona á que el prójimo se rompa el alma con cualquier otro, por una futesa; le gusta ser padrino de estos lances y sus explosiones iracundas las manifiesta siempre con un: «¡brigadier Talegón!»

Tan estarcida de la realidad se halla esta figura,

que voy á dar fé, por haber conocido un ejemplar de la misma especie.

Miguel Ramos Carrión.

Me hallaba trabajando en el teatro Eldorado de Barcelona, durante la temporada del 94 al 95: vivía en una casa de la ronda de la Universidad n.° 9; mis contubernios, entre algunos más, fueron: D. José Torres, empleado en la secretaría de la Universidad; un curita llamado D. Manuel, y, D. Juan Fernández, hombre de edad provecta, teniente en estado de reemplazo y con un carácter impetuoso pródigo en las imprecaciones de: «*roto á mil bombas*»: «*garrotazo y tente tieso*»: «*le como los hígados al que me mire mal*», y, así por el estilo, seguía con la amenaza de masticarnos las demás vísceras, si no le dábamos la razón

en todo caso de sinrazón; acabamos por *tomarle el gusto*, por ver en él un tipo delicioso é inofensivo, llevándole la corriente en sus arrebatos coléricos.

Vital Aza.

El pobre Pepe Torres, le llamo pobre pues en completa salud se fué un día á la oficina y estando encerrado en el *water-closet* quedó repentinamente muerto, resultaba un bellísimo y bonancible sujeto.

El eclesiástico (1) era sumamente joven, simpático

---

(1) En Agosto de 1910 he *veraneado* en la calle de Alcalá, en las mesas de «*La Elipa*» acompañado de mi querido amigo Pepe Loma.

Una de esas tardes pasó por allí D. Manuel Cardona, sacerdote aludido en este artículo, perteneciente hoy al clero de la parroquia

y... ¿por qué no decirlo? muy guapo; condición que podría halagar á las penitentes.

Cuando de sobremesa discrepábamos con el militar, llegando á irritarle, daba un puñetazo acompañado de varios ternos, haciendo brincar los vasos, besarse los platos y *desmayarse* las botellas; ¡alguna de éstas abrió su cuerpo emporcando el mantel con el Priorato de bajo precio!

—¡Por Dios, D. Juan—exclamaba Felisa la patrona, joven y bonita, cualidad recreativa para nosotros los pupilos—luego se niega usted á pagar los vidrios rotos, y, me descabala las vajillas!

—No se preocupe, señora, esto es una bicoca; no tardará la de perderse todo; si yo fuera capitán general del Principado no consentiría titere con cabeza; España es tierra de degenerados, se llega por favoritismo, no por corazón ni por servicios.

Tal se ponía muchas veces que nos decidiamos á desfilar antes de hora: yo, á mi teatro; los demás á sus ocupaciones.

Por sus puntos de contacto con el personaje de «*La careta verde*», convinimos varios en bautizarle con el remoquete de *Talegón;* ¡á bien que para el teniente todos éramos *Talegones,* pues nos retiraba la belijerancia diciéndonos que *careciamos de crismas!*

—✱—

---

de los Jerónimos. En cuanto me vió, con muestras de regocijo, recordome á Talegón y por final me notició que aquel militar había vuelto al servicio activo y fallecido en la Habana; ya pues, me decido á rasgar el incógnito para explicar: que el *D. Juan* de mi crónica tenía por verdadero nombre: Antonio Senespleda.

Una tarde se personó en el ensayo mi amigo Luis Andrés, vista de aduanas en activo, aunque había quedado tuerto por consecuencia de un pequeño fragmento de la bomba que en el Liceo arrojó el anarquista Salvador, ¡que tantos y tan horribles estragos produjo!

José Riquelme. † en 22 de Diciembre de 1905.

¡Y eso que Andrés ocupaba en el teatro una delantera de quinto piso!

Traía por objeto de su visita entregarme una carta.

La abrí; me enteré del contenido:

«Querido Vicente: nuestro amigo te dará explicaciones sobre el lance de honor que surge para mí y en el que has de apadrinarme. Te ruego que no me desaires; lejos de nuestro Madrid, de mi alma, tú eres el

llamado á no desampararme; te obliga nuestra historia, te lo pido por el cariño que te profesa tu compañero que te abraza

PEPE RIQUELME».

Prestaba sus servicios el artista en la compañía del maestro Cereceda empresario del Circo Barcelonés, situado en el centro de la plaza de Cataluña.

Leido el escrito interrogué al portador y me refirió que:

—Anoche al terminar el primer acto, una corista valenciana, llamada Marianota, salió por la puerta del escenario que da acceso al pasillo de butacas, entró en el ante-palco del proscenio de platea, llamó al banquero D. N. Busquets, y, con llanto y palabras balbucientes le manifestó que el actor la había faltado: *más que de palabra*.

El requerido, persona prestigiosa en Cataluña, la hizo retirarse prometiéndola que de su cuenta corría aclarar lo acontecido.

Esto me refirió Andrés, y, también una segunda parte; la de qué, á la salida del Circo, ya con poca luz en la plaza, el banquero acechaba recatadamente la salida del cómico para pedirle explicaciones; al verle aparecer le llamó; Riquelme apartóse de su esposa y de algunos amigos que quedaron en espera.

A poco de estar en conversación Busquets y el comediante, este subió de tono hasta dar voces, acudieron los acompañantes, y el banquero se alejó precipitadamente en evitación de escándalo.

Como consecuencia de aquella pequeña entrevista y de haber ofrecido el abonado amparar á la corista desvalida, ha mandado una carta comunicando que

sus padrinos, ya nombrados, esperarán á los elegidos por el actor en la Sociedad del Liceo á las seis de esta misma tarde.

Antes nos llegaremos al *Lión d'Or* donde Pepe ha quedado en esperarnos.

Me disgustaba muy mucho la ingerencia á que me veía obligado.

Tuve que aceptar.

Fuimos al café; nuestro amigo nos exigió que el desafío fuera en condiciones duras, pedía: sable con punta, doble filo y *á todo juego*; esto quería; estaba hecho un energúmeno; me abrazaba para obligarme á no rehusar la comisión, y me besaba llamándome hermano.

Sentados junto á una mesa frente á la gran chimenea del café, vociferaba:

—¡Mataré á ese hombre! ¿qué vais á tomar vosotros? ¡Quiero beber su sangre!

—Yo beberé cerveza—exclamó Luis Andrés—Valero me ayudará.

Ni con burlas ni con veras dábamos en apaciguar su excitación de ánimo.

Salimos del Lion d'Or, los dos padrinos, camino del Gran Teatro; yo, que únicamente lo había sido de pila echaba menos la algarabía de los chicos, en la parroquia *de la chinche,* con sus voces: «padrino roñoso ni un cuarto me ha *dao,* si cojo al chiquillo lo tiro al *tejao*», en cambio, tenía de más en mis oidos los gritos de: «doble filo, punta y á todo juego».

—✱—

Llegados á los salones del Liceo preguntamos por nuestro interesado, un *ujier* nos encaminó á uno de los compartimientos hechos con divanes enfilados á un cuartito para casos reservados.

El Sr. Busquets nos saludó afablemente, y en seguida, indicándonos á dos de sus amigos, allí presentes, se retiró para dejarnos en libertad de hablar.

Estando los cuatro en el cuartito expresado, el camarero nos sirvió una botella de champagne, ya, en hora propia para solideces, así lo manifestaban nuestros estómagos.

No por esto la delicadeza del banquero quedaba inapreciada.

La conferencia se limitó á que los padrinos contrarios presentaban á su ahijado ofendido en su dignidad, pues el actor al ser llamado á la salida del teatro en la plaza de Cataluña, con móvil de darse oportuna cita, había escandalizado, enterando á las personas allí cercanas, actitud que calificaban de pésimo gusto; su patrocinado aparecía en aquel asunto, inducido por la caballerosidad, como defensor de una desvalida mujer atropellada por otro hombre.

Nosotros procurábamos *quitar hierro* á lo hecho por D. Pepito, y á poco que le hiciéramos dar explicaciones quedaría zanjada la diferencia con satisfacción para todos.

Acordada una nueva cita para el día siguiente, salimos de allí.

Era hora de empezar la función en Eldorado, no podía ir á casa á *hacer por la vida*.

El avisador me trajo un bistek al cuarto, y, habilitando por mesa una silla, sentándome en otra de igual altura, posición molesta y fatigosa en alto gra-

do, me engullí las patatas que me resultaron amargas, y el solomillo que me taponaba la garganta con las prisas obligadas del segundo apunte requiriendo mi salida á escena.

Con igual programa en todo, llevamos tres días de ajetreo: Riquelme pidiendo *dos filos punta y todo juego;* los otros amparadores, alegaban pertenecer á su ahijado la elección de armas, debiendo ser ésta la pistola; y... ¡vuelta á salir de noche, no poder llegarme á la casa de huéspedes, cenar en el teatro sobre una de enea agachándome y comprimiendo mi abdómen como si fuera un acordeón! y... ¡quién! ¡¡voto á mil bombas!! juraré á lo Talegón, me había llevado á lances macabros por incidencias de coristas maltratadas, y amigos que, aunque queridos, tenían arrebatos epilépticos!

Todo aquél frágüe de disgustos había trascendido al dominio público.

Mucho se fantaseaba sobre las condiciones y actores del suceso.

En mi casa, en los momentos de las comidas, el teniente Talegón me interrogaba:

—¿Cuando se señala día Sr. García Valero?

—Todavía no, Sr. D. Juan; ocurre *esto, y lo otro, y lo de más allá.*

—¡Voto al draque! No sirven ustedes para nada; haga usted que á mi me nombren padrino, ¡he de hacer que se zurren! no, no les valdría conmigo ser hombres de *mantequilla*!

Cuando le objetaban que con él ocurriría lo que iba á suceder, esto es, acabar con un almuerzo...

—¡Jamás! —respondía— en ese caso tendría yo que tundirles las costillas para obligarles á batirse conmigo,— y daba un fuerte puñetazo sobre la mesa.

La humeante sopa saltaba de los platos con violencia; alguno decía «D. Juan ¡que no estamos en la Granja para que corran las fuentes!»

Con tantos cimbreos de la tabla, originados por las furias del teniente, hubo el caldo de salpicar el rostro de Pepe Torres.

Se armó una de *pópulo bárbaro*.

En poco estuvo no ser yo padrino por partida doble.

La pobre Felisa se lamentaba de que aquel irascible no viviera perpétuamente acuartelado.

—✱—

Pasemos á la última gestión de tan enojoso asunto.

Terminados mis ensayos fuí con el empleado en aduanas del puerto de Barcelona, al León de oro, en que nos esperaba nuestro encorajinado amigo.

Imposible fué aplacarle; de allí nos dirigimos al Liceo con las reiteradas instrucciones de: *combate duro y á todo juego*.

Encerrados en el tabuco ya conocido, con mucho calor, y, sin que se nos presentara el champagne, llegamos á no poder entendernos las dos parejas de caballeros.

Ya en dos para con dos, iban asomando antipatías mútuas.

Unos golpecitos dados en la madera de la entrada suspendieron la discusión.

Yo que me hallaba cerca de la puerta interrogué.

La conocida voz de mi antiguo y querido amigo Cayetano Zuzarte, que desempeñaba el consulado de Portugal en la ciudad barcelonesa, nos hizo oir:

—Abre, Vicente; es caso necesario; vengo á lo que tratáis.

Franqueado el paso, entró.

—No sigan ustedes—nos dijo—el actor ha ido á casa del señor Busquets á presentarle toda clase de excusas y explicaciones, mostrándose en humilde actitud.

—¡¡¡. . . . . .H!

¡Andrés y yo nos miramos! opusimos á lo dicho por Zuzarte, que al separarnos del Sr. Riquelme, hacía cosa de una hora, quedaba con los mismos sentimientos inquebrantables y decididos, ya presentados por nosotros en anteriores entrevistas.

—Y yo rechazo el que ustedes pongan en entredicho mi palabra; tú, Valero, que me conoces á fondo, madurada la sorpresa te pondrás de mi parte. También he de decirles que el Sr. Busquets, se ha visto obligado á darse por satisfecho, y, á mostrarse generoso, renunciando al acta en favor suyo.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Evacuamos el Liceo; yo no sé como tendría la cara, pero al de las aduanas se le había *alargado* tanto que infundía horror!

Caminábamos completamente mudos; en la esquina de mi calle nos separamos; Luis, solo articuló: «adios amigo mío, ¡estamos en ridículo!»

Subía yo los escalones de mi casa consolándome con la idea de comer á mesa y mantel; ya no sufriría detrimento mi estómago comprimido por la molesta posición de otros dias.

Pensaba no tener más disgustos, ¡incauto de mí! todavía restaba uno! Veamos cual fué.

Talegón me preguntaba sobre el desafío, yo comía haciéndome el sordo; mas tanto insistió que al fin tuve que decirle la verdad.

¡Dios de Dios! ¡qué de juramentos y puñetazos!

Torres puso en salvo su alimento llevándoselo á su cuarto.

María Anaya, actriz que ha actuado en el Español la pasada temporada de la Cobeña y Borrás, escapó á su habitación y pidió que le hicieran tila.

Me dejaron solo aguantando el chaparrón.

—Ustedes deben desafiar á Riquelme; con los hombres no se juega—gritaba el militar.

Yo, me defendía diciéndole: «¡que quiere usted!... se trata de un amigo... ¡ojalá hubiera usted ocupado mi puesto!»—Sí, señor; yo les hubiese precisado á ocultar su *mantequilla*; me hubiese peleado con ellos uno á uno ó si querían los dos á la vez—vociferaba el teniente.

¡Este hombre es Don Juan Tenorio!—pensaba yo. Me fuí al teatro; á los pocos días dejó de comentarse aquel extravagante suceso.

—✱—

Transcurridos un par de meses, y dentro de la misma temporada, Pepe era mi compañero en el teatro Eldorado.

No le pregunté nada de la *plancha* que me adjudicó en el lance relatado, reservándome para si se presentaba caso análogo.

¡No se hizo esperar, no! mas antes de tratar de él contaré un *inciso* que tampoco puse en claro.

Llegaron los tres días de la Semana Santa comprendidos en la prohibición de funcionar los coliseos, y, para el del Jueves, convinimos Servando Cerbón, Riquelme y yo, ir á pasar el día en un restaurant de Miramar.

Elena Salvador.

A las once de la mañana, el primero y el tercero de los arriba nombrados, salimos de casa; á nuestro paso por la Rambla tenía que unírsenos el segundo.

Al llegar á la fonda de Estevet vimos á Elena Salvador en el balcón; se la conocía haber llorado; preguntamos por su marido, y nos hizo seña de que subiéramos.

Cerbón no quiso, subí yo. Elena me manifestó que

Pepe había ido muy de madrugada, en estado imposible de escuchar á nadie; pudo observar que traía heridas las manos y muchas manchas de sangre en las ropas; esto la hacía hallarse acongojada.

Entramos á verle; dicen que la sangre es escandalosa, por lo que, al ver su camisa tan manchada me impresioné.

Le dí repetidas voces, ¡todo inútil! se hallaba preso de sopor profundo.

Con detenimiento pude convencerme que las heridas no tenían importancia.

Tranquilicé á la esposa, asegurándola que todo aquello era una insignificancia.—Pero... ¿cómo habrá sido?—me preguntaba.—¡Mejor era no averiguarlo! Así se lo advertí, y tambien la recomendé que le dejara dormir todo el día, no dándose por enterada de lo observado.

A la expansión iba á venir con nosotros Elena, los sucesos exigían su sacrificio y lo aceptó.

¿Pudo saberse que fué aquello? No; él solía pasar las horas de la madrugada en casa de Onofre, establecimiento de bebidas, situado en la Rambla de Santa Mónica, que frecuentaba gente de la marinería del puerto de los de faca en faja; allí debió haber riña; los cortes de manos y muñecas se los debieron hacer al parar golpes.

El letargo, del que no volvió en todo el día, seguía yo suponiéndolo: *el caso de epilepsia*.

—✱—

«*La verbena de la Paloma*», estrenada en la ciudad condal en Páscua de Resurrección, seguía llenando el

teatro en 17 de Julio sin borrarse en perspectiva aquel cuerno de la abundancia que tantas monedas de oro vertia sobre la taquilla del coliseo.

En la fecha que acabo de citar, sucedió, que al hacer mútis el coro con las populares notas que acompañan al: «un mantón de la China, ná, ná,» Riquelme, que representaba al tabernero, también, indebidamente, hizo mútis; á seguida una mujer gritaba desgarradamente entre bastidores: «¡socorro! ¡Cotó! ¡Cotó! ¡ay! ¡ay! ¡me matan!»

Cotó era el director de la orquesta; lleno de vergüenza bajó la cabeza quedando estático en la silla de dirigir; habia cruzado los brazos sin desempuñar la batuta que sobresalia oblicuando por su lado derecho; el palo hizo de caña, y, así el maestro: ¡una acabada reproducción del *Ecce-homo*! ¡cómo no! ¡persona muy conocida en Barcelona, casado, con familia, oyendo el requerimiento de una mujer, buena moza y guapa, ante un público á quien habia que respetar!

El tabernero de la obra volvió á escena, se sentó en la banqueta, que no debia haber abandonado.

La actitud de aquel auditorio, bien educado de suyo, fué correctísima, si bien de asombro.

Algunos preguntaron en voz alta: «¿qué ocurre señores actores?» «¿podremos saber que pasa ahí adentro?»

La acción del sainete habia quedado parada.

Cerbón me decia por lo bajo: «habla tú»—yo á él: «no, tú»; ante situación tan difícil me decidí diciendole al *respetable:*—«Una señora del coro padece de accidentes; acaba de sufrir uno pero ya pasó, se halla repuesta.»

—¡No ha sido mal accidente!—manifestó en voz

alta un espectador; y ya, desde aquel momento y en noches sucesivas, siempre que el *tabernero* salía á las tablas le recibían con un fuerte siseo, y sus gracias, apenas eran advertidas.

¿Por qué chillaba aquella mujer reclamando auxilio?

Yo, por repulsión, no quise oirlo detalladamente; si escribiré en esta historia: que el artista asediaba á la matrona con pretensiones que ella repelia, y que, practicada por él la sevicia, ella se amparó de su amigo el de la orquesta, sin recapacitar su inoportunidad, y olvidada de los miramientos del proscenio.

—✱—

Conservo en mi libro de reseñas un suelto de: «*El noticiero Universal*», que cópio:

«Leemos en el *Diario Mercantil:*

«Un caso inaudito se produjo ayer noche en el teatro Eldorado. Durante una de las primeras escenas de la «*Verbena de la Paloma*», el señor Riquelme, en un alarde del poco respeto que el público le merece, abandonó rápidamente la escena y se metió entre bastidores.

En el mismo instante se oyeron gritos desgarradores dados por una mujer, y el consiguiente alboroto que se armó allí dentro, parándose por un rato la función, entre los rumores y protestas del público indignado, ante la clase de escena que suponia habia tenido lugar.

Efectivamente, y por si algo faltaba para confirmar las sospechas del público, cuando salió nuevamente el coro de señoras, se notó la ausencia de una

de ellas: precisamente, la que se sospechaba que *estaría indispuesta*.

Hechos como este no necesitan comentarios.

Hay que *comprimirse*, hay que *comprimirse*, señor Riquelme.»

—✱—

Riquelme y un redactor del «*Diario Mercantil*» anduvieron á palos en la calle de Pelayo.

Mi compañero me pidió *sotto-voce* que le sirviera de padrino en el nuevo... desafío iba á escribir, ¡en aquel nuevo paso grotesco!

Llegado para mí el momento de desahogarme, le ajusté las cuentas pasadas sobre el asunto Busquets.

Lo referí en casa; Talegón me exigió manifestara al comediante su deseo de apadrinarlo; le ofrecí mi recomendación.

Pepe aceptó al militar; se lo noticié á éste, que, loco de contento, aseguraba á los huéspedes que: «ya verían como esta vez iba á ser cosa séria.»

La noche que debía presentar á Talegón en el escenario, al empezar á trabajar, tuve noticias de que el desafío se había deshecho.

Ya mediada la función me avisaron haber en la portería un señor deseoso de hablarme urgentemente.

No dejaban pasar al vestuario á nadie no conocido por miedo á la colocación de bombas; esta medida fué ordenada por la autoridad como consecuencia del suceso sangriento en el Gran Teatro.

Bajé al portal; me encaré con el teniente.

—Amigo D. Juan, suplico á usted que acabada la representación me espere en el café de Pelayo.

Se resistía, quería entrar, había oido que no se llevaba á cabo el lance y esto no estaba él dispuesto á tolerarlo.

A mis ruegos hubo de concederme la entrevista de última hora; me retiré rápidamente con el obligado: «hasta luego»

—✱—

Acabado el espectáculo todos salíamos por la puerta falsa; me *topé* con Talegón que no había tenido paciencia para esperar en el café; me mostró una vara de fresno que esgrimía con coraje, al compás de las amenazas que profería.

A cada bulto que pasaba por junto á nosotros enarbolaba el palo preguntándome: «¿es ese Riquelme?»

—¡No hombre! ¡ese es el peluquero!

—¡A mi nadie me pone en ridículo! ¡le bato los sesos! ¿es aquel otro?

—¡No sea usted loco! ¿no vé que es Anselmo Fernández?

—¡Le creo á usted! yo sin las gafas y con tan poca luz, no distingo.

¡Gracias á que vinieron á buscarme mis amigos los abonados á palco: Manuel Carbó, Rafael Puchet, Martorell y alguno más; entre todos nos llevamos á aquel nuevo D. Quijote, que en vez de lanza usaba vara de fresno!

Nos fuimos al Continental, y con sibarítica cena, y abundante champagne frappé, entre burlas y veras, hicimos jurar al teniente: que puesto que aun no había sido presentado al que iba á apadrinar, debía perdonarle el pequeño desafuero.

Aceptó al fin; mas á trueque de que nosotros, copa en mano y con fé de caballeros, juráramos tenerle por hombre honrado y valiente, sin pizca de locura.

—¡Lo juramos!—dijimos todos.

—¿Y también me juran ustedes creer firmemente que nuestra raza está en decadencia, pues casi todos los hombres son unos degenerados?

—¡¡Lo juramos!!

—¿Y que ustedes, aunque amigos mios, también son jovenes de mantequilla?

—¡¡Somos mantequillas!!—entonamos todos.

El loco se aplacó; al retirarnos del local, pedía la vara de árbol; Puchet la había lanzado por una ventana á la rambla de Canaletas.

Cuando saliamos: pudimos observar que unos golfillos mataban á golpes con el fresno una descomunal rata, salida de la alcantarilla de junto á la mingitoria.

¡A lo que quedó relegada el *arma* de aquél moderno mantenedor de agravios!

2—VII—910.

Tenor y coco.

Rosendo Dalmau, primer tenor, que declamaba discretamente y cantaba con voz de escaso volúmen, fué el competidor de Manuel Sanz, que recita-

TEATRO DE LA ZARZUELA.

He recibido de la Empresa del mismo la cantidad de dos mil trescientos ochenta y tres y treinta y tres céntimos por mi sueldo de la primera mitad del mes de la fecha ... rebajado el importe de los sueldos de los viernes 6 y 13 del corrte según contrato. Madrid 15 de Marzo de 1863

Son 2383 rs vn. 33 cénts

Vº Bº

PAGUESE.

TOME RAZON

ba lastimosamente y lucía en el canto su voz portentosa de dulzura extraordinaria, en aquella época de

esplendor para el teatro de la Zarzuela: explotado por el artista D. Francisco Salas.

Manuel Sanz.

El primero de estos cantantes aventajaba á su compañero en orgullo; con su continente despectivo, con sus escasas palabras ponía de manifiesto su origen catalán; el otro, por el contrario, buen riojano presentábase como tal, alegre, dicharachero; no parecía si no que á diario interpretaba en sociedad su papel de la zarzuela: «*El postillón de la Rioja*», ¡y con que maestría cantaba la jota de esta obra acompañándose con la pandereta!

A la vez que panderetero era un buen guitarrista; en la obra: «*Un pleito*», disponía que la orquesta sonase *pianísimo*, á la vez que él, con grandes rasgueos en la guitarra, adornaba la canción:

«Yo tengo noche y día
los ojos puestos en tu balcón
y hasta que tú no sales
en este barrio no sale el sol».

El público lleno de entusiasmo le obligaba á repetir el número musical. (1)

D. Rosendo, exento de habilidades, solo declamando superaba al de la Rioja, pero en pretensiones á todos sus colegas pretéritos, presentes y futuros; en esta actitud *olímpica* transcurrieron años y más años hasta que, no ya las arrugas de su piel, si no las del entendimiento le llevaron al asilo de las «*Hermanitas de los pobres*». (2)

Como casi no veía, cayó rodando por una escalera de la casa y á poco, de resultas, D. Rosendo dejó de existir. (3)

Cuando ya decadente se halló fuera de *puesto* en la zarzuela grande, Carreras le ayudó mucho con su recomendación para que lo contrataran algunas empresas del género chico.

Yo tambien hice lo propio, por simpatía al tenor que en mi niñez me admiraba interpretando el capitán Jorge de: «*Marina*»; el Ansurez de: «*La conquista*

---

(1) Al quedar Sanz en la indigencia le sacó de ella un su admirador, abonado del teatro San Fernando, de Sevilla, legándole una pensión vitalicia de diez pesetas diarias.

(2) En este establecimiento estaba recogido Reguera, avisador del teatro de la Zarzuela, que viejo y ciego, al tener noticia del ingreso de Dalmau, también falto de vista, exclamó: «¡Quién había de pensar que le ocurriera semejante desastre! y ¡lo que son las cosas! yo, en el teatro no le *podía ver*, ahora tampoco él *podrá verme* á mi; ¡no nos *podremos ver* ninguno de los dos!»

(3) Falleció en 17 de Abril de 1902, á los 66 años; no fué sócio de la de actores, el reglamento no podía ampararle; evitó el miserable furgón de la caridad, costeándole entierro y sepelio Emilio Carreras, que con algún compañero de su amistad fueron los únicos acompañantes de aquel triste cortejo.

de Madrid»; el Czar de: «*Catalina*», y otros personajes; no vacilé en prestarle mi humilde valimiento, contratándole y haciendo que figurara en las listas con el cárgo de director de escena. (Así evitaba susceptibilidades entre Sánchez Castilla, Mariano de Larra, García Valero y otros).

Rosendo Dalmau.

En un principio se conseguían para él cincuenta reales de sueldo; á poco solo treinta; las empresas se iban percatando de su inutilidad; el entendimiento se manifestaba atrofiado.

En los tiempos de tenor mimado gastaba quince pesetas diarias en vegueros, y, cuando era mi compañero, por reflejo de su pasado esplendor, se fumaba

una continuidad de tagarninas, verdaderos desinfectantes para los arcaicos equipajes de los actores.

En Recoletos y Eslava le destinamos á lector de obras inéditas para que, sirviendo de asesor, nos evitara malgastar el tiempo.

Si el autor principiante, al leerle el manuscrito, le obsequiaba con uno ó dos habanos, nos decía ser viable la producción; y, si el pretendiente, (llegaron á conocerle el flaco), le regalaba un mazo de puros, (aun siendo peninsulares), entonces el *desideratum*, ¡qué de elogios, para convencernos de que aquella zarzuela iba á ser la salvación de la temporada! Con tanta favorable aseveración nos decidíamos á leerla y... nos encontrabamos con una *castaña*... de las más *peninsulares*.

¡Pobre Dalmau!; le visité una vez en un cuartucho de la calle de la Aduana, y, me hizo saber su próximo ingreso en el asilo.

Pasados unos meses me ví sorprendido por su llamamiento, con recado apremiante, en que me suplicaba no dejara de ir á verle; yo imaginaba que ya estaría en la casa de caridad, no era así; atendí su ruego y me presenté en la calle de Monserrat, (1) subí á una pobre guardilla en que por conmiseración le dejaban *toser* por las noches sobre un montón de esteras.

---

(1) Así está escrito el nombre de esta calle en la guia de Madrid, y, en cuantos diccionarios he habido á mano. En mi libro: «*Crónicas retrospectivas del Teatro*», tambien apareció en igual forma al nombrar la derruida iglesia de Antón Martín, y donde yo habia escrito que «dos angelitos aserraban un *montículo*», me imprimieron «*un globo terráqueo*». Como poseo el valenciano y el ca-

Ya no usaba tagarninas. Sus primeras palabras fueron para decirme:

—¡Me habré convencido de lo malito que estoy cuando ya no fumo!

—¿Dejó usted los *puros* de á tres céntimos?

—Hasta hace pocos días los he consumido fabricados por mí, con colillas y papel negro. Si recobro la salud le he de obsequiar á usted con unos cuantos.

¡A no haberle querido de veras le hubiese deseado un fin próximo!

Le socorrí y me encargué de ver, y hablar, á las personas por él indicadas, que trabajaban para conseguir su amparo.

Al fin abandonó las esteras para pasar á ser un *número* y un *caso* en la cama del hospital de las «*Hermanitas de los pobres*», donde no se hizo esperar el *accidente*. (1)

Referiré un hecho de su pertenencia que siempre le producía indignación si alguien se lo recordaba.

En la época de Salas, este lo mimaba, lo agasajaba, y... ya nadie más; su gran dósis de soberbia había hecho que la gente de bastidores no *le pudieran tragar*.

A él, con su primera esposa, los titulaban *los Re-*

---

talán, no puedo conformarme con la corruptela de la palabra; no admito me digan haberse castellanizado, por que *mon* es *mundo* y *mont* es *monte*, siendo siempre el empleo de la palabra: *Montserral*, alusiva á *monte aserrado* ó séase el monasterio de la provincia de Barcelona.

(1) Así lo determinan en muchos hospitales: el enfermo es: un *número;* un *caso* la enfermedad, y la muerte: un *accidente*.

yes Católicos, ¡tanto desabrimiento maestático presentaban!

Marchó la compañía á provincias. Estando en Alicante, había que admirar á D. Rosendo con su traje á la moda última, con lentes de oro, y un cigarro de á cuarta, que, sumando su humo á los muchos que de su persona se desprendían, le presentaban como potentado más que como comediante zarzuelero.

Las calles de la capital eran estrechas, moralmente, para el presuntuoso tenor.

Una vez pasó por una que no solo moral, sino materialmente, resultaba de las más angostas de la ciudad; caminaba curioseando sin dejar el puro de la boca ni su contoneo arrogante, al igual que la noche antes lo había presentado en escena al salir cantando:

«Yo soy
de la corte de España
el caballero
más pendenciero
y enredador». (1)

Al llegar junto á un portal de miserable aspecto, fijó su atención una mujer que con golpes y duras amenazas quería acallar á un chico que pataleaba, berreando á más y mejor.

Ella, pega que pega; el muchacho, chilla que chilla.

La madre, ó lo que fuese, al ver llegar á nuestro hombre, tuvo una inspiración suprema, pues, al repa-

(1) «*Las hijas de Eva*».

rar en la majestuosidad de aquel *caballerote*, encarándose con él, á la vez que hacia fijarse al llorón, le dijo:

—«¡¡Cómico trágate este niño!!»

¡El chico, aunque con la boca abierta, quedó con *los fuelles* en descanso!; ¡la mujer satisfechísima de su recurso!; y, Dalmau, ahogándose de indignación, llegó al teatro y le preguntó al representante.

—¿Cuando nos vamos de esta inculta población?

13—VII—910.

¡Responda el cielo, y no yo!

Así lo escribió Zorrilla.

Luego los actores quitaron la conjunción y antepusieron el pronombre, para apoyar en él la dicción, dejando el adverbio, en último término.

Tambien por huir de nombrar el licor llamado Noyó, que tan en moda estuvo.

Se cuenta de un aficionado andaluz que, desempeñando en un teatro casero la parte de D. Juan, recitaba con muchos tropiezos hasta que dió el mayor tumbo en la situación final del acto cuarto del Tenorio: «responda el cielo y...» nuestro mencionado no salia del atranco; imposible proseguir; acosado por la rechifla del auditorio, volvió sobre la frase en la siguiente forma: «responda el cielo y... rom, marrasquino, menta, curazao...»

¡Cayó el telón quedando como chascarrillo de bastidores lo hecho por el jocoso hijo de Andalucía!

Mas, quietos los cuentecillos, y, empecemos un *cuentazo*.

Solemos prácticar malas costumbres, de las que debemos corregirnos.

Una de estas, y *bien perra*, es la de jugar á la lotería, mirar la lista oficial y dejar caer al suelo los décimos, que acaban de fallir nuestras esperanzas, pues no faltará quién los recoja del arroyo, y, previas raspaduras intentará dar el timo con una nueva venta del número fuera de ley.

Deben arrojarse, si, mas después de rotos en pedazos.

También hay que abstenerse de dar tarjetas de visita sin expresar manuscritamente el uso á que pueden destinárselas, y, con respecto á entregar una cartulina con las señas de nuestro domicilio para abonar á segunda persona, noble ó plebeya, te recomiendo encarecidamente, amigo lector: ¡la prudencia más absoluta!

Otra vez me llamo al órden para repeler las digresiones, entrando de lleno en el hecho que me induce á escribir este artículo.

—✶—

En primeros de Abril de 1905 actuaba yo en Eslava.

Daban fin las cuartas secciones á la una y media de la madrugada, ¡no mandaban *Ciervas!*

Regresaba á mi casa por la calle del Príncipe; al llegar á las puertas del teatro Español dí en imitar á los grupos allí en espera; en hacer lo que ellos hacian, ¡placer bien inocente por cierto! de los *vomitadores* del coliseo salian en continuidad muchas mujeres hermosas: ¡aquellos abrigos de colores churriguerescos! ¡tantos destellos de piedras y diamantes! ¡zapatitos breves, medias de brillante seda modelan-

do curvas fascinadoras! en muchas: ¡prominencias tentadoras!... en otras, la mayor ausencia de protuberancias que pudo dar natura; mas no por esto dejaba de haber encanto: *el solar* de lo que no había, se manifestaba subyugador á las miradas de los curiosos, allí reunidos, una, y otra, y más noches.

¡Ah! ¡aquellas damiselas que con pasos de pajarito cruzaban de la acera á los coches levantando las faldas!...

Espectador había que se achicaba tanto, tanto, que resultaba enano.

Esta fantástica muchedumbre de rostros hechiceros, plumas, gasas, *esprits,* rediculos (1) y flores, todo saturado de perfumes finísimos... constituían un espectáculo atrayente. ¡Deletéreo! ¡deletéreo! como han escrito los hermanos Quintero.

Observé que un artista dibujante tomaba apuntes para sus trabajos, ¡natural! ¡si aquello era artístico!; bajo este punto de vista lo conceptuábamos algunos, sin que quiera yo negar que también hubiera butiondos en los corros, aunque exentos de responsabilidades.

Dos sitios hay para admirar la belleza de nuestras encopetadas mujeres; el que dejo apuntado y la concha de San Sebastián. ¡Aquello si que tiene *conchas!*

Nada más puesto en razón, que nuestro público

---

(1) De viva voz tengo aprendida la palabra *redículo*; así la pronunciaban las damas de hace 40 años. En muchos diccionarios aparece en igual forma, ahora, en la última edición del de la Academia, 1899, se lee: *ridículo* por innovación de la señora P. Bazán, y ya los léxicos posteriores adoptan la reforma.

selecto se congregara en el corral del Príncipe: un aristócrata, y primer actor, D. Fernando Díaz de Mendoza y su esposa, la eminente María Guerrero,

Excmo. Sr. D. Fernando Díaz de Mendoza.

habían dado la mayor brillantez al vetusto caserón de la Pacheca. Lo habían dignificado como en ninguna época desde Maiquez hasta ellos.

Al terminar una de estas veladas, salió D.ª Emilia, rodeada de tres ó cuatro gomosos que formaban su séquito de despedida.

¡Mi ídolo! ¡la que regocijaba mis pensamientos, la autora de tantos cuentos que me habían deleitado! Mi devoción por ella era tan mayúscula que llegué á tomarle inquina á Clarín cuando escribía en su contra y la llamaba: «la inevitable D.ª Emilia.»

La noche estaba fresca.

En traje de gran descote, por el que asomaban

sus modelados abundamientos, la gentil señora se dirigía á su coche.

El vehículo estaba custodiado por dos guardias *Romanones*, con sendos caballos, y dos ó tres agentes; todo este lujo de fuerza á la obediencia de un jefe superior de municipales que, teniendo su mano derecha sobre el tirador de la portezuela, le dijo á la propietaria:

—Señora, no se pasa; la berlina me la llevo á la delegación.

—¡Ya tenemos lo de siempre!—exclamó la dama—¿qué ha ocurrido?

—El cochero hace mofa no ya de las ordenanzas, sino de lo que aquí le previene la autoridad.

—Ayer le dije al conde de San Luis que esto no podía seguir así. ¡Ustedes tratan de desesperarme!

—Por mi parte puede repetírselo á San Luis ó á quien estime conveniente, el carruaje me lo llevo.

—Hagase usted cargo que la noche está fría, voy vestida de etiqueta, ¿no sabe usted quien soy?

—No tengo ese honor.

—¡Pues bien me conocen todos! Aquí, en el ridículo, traigo los gemelos de teatro, tarjetas no, pues no es costumbre.

—Yo cumplo con mi deber.—(Cerrando el paso ante el coche y sin soltar la manecilla.)

—¿Y qué hacer? ¡Esto es un atropello! Si alguno de estos señores quisiera salir garante?—expresó la escritora dirigiéndose á los de junto á ella.

Los pollos se llamaron *andana;* todavia estaban bajo el dominio de la llueca, casi tomateros ¡tan tiernos eran!

Yo que embozadito en mi capa permanecia en

segunda fila, junto á los faldones del fraque de uno de los de *en cañones*, saqué mi cartulina, se la dí recatadamente al jefe de los policías, éste leyó el impreso y mirándome dijo: «está bien»; á seguida abrió la portezuela dejando pasar á la dama; ella dirigió una mirada inquisidora á los reunidos y, encarándose conmigo, marcó una sonrisa de beneplácito, me dedicó una cortesía más palaciega que callejera, y, sin descomponer su majestuosa figura, subió al carruaje.

Arrancaron los caballos.

Para evitar las miradas de los de mi alrededor, que me escudriñaban con interés por el servicio que acababa de prestar á la poetisa, me embocé cuanto pude y salí de estampía.

Llegué á mi casa, dormí con la satisfacción del que ha sido útil á un superior ¡cómo no, si había favorecido á mi ídolo, á aquella por quien me malhumoré con Clarín cuando la llamaba: «la inevitable D.ª Emilia!»

—✱—

El lunes diez y siete del mismo mes que nos ocupa recibí la doblemente desagradable papeleta de citación; la llamo doble porque se interesaba á D. Vicente García Valero á responder de *su cochero*; en las notas marginales las amenazas de multas, y más multas para caso de rebeldía.

—Esto no me gusta—pensé.

Esperaba la pejiguera de no poderme evadir como testigo, ¡qué remedio! madrugaría para ir al juzgado municipal del Congreso, sito en los números 40 y 42 de la calle del León; pero me paraba, y mucho, que se

me conminara como responsable de uno, que había delinquido.

¡Los actores no nos levantamos temprano! ¡nos acostamos tan tarde!

¡Todo sea por Dios... y por mi *simpatía!*

Di orden para que me llamaran á las ocho de la mañana siguiente, con objeto de enterarme antes del juicio y poder explicar en la secretaría mi verdadera actitud respecto á responsabilidad.

—✱—

—¿El señor secretario del juzgado?

—No puede usted verle, ha empezado á actuar— me contestó un alguacil.

—Deseaba consultarle sobre esta papeleta que viene equivocada...

—¡Que entren los de la calle del Sombrerete!—gritó dirigiéndose á la puerta de la sala de espera y dando á la vez palmadas.

En vista de que el ministril fijaba su atención en los *del Sombrerete* no haciéndome ningún caso, me entré en la oficina sin prévio permiso; elegí entre los empleados al más viejo pensando sería más idóneo que sus compañeros para lo que yo deseaba aclarar.

Le hablé.

—No sabemos nada de esas cosas ni nos importan, —me contestó sin dignarse mirarme á la cara.

—Suplico á usted se fije en que la citación es para que responda de mi cochero, y, esto es un absurdo: pues no tengo coche.

—¡Puede usted tener cochero!

Ganas me vinieron de expresarle que para guiarle

á él!... me contuve; le hice historia, le referí el sucedido, quien era la dueña de la berlina... ¡todo en balde!

Aquel provecto: empleado, oficial, escribiente, ó lo que fuere, tenia el sentimiento *hecho tinta,* no dejaba la pluma en reposo; ante mi insistencia volvió á hablar:

—Para ver al secretario tiene usted que venir á las ocho, aquí indefectiblemente empiezan á trabajar á las nueve, este distrito da mucho que hacer.

—Que usted lo pase bien.

Salí pensando en el nuevo madrugón.

Cuando me iba á la calle oí al alguacil: «qué pasen los del desahucio.»

—¡Eso habeis hecho tú y el empleado de pelo gris!: ¡desahuciarme!

Llegado el señalamiento hice lo que los chicos: *novillos*; ¡á bien que con fecha veinticinco me remitieron un segundo *papelito!*, y, ¡vive Dios! que este infundia pavor: ¡cuantas amenazas! ¡qué de castigos!; ¡no sabía que hacer!

A consideraciones de mi familia, me malhumoré, y, en el momento que nos sentabamos á la mesa, no pudiendo resistir más réspices, pedí las botas y salí á la calle dejando para después el *pasto corporal* é ir en busca de tranquilidad para mi espíritu.

Me acordé de un gran amigo de la gente de teatro; de un señor Juez, con muy poca cara de tal, para conmigo; de D. Jacinto Felipe Picón.

Fuí á buscarle al Ateneo; no había ido.

Pensando donde podria estar, se me ocurrió que acaso hiciera tertulia en el saloncillo del coliseo de la plaza de Santa Ana.

Era día laborable, se hacía función de tarde, representaban: «*Reinar después de morir*», famosa comedia avalorada por el mérito artístico de la Guerrero y Diaz de Mendoza, muy acertados en el desempeño de D.ª Inés de Castro y D. Pedro I de Portugal.

Entré por la contaduría.

Enrique Borrás.

De dos zancadas subí los diez y ocho escalones de la estrecha y empinada escalera, (tres palmos de latitud), que está á espaldas del puesto de agua; miré en el saloncillo, ¡no estaba Picón!

Bajé á la sala; terminó el acto; por el pasillo central de butacas llegué hasta la barandilla del sexteto, sin descubrir en ninguna localidad á mi deseado amigo.

Yo tenía más hambre que un maestro de escuela, no obstante, quise apurar la suerte; volví á subir al vestuario, miré al salón, le pregunté al amigo Sicilia,

que salia en aquel entonces, y, me dió la buena nueva de que momentos antes había dejado en el Ateneo á don Jacinto.

Desaforadamente comencé á bajar la docena y media de peldaños que adosados al muro, forman la angosta escalera.

En mitad de ella dí un encontrón á un lacayo, de librea entallada, y larga hasta los tobillos, que exclamó: «¡ay mis callos! ¡por vida!»

Me paré: «¡señor, si no le he pisado! ¡le he tropezado en el brazo! ¿de qué se queja este mocetón?»

Reparé que su mano derecha apretaba las cuatro puntas de una nívea servilleta, que debía contener algún cuenco ó tartera con alimentos, pues, por el vaivén sufrido, la nívea se apimentonó: ¡quizás ruborosa de mi atropello!

—¿A qué compañero de arte le habré deslucido la merienda?—pensé—¿Y qué comediante se permite tener tan gran lacayo?; si bien yo, según el del juzgado, tengo cochero sin haber visto jamás el coche!

Excitada mi curiosidad subí lo que había bajado.

El de la librea salía de un cuarto y se dirigía á la escalera; al pasar junto á mí me lanzó una mirada de indignación que traducida significaba: «á estar yo en el pescante puede que te hubiera alcanzado con la fusta».

Dispuesto á satisfacer mi curiosidad, aproveché la circunstancia de venir á saludarme un antiguo dependiente de la casa. Le comuniqué mi deseo, y me propuso que esperara.

A poco me llamó, diciéndome: «ahora no está él, pasemos á su camerino».

Sobre una mesa vimos la *congestionada* servilleta.

Carmen Cobeña.

Con pulcritud apartamos sus puntas; levantada la tapa de la marmita... ¡qué rico aroma! ¡qué buen olor! ¡¡con el hambre que yo tenía!! Sentí un desmayo al percibir el vaho de aquellos sazonadísimos callos, ¡eran callos!

Me expliqué el quejido del criado: ¡cómo no lamentarse de los callos si los llevaba en la mano!

El dependiente me significó que *aquello,* era obsequio de un grande de España, hecho á los primeros actores.

¡Nada más natural que D.ª Inés y D. Pedro de Portugal aristocratizaran la plebeya *dobrada!*

La llamo así, pues cuando fuí á Lisboa con la compañía de Apolo en 1899, siempre que iba á los ensayos del coliseo de la *rua da Palma,* me intrigaba un banderín que en un restaurant de la misma calle anunciaba: «*Hoje ha dobrada*», (hoy hay callos).

Ignoraba esta traducción hasta que entré en la casa y prácticamente tuve conocimiento de ella.

Refiriendo en el saloncillo de la Zarzuela mi choque con el de la servilleta, nos contó Ricardo de la Vega (1) que, efectivamente, el Sr. duque de Tamames tenía un excelente cocinero y mandaba, algunas ve-

(1) Fallecido este gran sainetero á las seis de la madrugada del día 22 de Junio de 1910, á la edad de 71 años.

A su entierro (día 23) asistieron el alcalde de Madrid (Francos Rodríguez) otros concejales, algunos autores, críticos y cómicos, los maceros y la banda del municipio; pusieron colgaduras negras el Ateneo y el Círculo de actores; la orquesta de Apolo tocó al paso del féretro: «*La camisa de la Lola*». El teatro Español ¡no puso colgaduras! ¿por qué? quizás por olvido... ¿de quién?

Juanito Pérez Zúñiga fué hasta el cementerio de Getafe para presenciar la inhumación del cadáver en un modestísimo nicho de aquel campo-santo, así lo hace constar el «*Heraldo de Madrid*».

ces, á los distinguidos artistas: callos, bacalao con patatas, y, otros guisos que no por lo vulgares dejan de ser apetecidos.

Abandonemos el arte de Brillat-Savarín para seguir con mi malhadado *pleito,* camino del Ateneo.

En aquella ámplia escalera no me tropecé con nadie.

Al fin encontré lo que buscaba.

Picón así que oyó mi apuro, escribió una carta y me la entregó para que fuera con ella al juzgado, al día siguiente.

Me aseguró que habían de prestarme interés y protección.

Le dí las gracias. ¡Ay pedazo de cartulina que caro me cuestas! ¡no vuelvo ha hacerme tarjetas!

—✱—

Fuí pronto á la casa de la justicia y sin embargo, llegué tarde; los jueces estaban ejerciendo; dí la carta al alguacil *voceador;* miró el sobre, me invitó á sentarme, y, desapareció.

Solo encontré para *posarme* la punta de un banco, de los portátiles, que arrimado al tabique de la sala de espera, ocupaba todo el paño de pared y parte de la puerta, cerrada entonces, que daba acceso á la habitación del tribunal.

De pronto se abrió la mitad del hueco que estaba á mis espaldas y un subalterno llamándome por mi nombre me pidió por favor que le siguiera.

Avancé atolondrado, sin acordarme de que el banco sobresalía, tropecé en él, é hice mi presentación á gatas en el salón de sesiones.

Provoqué la hilaridad de los disidentes y la del tribunal.

—No ha sido nada—exclamé desapareciendo tras del alguacil por una puertecilla que había á un lado de los estrados.

Llegamos á presencia de un señor que, junto á su mesa de despacho, con mi carta en la mano y extremoso de cariño, me suplicó tomara asiento pues deseaba oirme detenidamente cuanto me había ocurrido.

El caballero del escritorio así que hube hablado más que una cotorra, hizo sonar un timbre.

—¡Si irá á pedir perejil!—se me ocurrió.

Entró el hombre viejo, *el del cochero sin carruaje*, y manifestó: que en la forma en que estaba hecho el parte la acción jurídica solo conmigo debía entender.

—Esto no sería justo—me lamenté.

Deliberamos los tres para averiguar el domicilio de D.ª Emilia.

Yo no lo sabía. Advertí que podíamos conocerlo por la lista de abonados del Español ó por la de socios del centro docente de la calle del Prado.

—Se verá todo Sr. García Valero sin que usted se ocupe de ello; así dijo el que aparecía como jefe; dispuso que la denuncia se rehiciera, que á mí se me avisara única y exclusivamente como testigo.

Me retiré complacidísimo; ya en la calle advertí que la molestia sentida en mi pierna desde el momento del tropezón, hacía rápidos progresos. ¡Valiente ocurrencia colocar banquitos en el paso de la puerta! entré en la botica de Ortega, situada en la misma calle, y, una vez remangados pantalón y calzoncillo se vió que la rozadura había causado una regular erosión que hubo que lavar con un desinfec-

tante y parchear con tafetán. Aboné una peseta por el aglutinante y la lavadura de sublimado... ¡ay! ¡ay! ¡ay! ¡sublime escritora! ¡sufro resignado estas incomodidades que la razón me dicta obtendrán una recompensa!

—✱—

El día de la vista, llegó. Acudí como testigo sin apercibimientos de multas y cárceles.

En espera de que llamaran, se me acercó un individuo que yo, mal fisonomista, no recordaba haber conocido en parte alguna.

—La señora sabe quién es usté—dijo—al principio creyó que pertenecía á la compañía del Español, luego le han dado noticias exactas... como le está sumamente agradecida desea darle las gracias como usté se merece.

—¿Estoy hablando con el cochero de D.ª Emilia?

—Para servirle. Me pasa que los *guindillas* la tienen tomada conmigo, ¿sabe usté?...

En esto nos requirieron; entramos en el salón; yo, con mi pensamiento ocupado por el regalo de la egregia literata, ¡loco de contento! ¡quizá alguno de sus tomos! ¡tiene tantos! ¡tendría su autógrafo! lo repito: ¡más que loco de contento! Comezón irresistible tenía por gritar ¡viva Galicia!

Los guardias acusaron mucho.

Se anonadó el auriga; sobre él caían en pleno las ordenanzas municipales.

El juez se dirigió al fiscal, que con un código en la mano, y leyendo de corrido varios artículos, formuló

comentarios sobre éstos, condenando al delincuente á multas y costas.

Como final dijo el presidente:

—El Sr. Valero limitó su acción á dar la tarjeta y á ser testigo nada más.

—Sí, señor—respondí.

—Dispense las molestias que se le han causado. Puede retirarse pasando antes á firmar.

Así lo hice y también el cochero; éste, duro tras duro, dejó encima de la mesa de diez á once piezas. ¡Cada busto Alfonsino ó de Amadeo que depositaba en la tabla le hacia mudar *la color!* ¡Qué mal rato pasó el hombre!

Ya en la vía pública me invitó á que almorzaramos en el café de Zaragoza; rechazé hoscamente la proposición; él alegaba que su ama lo aprobaría.

No pudiendo vencer mi repugnancia pretendió que nos llegáramos al estanco de Antón Martín para regalarme unos puros.

Tuve que expresarle que no quería nada con él; yo me había puesto al servicio de la señora, y, lo más grato que él podía hacer era dejarme en paz.

Se retiró.

Quedé á solas con la idea de recibir directamente el premio á tantos madrugones ¡á mi *bautismo de sangre*! que bautismo fué el recibido en mi canilla izquierda.

—✱—

Transcurridos dos años voy adquiriendo la certeza de que mis esperanzas resultan truncadas.

¡Doña Emilia no se acuerda de mí!

Muchas noches á la salida de Apolo, al pasar junto á las ventanas del Suizo, quedábame estático viéndola ocupar una mesa acompañada de sus distinguidas y simpáticas hijas.

A la vista de esos dos huecos que hay en la calle de Sevilla, soberbios escaparates donde se agolpan los curiosos de última hora para admirar las hermosuras de la corte, ¡hacía yo mis reflexiones amargas!

En uno de estos fisgoneos se atrevió á hablarme el cochero desde el pescante.

—¿Qué, ya le ha dado las gracias la señora?

—Contemplándola estoy, y mentira me parece que se le haya olvidado.

—¡Siempre hace igual!

No quise oir barbarizar á aquél grosero. Opté por seguir mi camino.

El poema de Goethe acudió á mi imaginación: ¡Ah! ¡si ahora al llegar á la esquina de la calle de Arlabán me diera de narices con un Mefistófeles! ¡seguro que nos entenderíamos! le obedecería para metamorfosearme, nunca para seguir sus consejos, y, venciendo imposibles, alcanzaría en buena lid, se entiende, la blanca mano de una de esas dos niñas celestiales de mi admirada, para por su ingratitud llamarla: ¡¡Suegra!!

—✱—

En el año 1908 encontré á un mi amicísimo que conocía el episodio y que con grandes aspavientos hízome saber la noticia siguiente:

—Querido Valero: te participo que D.ª Emilia...

—¡Qué! ¡la ha tocado Dios en el corazón? no tardes, desembucha, ¿se ha acordado de mí?

—Aquí, en «*El Liberal*» está la gacetilla...

—¡En el diario!

—Sí, he leído que la han hecho condesa de Pardo Bazán; ¿qué opinas de esto?

—¡Que el título mereció!
¡¡mas si la condesa espera
por que el cochero faltó
y la vuelvo á encontrar yo
del Español en la acera...
«Responda el cielo, yo no»!!!

25—VI—910.

El Vico de los criados.

Paco Cayuela es un hombre simpático, atento, de buena figura, con *pintas* de elegante á no asomarse á las ventanas de la extravagancia.

¡De los que le conocemos ninguno ha olvidado aquel sombrero, que usaba, de ala estrechísima, ni tampoco sus cigarrillos de papel verde, ni mucho menos sus ingenuidades para cuanto se relaciona con el arte dramático!

En el teatro del Príncipe siempre salía á hacer sus diminutos papeles, bien escanciando té, bien sirviendo copas de champagne ó de whisky, y también presentando cartas sobre plateada bandeja.

¡Un moderno Ganimedes de calzón corto!

Este trabajo le valió ser conocido por «el Vico de los criados».

Tan de rechupete le fué este sobrenombre, que en sus escritos amistosos así se firmaba.

D. Fernando Díaz de Mendoza puso en ensayo la comedia del Fénix de los ingenios, intitulada *Fuente Ovejuna,* desconocida por completo de las últimas generaciones.

Paco, como de costumbre, tenía un *papelón;* cruzaba la escena entre algunos aldeanos y hasta creo que no decía: «esta es mi boca».

Cuando llevaban muchos ensayos de la obra, le preguntaron en la redacción de *El Liberal,* que día se estrenaba.

—Todavía *colea,* —contestó el aludido,— aun no ha ido el autor por el escenario.

—¡Tonto! ¡más que tonto! —le expuso Loma— ¡no sabes que ese drama es de Lópe de Vega!

—¡Ah!, ¡sí!, chico perdona; ¡no sé lo que me digo!; ayer ví á un viejecito con gafas y sombrero de copa hablando con D. Fernando, ese debe de ser el autor.

¡Y esto, no hay exageración, con la mayor ingenuidad!

A pesar de su *poca fijeza en conocer las cosas,* consiguió una ovación muy grande; yo estuve presente.

Se estrenaba una linda comedia política de Manuel Linares Rivas denominada: *El ídolo.*

En el segundo acto salía un personaje episódico. Figuraba ser el portero mayor de la Presidencia del Consejo, que iba á saludar al nuevo ministro jefe.

Con tal realidad desempeñó el cómico su cometido, que al hacer mútis, el público le aplaudió unánime obligándole á presentarse para hacer saludos.

—¿Quién es ese actor? ¿cómo se llama ese artista? —se preguntaban unos á otros espectadores.

A seguida fluctuó un eco salido de alguién que repetía :«¡Si es Cayuela! ¡es Cayuela! ¡toma, si es Cayuela! ¡¡Cayuela es!!»

¡Aquella labor primorosa aplaudida con vehemencia, acabó menospreciada por una carcajada, que si bien familiar, desvaloraba lo que valor había tenido!

¿A qué fué debida la metamorfosis?

A que bajo la sorprendente carátula descubrieron al hombre simpático para todos; mas sabido tenían que como comediante se trataba de un inconsciente.

Fué á la Argentina con la compañía del teatro clásico, y... ¡allí se ha quedado! ¡allí ha contraído matrimonio! y, aquí ¡echamos de menos sus buenas ocurrencias, sus amenas inocentadas!

—✶—

Antes de lo que he relatado estuvo en el teatro de la calle del Príncipe.

En la obra original de Tirso de Molina: *Don Gil de las Calzas verdes*, refundida por Tomás Luceño, le cupo en suerte al sujeto de que hablamos un personaje llamado Celio; sólo una vez sale á escena y nada más tiene que declamar:

CELIO. *¡Padre y señor, este es*
don Gil de las Verdes Calzas!
ANTONIO. ¡Malvado! ¡A pedirte vengo
que cumplas fiel la palabra
que de ser esposo diste
á mi hija doña Clara!
CELIO. *O morirás á mis manos.*
Joven soy y tengo espada.

En total: cuatro versos dice el *de la espada*, y era de oir al comediante, en varias pruebas, repetir una y más veces el diálogo equivocándolo de la siguiente manera:

«¡Padre y señor, este es
don Gil de las *Calzas Verdes!*»

—¡No! ¡no! ¡Cayuela, no es eso! ¡¡por Dios!! ¡trunca usted el verso!—repetia incansablemente Luceño—¿no comprende que *calzas* ha de asonantar con *palabra?* ¡Calma! ¡repitamos otra vez!

Y... *Celio*, tornaba á las andadas destruyendo la versificación.

Tomás Luceño.

—No haga usted caso del título de la producción—le explicaba D. Tomás—aquél es: «D. Gil de las Calzas Verdes», y usted, acuérdese de *«al revés te lo digo para que me entiendas»*, ha de decir: «D. Gil de las *verdes calzas*».

Así un día más otro y otro más, el simpático refundidor llegó á agotar su paciencia, y, hasta cuentan que dió tirones á sus abundantes patillas, resolviéndose al cabo á prevenirle al partiquino:

—Esto no puede perdurar; me veo precisado á quitarle á usted el papel.

Cayuela tembló; ¡se veía en ridículo ante sus compañeros! ¡lo ocurrido trascendería á la calle! ¡se lo recordarían á cada instante!

Al acabar el ensayo esperó en la obscuridad del vestíbulo de la Comedia el paso de Luceño; en cuanto le vió, suplicole por Dios y por la Vírgen, que no le retirara el papelito.

El refundidor le hacía cargos para que se percatara de que la obra estaba en verso:

—Reflexione usted amigo mío—le decía—que no puedo autorizar el desafuero que comete. La obra es de Tirso de Molina, fíjese bien, no de Tirso Escudero, no, de Molina repito; yo, solo la he arreglado...

—¡Sí, D. Tomás! ¡sí! me hago cargo; le ruego que espere usted al ensayo de mañana. Esta noche no me acostaré para estudiar los versos; ¡que si me retira el papel, se lo juro, no tengo más remedio «que pegarme un tiro!»

—¡¡Ah!! ¡eso varía querido! Yo tampoco me acostaré para determinar: ¡si se pega usted el tiro, ó tengo que pegármelo yo!

5-VIII-910.

Un cazador improvisado.

Simpático le era, en sumo grado, el pueblo de Getafe á Ricardo de la Vega.

Nos refería, con su gracia exquisita, el sucedido que sigue.

«Muchos domingos, (habla el aludido autor) cuando los dias iban siendo largos, marchábame al vecino pueblo de Getafe.

»Me hospedaba en casa del Alcalde, apreciado amigo mio.

»En estas excursiones buscaba descanso á mis tareas oficinescas.

»Después de almorzar, y de una pequeña siesta, hacía mi mayor gusto un largo paseo *campos á través:* pero solo, completamente solo; me deleitaba rodearme de personajes imaginarios: el *colegial* desenvuelto: *Julián,* tipógrafo de imprenta: *la viuda* del interfecto, y otros, que más tarde habían de adquirir formas tangibles en provecho mio.

»Mi amigo, primera autoridad del pueblo, me

aconsejaba hiciérame cazador; yo le replicaba mi manera de cazar en aquellos andurriales: él se refería á los pájaros, y yo á los tipos de mis comedias.

»Hube de llegar en un dia festivo, del mes de Febrero, de amanecer delicioso; pero ya mediado, cambió la temperatura haciéndose notar frío bastante intenso á pesar de que el sol se mostraba esplendente.

Ricardo de la Vega.

—»Esta tarde no salgo á pasear; las afueras estarán demasiado frescas.

—»No lo crea usted don Ricardo—me dijo el Alcalde,—hay mucho sol y aténgase al adagio que dice: «En Febrero la sombra busca el perro.»

—»Lo dudo con respecto al animal; de mí se decir

que no me sentaría bien; y al cán, ya conocen ustedes mi opinión:

«El perro es un embustero
por que en Febrero hace frío,
y el perro es muy friolero
en invierno y en estío.»

»En otra ocasión, con buena temperatura y á instancia de mi huésped, tomé una escopeta suya y salí por una vereda dispuesto á eclipsar los relatos de propias hazañas de mi amigo el ilustre escritor valenciano Enrique Pérez Escrich.

»Pues señor: en aquellos campos no había pájaros; por lo menos yo no daba con ellos; ¡debían estar todos en mi cabeza! ¡Creo firmemente hubiérame sido más fácil encontrar peces en alguna acequia de las de regar!

»Con la mirada siempre en alto, abandoné la idea que allí me había llevado de dar cima al desenvolvimiento de una de mis producciones teatrales, para pensar en Diana cazadora.

—»¡Tentado estuve por disparar al aire!

»Sintiéndome amenazado de una tortícolis, con tanto mirar á las alturas, y, teniendo fatigadas mis piernas por la caminata, decidí sentarme á descansar en una margen; la escopeta me embarazaba, se había triplicado su peso; ¡vaya un mueble inútil en mis manos! ¡pensé en arrojarla!

»A poco de hallarme reposando surgió, no dime cuenta de por donde, una pareja de la benemérita.

—»Caballero: ¿se servirá usted mostrarnos la licencia?

—»¡Qué licencia!

—»La de caza—replicó uno de los guardias.

—»¡Ah! ¡no señor! imposible servirme hacer eso que ustedes me piden, pues ignoraba ese detalle.

—»Siendo así: no puede usted cazar.

—»Ni podría aunque la tuviera; ¡no me he tropezado con un mal gorrión!

—»Ya comprenderá que se halla fuera de la ley...

—»No se me alcanzaba; hago mis *primeras armas* esta tarde.

—»Está bien. Denos usted la escopeta.

—»¡¡Para qué!!

—»Queda decomisada.

—»¡¡Y qué van ustedes á hacer con ella!!

—»Nada; nuestra consigna es depositarla en casa del señor Alcalde. A él podrá usted hacer las reclamaciones que tenga por buenas.

—»¡¡Ah!! de manera, señores guardias, que ustedes van á llevar esta arma á casa del Alcalde?

—»Sin que le quepa duda alguna.

—»¡Tómenla! ¡tómenla! ¡tómenla! ¡y, muchísimas gracias por el favor! ¡les quedo sumamente reconocido! ¡es una atención, que aunque inconsciente, á mí me beneficia!...

»Y con la escopeta se alejaron los de los tricornios quedando yo satisfechísimo al verme aliviado de aquel peso inoportuno, y muy agradecido á los buenos oficios realizados á mi favor por la Guardia civil».

3-VIII-910.

La casa de Tócame-Roque.

Catalectos.

ESTE GRABADO es copia exacta de la popularizada finca que aun existía en 1885; muchas veces al pasar junto á ella me decidí á entrar en el vetusto corralón y... para mí: ¡tomaban formas vívidas aquellas figuras del sainete inmortal, tantas veces representado en los teatros!

Ocupaba la célebre casa los terrenos de la hoy señalada con el número 41 de la calle del Barquillo, y el del número 24 de la calle de Belén; el esquinazo chaflán unión de ambas fincas, hoy escaparates de la tienda de tejidos, era el muro en donde estaba el portalón de entrada haciendo frente al sitio que ahora ocupa la bocacalle de Argensola.

Fué demolida esta vivienda alrededor del año 86 del pasado siglo.

Igual á la estampa que encabeza este escrito eran las decoraciones que exprofesamente mandaron construir y pintar los empresarios de los principales teatros de España para poner en escena la pieza clásica: *La Petra y la Juana ó la casa de Tócame-Roque.*

Cuando en el repetido año 86 mandaron desalquilar los cuartos, ya no vivían allí chisperos de redecilla ni majas de volantes y medias caladas; aquellos corredores á la vista de los transeuntes desentonaban de la ya urbanizada vía pública.

D. Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla nacido en la calle del Prado, el 28 de Marzo de 1731 fué bautizado en la iglesia de San Sebastián; y, en la capilla del Cristo de la Fé, de igual templo, se le sepultó en la cripta, el 5 de Marzo de 1794.

Este autor estudió los tipos, costumbres y asunto de su sainete sobre el lugar de la acción.

En época de canícula, al atardecer, de vuelta de su paseo en el Prado de los Recoletos, hacía descanso el de la Cruz *en el patio de la casa de vecinos* y entonces tomó sus preciados apuntes para producir tan magistral obra, patrón de muchas. *La canción de la Lola, Pepa la frescachona* y otras varias, de peor suerte, por marco y modelo tuvieron *La casa de Tócame-Roque.*

El *D. Ramón de la Cruz* valenciano, Eduardo Escalante, también se inspiró en la obra madrileña al escribir su imperecedero sainete *La escaleta del dimoni*.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

VIUDA

(Gazmoña que sale)

El Señor conserve nuestros
corazones en su santa
paz, y nos libre de genios
chismosos, que nos la quieran
perturbar. Amén. Muy buenos
días, señores.

SASTRE

Son tardes.

VIUDA

Como es vigilia, y yo creo
que ayunar es no comer,
y lo acostumbro, no cuento
las horas. Voy á tomar
tres pares de huevos frescos,
que serán mi colación
y comida al mismo tiempo.
La paz, repito, mi amada
paz, no se aparte del seno
de nuestro corazón.

SASTRE

Dios
se la dé en abundamiento
señora doña Cleofé.

VIUDA

Amén... ¿Pero, qué estoy viendo?
¿No eres tú la criadilla
de la Capitana? ¡Bueno!
¡Tu ama te estará esperando,
y tú con tanto sosiego
en conversación.
(Gritando).
¡Vecina!

AQUILINA

Calle usted por Dios.

VIUDA

No quiero.
(Gritando).
¿Mi sá doña Sinforiana?

CAPITANA

(Saliendo del núm. 9 del piso principal).

¿Qué sucede?

VIUDA

Que al momento
despida usté á su criada,
ó la prive el chismoteo
con los sastres.

SASTRE

Poco á poco
con los sastres.

AQUILINA

Si yo vengo
del río...

CAPITANA

Desvergonzada,
sube la ropa.

AQUILINA

¡Y que luego
me casque usted!

CAPITANA

Súbela.

AQUILINA

(A la viuda)

Por usted...

VIUDA

¿Qué estás diciendo
muchacha? ¡Pues soy yo amiga
de andar en chismes y cuentos!

CAPITANA

Si bajo te he de matar.

VIUDA

La paz de Dios... ¡Jesús, esto
no es para mí!... Celidonia,
abre, que me bamboleo.
(Abre Celidonia y se entra en el núm. 3)

AQUILINA

¡La gazmoña!

CAPITANA

Una estaca
te he de romper en el cuerpo.

SASTRE

Ya verá usted lo que se hace;
y basta que esté por medio
mi persona.

CAPITANA

¡Puf! ¿Un sastre
podía quitarme el derecho
de reñir á mi familia?

SASTRE

¡Qué familia! un arrapiezo
de criada.

AQUILINA

Dice bien:
pues yo soy su cocinero,
lavandera, costurera,

su modista, yo la peino,
yo la pinto y si se ofrece
alguna vez, papeleo.

SASTRE

¿También eres secretaria?

AQUILINA

¡Mucho! ¡ya me echará menos!

CAPITANA

¿Yo á tí?

AQUILINA

¿Lo quieren ustedes
ver? Pues la ropa me llevo
en prendas de mi salario:
y si no me echa un empeño,
ha de tener ocho días
más la camisa en el cuerpo.

(Vase).

CAPITANA

Tio Jorge, sígala usted.

SASTRE.

(Despacio).

Voy á ponerme al momento
decente. Sácame medias,
mujer...

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

SASTRE.

Y concluirá el argumento
de la Petra y de la Juana,
con el *Prudente Casero*,
que castiga falsedades
y da á las finezas premio.
. . . . . .
. . . . . .
. . . «*La casa de Tócame-Roque*»

Vivía en la calle del Barquillo un presuntuoso petimetre, de edad provecta, llamado D. Atanasio, empeñado en hacerse pasar por cortejo de una madama de la calle de Válgame Dios, que, de acuerdo con su marido, le tomaban el pelo y los ducados, á aquel tonto de capirote.

Cano y Olmedilla tuvo ocasión de enterarse de la chunga que se traían los del Barquillo con el decidido galanteador, y compuso su sainete: «*El cortejo escarmentado*».

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

PETIMETRE 2.º

Lo que queremos decir
es que debes convidarnos
cuando haya función.

DON ATANASIO.

Vosotros
habéis oido el sarao

de esta noche y la merienda,
y yo no quiero llevaros.

Los Petimetres

¿Y porqué?

Petimetre 2.º

Porque no puede.
¡Si es lo que yo os he contado!
¡Todo fachenda! Allí va
tal vez como uno de tantos:
saben que es hombre decente;
doña Lorenza y don Pablo
son atentos, y le admiten;
¡mas distinguirle en el trato
de todos y el cortejarla,
como suponen, mamao!

Don Atanasio

(Enfadado)

¡Ese mamao es palabra
mayor, que yo no la mamo
tan fácilmente, y á mí
nadie á mamar me la ha dado!

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Don Atanasio

¿El qué, si no logré nada?

Doña Lorenza

Señal que buscabais algo;
y por conocerlo yo,
he querido escarmentaros,
para que nunca pongais
los pensamientos tan altos,
ni por gusto ó vanidad
escandalicéis los barrios.

Petimetre 1.º

¡Si me volvieran á mí
lo que yo he desperdiciado
en balde!

Don Felipe

Yo no, porque
nunca suelto hasta que agarro.

Petimetres 2.º y 3.º

¡Eres gran conquistador!

Don Atanasio

Yo no sé dónde me hallo.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

«*El cortejo escarmentado*».

Garibai

(1) Muy largo y mal predicó

(1) He optado por dar á la imprenta estos preciados trozos literarios con la misma ortografía (y aun con las faltas de ella) con que aparecen en las comedias antiguas, pues esto fijará doblemente la atención del ilustrado lector.—V. G. V.

cierto Religioso un día,
y á una muger que le oía
mal de corazón la dió.
Al ruido el Padre parado,
preguntó, ¿qué pudo sér?
y dixo uno: á esa muger
mal de corazón le ha dado.
Pues ¿de qué (con impaciencia
dixo el Padre) aquí la dió?
Y el bellacón respondió,
de oir á su Reverencia.
Pues ¿cómo, el desvergonzado,
(dixo el Padre enfurecido)
sabe que es de haberme oído
aqueste mal que le ha dado?
A lo qual el hombre allí
le respondió en un momento:
Yo lo sé, por que ya siento
que me quiere dar á mí.

Don Francisco de Leiva: «*No hay contra un Padre razón*». Jornada 2.ª

Pasquin

Un Ciego en Londres había
tal que no determinaba
los bultos con quien hablaba
en el resplandor del día:
y una noche que llovía
(como una de las pasadas)
á cántaros y á lanzadas,
por las calles caminando,

se iva mi ciego alumbrando
con unas pajas quemadas.
Uno que le conoció,
dixo: ¿si no os alumbrais
para que esa luz llevais?
y el Ciego le respondió:
si no veo la luz yo
la vé el que viene, y así
no encuentra conmigo aquí;
con que aquesta luz que vés,
si no es para ver yo, es
para que me vean á mí.

CALDERÓN: «*La cisma de Inglaterra*»: Jornada 1.ª

NEBLI

Era un Cura tan fahúr,
pero tan poco devoto,
que por jugar no rezaba:
El Obispo escrupuloso
supo el caso, llamó al Cura,
y díxole con enojo:
¿Qué es esto? ¿cómo no reza?
y el Cura sin alboroto
respondió: Señor Ilustre
ya he probado con anteojos
y no veo; aquí el Obispo
replicó luego, pues ¿cómo
vé á jugar, y no á rezar?
y él respondió presuroso:
hágame á mí cada letra
Usía como el As de Oros,

y leeré el Libro del Rezo,
como el de quarenta y ocho.

Dr. Felipe Godínez: «*Aun de noche alumbra el Sol*»: Jornada 2.ª

Gilote

Oye que decirte intento,
Pasquala, sin darte enfados,
lo que pasa á los Soldados,
que van á su alojamiento.
Llegan quanto á lo primero
al huesped, y fanfarrones
á las primeras razones
le pescudan si hay dinero.
Visitan luego en creyentes
los corrales y cocinas,
y hacen Pasqua de gallinas
como Herodes de Inocentes
sin que se reserve en suma
solo un ave de sus manos
por que sin ser Escribanos
se sustentan de la pluma.
Requiebran á todo ruedo,
y de su manifatura
no hay Labradora segura;
comen y beben sin miedo,
con que al partirse sin pena,
suelen dexar sus desvíos,
los huespedes, muy vacíos,
y las huespedas, muy llenas.

D. Diego y D. Joseph de Figueroa y Cordova: «*Leoncio y Montano*»: Jornada 1.ª

PASQUÍN

Si á un Padre un hijo querido
á la guerra se le vá,
para el camino le dá
un Don, y un buen apellido.
El que Ponce se ha llamado
le añade luego León,
el que Guevara, Ladron,
y Mendoza el que es Hurtado.
Yo conocí un tal por qual,
que á cierto Conde servía,
y Sotillo se decía:
creció un poco su caudal,
salió de mísero y roto,
hizo una ausencia de un mes,
conocíle yo después,
y ya se llamaba Soto:
vino á fortuna mayor,
eran sus nombres de gonces,
llegó á ser rico, y entonces
se llamó Soto Mayor. (1)

D. PEDRO CALDERÓN: «*El ingrato*»: Jornada 1.ª

---

(1) Una misma palabra puede aconsonantar cuando se la emplea para dos distintos significados. En el caso presente, la fortuna es *mayor*, y el Soto también *mayor*, luego la definición es la misma. Recuerdo que Alarcón en: «*Mudarse por mejorarse*» escribe:

Felipe es el Rey mayor,
Madrid su corte, y en ella
la mayor y la más bella
calle, la calle Mayor

y nos encontramos la redondilla de Alarcón al igual que en el caso precedente. Me permito llamar la atención de los idóneos en poé-

MANZANO

Desafió á otro un Portugués,
y le esperaba en un monte
que el subir á su Orizonte
cansára á un gato montés.
Llegó allá el desafiado
muerto del paso prolixo,
y en viendo al contrario dixo,
molido y desalentado,
yo no me puedo mover:
¿para qué me llamó aquí?
y el respondió, porque así
teño menos que facer.

D. AGUSTÍN MORETO: «*El Caballero*»: Jornada 2.ª

GARIBAI

(1) En Sevilla un loco había
de tema tan desigual,
que una piedra de un quintal
al hombro siempre traia,

---

tica; yo seguiré ateniéndome á Luis Eguilaz que en: «*La vaquera de la Finojosa* dice:

pero vinimos acá
por asunto muy más *primo*
de Iñigo López mi *primo*...
—Sobrino.
—Lo mismo dá. (V. G. V.)

(1) Igual asunto que este cuento tiene el que publicó Cervantes en el prólogo al lector de la segunda parte del Quijote. Allí el caso ocurre en Córdoba. ¿A quién pertenecerá la prioridad? ¿Será acaso una narración universal?—V. G. V.

y al perro de cualquier casta
que dormido podía ver,
dexabasela caer
con que quedaba hecho plasta:
con un Podenco afamado
de un sombrerero encontró,
acuestas la ley le echó
y dexolo ajusticiado.
Indignado el Sombrerero
con un garrote salió,
y dos mil palos le dió
y tras cada golpe fiero,
muchas veces repetía,
¿qué era podenco no viste
loco infame? fuese el triste,
y luego aunque un gozque via,
mastín, ó perro mostrenco,
al irle la piedra á echar,
volviéndola á retirar
decía: guarda, es podenco.

D. Francisco de Leiva: «*No hay contra un Padre razón*»: Jornada 2.ª

Morón

Una República había,
que al Médico no pagaba,
Señor, hasta que sanaba
el Enfermo; y si moría
tiempo y cuidado perdía:
y esta ley tan bien fundada,
á nuestro intento aplicada,
digo, que de amor que muere

el Alcahuete no espere
tener derechos á nada.

CALDERÓN: «*El Astrólogo fingido*»: Jornada 1.ª

FABIO

Con una Dama tenía
un Galán conversación,
y gozando la ocasión
un piojo, entre sí decía:
ahora no se rascará,
bien sin zozobra ni miedo,
comer á mi salvo puedo.
El Galán cansado ya
del encarnizado enojo,
á hurto de la tal belleza
metió con gran ligereza
los dedos, y hizo al piojo
prisionero de aquel saco:
volvió la Dama al instante,
y halló la mano á su amante,
á fuer de tomar tabaco:
y preguntó con severo
semblante, porque no hubiera
otro allí que lo entendiera:
¿murió ya aquel Caballero?
y él muy desembarazado,
á su amante respondió:
no Señora, no murió,
pero está muy apretado.

CALDERÓN: «*El secreto á voces*»: Jornada 2.ª

Camacho

Llevando un día un Villano
una soga y una estaca,
una cabra, una cebolla,
una polla y una holla,
hallo una grande bellaca:
llamóle y díxole: Sil,
ven acá, parlemos hoy
en este campo: si voy
cargado de alhajas mil,
(dixo él) ¿como podré
sin que se me pierdan todas?
dixo ella: mal te acomodas,
que eres necio bien se vé;
¿què llevas? tú lo verás,
una cebolla, una holla,
cabra, soga, estaca y polla.
¿Esto es mucho? ¿pues hay mas,
dixo, de incar en el suelo
la estaca, y quando lo esté,
atar la cabra de un pié
con la soga, y en un vuelo,
para asegurarlo más,
meter la polla en la holla,
taparla con la cebolla
la boca, y así estarás
seguro de que se abra,
y tendrás, si esto te ahoga,
seguras estaca y soga,
polla, holla, cebolla, cabra?
Quando quiere una muger
no hay inconveniente humano:
lo imposible lo hace llano.

Calderón: «*Peor está que estaba*»: Jornada 3.ª

MACHIN

Enterraron en el campo
á uno, y su muger leal
se fué á llorar junto á él,
sin apartarse jamás
Al mismo tiempo ahorcaron
en aquel mismo lugar
á un Salteador; y temiendo
la Justicia algún desmán,
porque nadie le quitara
un Guarda le puso, el qual
viendo á la afligida Viuda
en tan yerma soledad,
la ofreció su albergue, y ella
perseveró mucho más
en su duelo: él porfió,
y la Matrona exemplar
se fué con el Guarda pio
aquella noche á cenar.
Quando el Guarda madrugó,
no halló su ahorcado ya;
y creyendo que á doscientos
le habían de sentenciar,
quiso huir de la baqueta,
por guardar el cordovan.
La Viuda, viendo que el muerto
era pena, y no solaz,
y que el vivo se le iva,
le aseguró con sacar
el cuerpo de su marido,
y en la horca sin piedad
en lugar del que faltaba
ella le ayudó á colgar.

D. ANTONIO MARTINEZ: «*La muger contra el consejo*»: Jornada 2ª

FLORA

Descalabró á su muger
un hombre: y mirando ella
lo que la cura costaba,
decía entre sí muy contenta:
no me descalabrará
otra vez: viéndola buena
el Marido, con Barbero
y Boticario hizo cuenta,
y dió el dinero doblado:
mira hijo que te yerras,
dixo ella: no yerro hija,
que la mitad desto es desta
descalabradura de hoy,
y la otra mitad á cuenta
de la primera desca
labradura que se ofrezca.

CALDERÓN: «*Dicha y desdicha del nombre*»: Jornada 2.ª

MARTÍN

Un mozo enfermo tenía
de los ojos á su Padre,
y curarlo pretendía,
que en efecto lo quería
como si fuera su Madre.
El remedio procurando,
en un libro que se halló
de Medicina, hojeando
un capítulo encontró
de lo que andaba buscando.
Abrojos para los ojos

el primer renglón decía;
y sin leer más sus arrojos,
como estrella que Dios guía
fué al campo á buscar abrojos.
Dos almorzadas muy buenas
trajo, y que quiso ó no quiso,
al Padre, que vé en sus penas,
en los ojos al proviso
le puso un par de docenas.
Un lienzo muy apretado
encima le puso luego,
con que al Padre desdichado
le saltaron de contado
los ojos, y quedó ciego.
A leer volvió con enojos
los renglones, y al mirarlos
de espacio, vieron sus ojos,
para los ojos abrojos
son buenos para sacarlos.

D. Francisco de Leiva: «*La Dama Presidente*»: Jornada 1.ª

Nuño

Un Sacristan de Xadraque
tenía en un solo Altar
doce Apóstoles pintados,
y pusole á cada qual
una candelita un día
que los quiso cortejar:
pues á San Bartolomé,
que tenía á Satanás
á los pies, puso también
otra candelita mas.

OCTAVIO

¿Al Diablo candela?

NUÑO

Sí,
y, en esto no hizo mal;
á uno porque le haga bien
á otro porque no haga mal;
mas no es este el caso

OCTAVIO

Siga.

NUÑO

Fuese á la noche á acostar
el Sacristán á su cama:
durmiose, empezó á roncar,
y soñó que le decía
el Diablo: porque me has
puesto candela, un tesoro
te he de descubrir, que está
en un arenal, conmigo
ven á hallarle al arenal.
Soñó que allá le llevaba,
y le dixo; aquí hallarás
el tesoro, caba aquí.
No tengo con que cabar,
el Sacristán respondió:
pues pon alguna señal
para que mañana vuelvas:
en todo el campo no habrá
una piedra, replicó:
pon una rama: no la hay,

dixo el Sacristán: y el diablo,
como no hallaba señal,
le dixo: desatacate,
y haz tu necesidad.
El Sacristán con la gana
de hallarle, sin más ni más,
por no perder el tesoro,
empujó con gana, y zás.
Dispertó por la mañana;
pero encontró al dispertar,
sembrado por los colchones,
todo el tesoro cabal.

Tres Ingenios: «*La más hidalga hermosura*». Jornada 2.ª

Quatrin

Contra el Dios Baco cometió un pecado
la Mona; pero Baco muy ayrado;
desde su trono donde Monas salva,
condenó que la Mona fuera calva;
mas la Mona apeló de la sentencia
al Dios Júpiter, y él con más clemencia
licencia dió á la Mona que pusiera
la calva en qualquier parte que quisiera;
mas ella, la sentencia confirmada,
llamándose infeliz y desdichada
tanto en su mismo enojo se atropella,
que iva buscando en si donde ponella;
y en fin por no ponersela en la frente,
la puso en el lugar mas indecente.
Considera tú, pues, repara ahora,
que el castigo en la Mona se mejora,

pues lo que el calvo trae en la mollera,
la Mona lo trae puesto en la trasera.

Don Francisco de Roxas: «*Casarse por vengarse*». Jornada 1.ª

Luquete

Una Novia ha de ir turbada,
derrengandose al modo de cansada,
llevar la vista gorda, y de este modo,
como que nada vé, mirarlo todo:
en cada pie moviendo una muralla,
que parezca que van á ajusticialla.
Si la dixeren algo, el abanico
es respuesta, tapandose el hocico;
no escupir: si hay saliba, adentro chupa,
que no hay doncella que la boda escupa.
Tierna de ojos como herbor de olla,
y si no hay llanto darse con cebolla;
y en viendo al Cura, reclinando el moño,
quedar mas colorada que un madroño,
y ostentando decóro para el necio,
fingir suspiro, y resollar muy recio;
y porque el Auditorio mas se aturda,
trocar las manos, y alargar la zurda,
decir el sí quedito y entre dientes,
que apenas le aperciban los oyentes,
porque si luego el Novio no la agrada,
puede decir despues, que fué forzada.
Y con esto, y volver suspensa y muda,
aunque esté mas alegre que viuda,
cumple todas las leyes de la fiesta,
y vá el novio diciendo: ¡qué modestia!

pero si no le agrada su consorcio,
á dos meses le dá con el divorcio.

D. Agustín Moreto: «*Antioco y Seleuco*»: Jornada 3.ª

Gazul

Donoso está.

Alfonso

Tiene ingenio muy notable.

Tripulino

No es una cosa nueva
tener ingenio, Señor,
el que no tiene hacienda.

Gazul

¿La poesía es adquirida?

Tripulino

Es dón de naturaleza.

Alfonso

El arte la perfecciona,
y aun muchas veces la inventa.

Tripulino

Eso no, que es diferente
arte de naturaleza.

ALFONSO

¿Con qué lo pruebas?

TRIPULINO

Escucha:
aquesta disputa mesma
tuvieron dos hombres: uno
con industria y diligencia
enseñó á un gato á tener
con las manos una vela,
y quando estaba cenando
le asistia así á la mesa.
y éste decía que el arte
vence la naturaleza;
mas el de opinión contraria
puso un ratón allí cerca,
y el gato así que lo vió
corrió soltando la vela,
y envistió con el ratón;
dando con esta advertencia
á entender, que más que el arte
puede la naturaleza.

D. CRISTOVAL DE MONROY: «*El Encanto por los Zelos, y Fuente de la Judia*»: Jornada 3.ª

ESCARPÍN

Uno que se enamoró
de su Madre, muerte dió
á su Padre; éste salió
á visita, y un Letrado

empezó á abogar por él;
pero el Juez muy impaciente
dixo: ¿un hombre tan prudente
un delito tan cruel
defiende, que mayor que él
no se puede hallar? Señor,
dixo el Letrado, es error,
que si á su Madre matára,
y á su Padre enamorára
fuera el delito mayor.

CALDERÓN: *Los dos Amantes del Cielo*: Jornada 2.ª

LUCIA

¡Jesus, Señor Don Tristan,
que gran cosa! pues quien es
Secretario del Marqués,
fué lacayo de Don Juan.

TRISTAN

Pleveyo remordimiento
detraccion irracional:
¿Acaso está al hombre mal
en las honras el aumento?
Dí ¿que pretende, Lucia,
del más pequeño al mayor,
sino acrecentar su honor?
¿ser más y más cada dia?
Pues si es digno de alabanza
quien consigue lo que emprehende,
tambien al que honor pretende,
han de alabar si lo alcanza.
Pregunto yo: ¿quién tendrá

mas honra á tu parecer,
quien era Lacayo ayer,
y hoy es Secretario ya,
ó la abatida persona
que se está en un mismo estado,
fregona el año pasado,
y ogaño tambien fregona?

LUCIA

No me fregonice tanto,
ni piense desvanecido,
que un *Don* tan recien nacido,
puede á nadie dár espanto.

TRISTAN

¿Remoquetitos al *Don*?
huelgome por vida mia;
mas escuchame, Lucia,
que he de darte una lección,
para que puedas saber
si á murmurar te dispones
de los pegadizos Dones
la regla que has de tener.
Si fuera en mi tan reciente
la Nobleza como el Don,
diera á tu murmuración
causa y razón suficiente;
pero si sangre heredé
con que presuma y blasone,
¿quién quitará que me endóne
quando la gana me dé?
¿Qué es Don, y que significa?
Es accidente del nombre,
que la nobleza del hombre
que le tiene nos publica;

pues ahora pregunto yo:
¿Un hábito es cosa fea
ponérsele quando sea
viejo un Caballero? no:
luego si es noble, es bien hecho
ponerse Don siempre un hombre,
pues es el Don en el nombre
lo que el hábito en el pecho.

D. Juan Ruiz de Alarcón «*La Prueba de las Promesas*»: Jornada 2.ª

Duque

¿Qué con ella esté casado
Gregorio?

Bato

Y tambien preso
como tú.

Duque

¿Pues cómo es eso?

Bato

¿No es lo mismo estar casado?

Duque

Todo lo allana el querer.

Bato

Calla, que no has advertido

el mal que pasa un marido
al remo de la muger.
Si acaso es gorda, no entra
sin perejil al tragalla;
si es chica nunca se halla;
si es alta, siempre la encuentra;
si es muy callada, es gran daño;
si preguntona, cruél;
si es celosa, dígalo el
que la sufre todo el año;
si paridera, es rigor;
si estéril, nunca hay regalo;
si come mucho, es muy malo;
si nada come, peor;
si rica, ha de obedecerla;
si es pobre, ha de sustentarla,
si es hermosa ha de celarla;
y si es fea, ha de temerla.
Y así en la varia fortuna
que enseña el norte de amor,
imagino que es mejor
el casarse con ninguna.

D. Juan de Matos Fragoso: «*El Marido de su Madre*»: Jornada 2.ª

D. Gabriel

Montoya,
ya sabes mi condición,
servir y callar.

Montoya

Apelo, solo esta vez.

D. Gabriel

¿Quándo suelo
tener yo satisfacción
de tí, ni de otro criado?
¿comunico yo secretos contigo?

Montoya

Muchos discretos
á sus Ministros han dado
cuenta de cosas más graves,
cuyo consejo remedia
imposibles: ¿qué Comedia
hay (si las de España sabes)
en que el Gracioso no tenga
privanza contra las leyes
con Duques, Condes ó Reyes,
ya venga bien ó no venga?
¿qué secreto no le fian?
¿qué Infanta no le dá entrada?
¿á qué Princesa no agrada?

D. Gabriel

Los Poetas desvarian
con esas civilidades,
pues dando á la pluma prisa
por ocasionar la risa
no excusan impropiedades.

Maestro Tirso de Molina:
«*Amar por señas*»: Jornada 1.ª

(Por la búsqueda: V. G. V.)

3-VIII-910.

¡Aquí hase farta un hombre!

Es innegable que muchos sujetos andan por la calle hablando solos, ¿están locos? no, ó quizás sí, ¡vaya usted á saber! Otros van por las aceras leyendo en alta voz los anuncios y los carteles de los teatros.

Ocurrió en Eslava que al bautizar una obra con el titulo de: «*El Trágala*», yo me oponía á la denominación por que ni muchos lo leerían en esdrújulo, ni tampoco nuestros jóvenes habían de darse cuenta del significado de la palabra.

Los *padres de la criatura* no asintieron á mi reparo, y, efectivamente: en la esquina del callejón de San Ginés, tuvimos ocasión de oir á algunos transeuntes que, con la vista en el cartel, pronunciaban en voz alta: «*El Tragala*»; y otros más: «*El Tragala*»; y otros que pasaban luego: «*El Tragala*».

Sospeché que los que al paso nada decían aunque se fijaran en el anuncio, eran los que apreciaban la palabra en esdrújula.

La obra gustó mucho. Nada afectó que el público

leyera mal el título; pero, en otro caso, cuando en el teatro de Apolo se anunciaba el sainete de los hermanos Cueva: «*Aquí hase farta un hombre*», ocurrió algo graciosísimo; fué: que entró un sujeto al parecer de pueblo, se dirigió al despacho de billetes, y, acercando su cabeza al ventanillo, preguntó al expendedor don José Calmuntia.

—¡Oiga señor! ¿me he de entender con usted?

—Explíquese.

—¡Poco tiene que *esplicar!*.... para eso.... estoy sin trabajo y sé que aquí necesitan uno.

—Buen hombre: yo soy el que vende los billetes; esto es un teatro.

—¡Mire que no vengo *engañao!*

—¡No sé nada!... Vaya usted por la calle del Barquillo; puede que necesiten algún asistencia para la guardarropía ó para el mueblista. ¿A usted quién le ha avisado?

—Nadie; en el anuncio que han puesto ustedes á la puerta bien claro se lee.

—¿Qué es lo que usted ha leído?

—¡Yo nada! ¡no sé de letra! ¡pero unos señoritos que pasaban sí! lo oí muy bien, leyeron el aviso que dice: «*aquí hace falta un hombre*». (1)

Trabajo, y no poco, le costó á D. José Calmuntia, actual encargado del citado despacho, convencer al paleto de que: lo que había oído, no era *lo que había escuchado*.

15—VIII—910.

(1) Histórico.

El pretil de Santisteban

Concha la Pelos, era una corista de Eslava, feuchita y vivaracha.

Tenía el teatro en explotación Pina Domínguez.

Esto ocurría en 1885 de la próxima pasada centuriá.

Se le aplicaba á Concepción el remoquete, por su abundante cabellera, siempre en rebeldía como mofándose de batidores y lendreras.

Nos ordenó el empresario á Julio Ruiz y á mí que dispusiéramos para las funciones de las tardes la zarzuela en dos actos, del celebrado Luis Olona: *La cola del diablo*.

A María Montes, tiple de la compañía, le designamos el papel correspondiente.

Esta hubo de deletrear el ejemplar impreso, y llamando al avisador le manifestó, para que nos lo dijera: «que ella no *hasía* aquel mal *zainete*».

¡Así lo decidió Marujilla con su carita de cielo, rematada por una cabecita, modelo de perfecciones artísticas!

Nuestra dignidad profesional se encrespó.

¡Inútil recurrir en alzada contra la tiple distinguida en malagueñas!

Sin dar conocimiento á Pina bajamos al salón de ensayos; allí estaba el maestro Gerónimo Giménez con las chicas del coro; ¡así se las llama por más que siempre las hay que traspasan los cuarenta!

Pina Domínguez.

Pedimos al músico, nos indicara cual de todas tenía más y mejor voz.

—Esta—nos dijo, *indiceando* á la Pelos.

La expresamos nuestro deseo: nos contestó: «¡ay! ¡no! ¡no! ¡no! ¡no!»; nosotros nos impusimos con un «¡sí! ¡sí! ¡sí! ¡sí!», y, obviando detalles, concretaré que hizo el papel que se deseaba; obtuvo un gran éxito, y á poco fué una nueva tiple en competencia con las Montes y las Latorres.

A pesar del debut, ¡continuaba en el coro!

Vino un empresario del café Chinitas, de Málaga, á buscar artistas; mi compadre el apuntador Emilio Povedano y yo, le formamos una gangarilla, si bien con alguna mujer, en la que iba á figurar de tiple primerísima la de la *cabellera enmarañada;* de primer

María Montes.

actor: el racionista Ibarrola, y, de director: el segundo apunte Esteban Picazo.

A la capital *bella*, fuese este elenco, y, bella suerte les cupo.

Desde aquel entonces hubo para la *prima donna* contratos y más contratos, siempre ventajosísimos,

los cuales la acercaron un saneado capital que supo conservar.

Gustaba mucho en provincias, en Madrid no *encajó*.

Concha Martinez.

Precedida de gran fama debutó en el Principe Alfonso (teatro de verano que habia en Recoletos) el año 1890, bajo la dirección artística de la actriz empresaria Sofia Alverá. La temporada terminó *fuera de costumbre,* por falta de público.

Luego trabajó Concha Martínez, ya nadie la llamaba la Pelos, en el coliseo de junto á la iglesia de San Ginés; hizo: «*Caramelo*» «*Chateaux-Margaux*» y estrenó: «*El Cornetilla*», obra escrita expresamente para ella por Perrín y Palacios. La zarzuelita alcanzó mucho éxito; mas para la tiple no hubo cimentación artística pues no se la otorgó el aplauso que su revelante mérito requería.

Lola Ramos.

A igual que á esta célebre actriz le sucedió, en ese mismo teatro, á Lola Ramos cuando en 1900, dirigida y acompañada por mí, hizo su primera presentación con el sainete de Burgos: «*Caramelo*»; interpretó el papel del torero, y, á pesar de la mucha realidad que mostró, los espectadores la tildaron, como con anterioridad á la Martínez, de demasiado varonil.

Volviendo á hablar de la Pelos diré que no hizo en Madrid más que las dos temporadas que he apuntado; ¡siempre por América y cosechando aplausos que simultaneaba con miles de pesos!

En olvido la teníamos sus compañeros de la coronada villa, cuando en 22 del once mes de 1909 recibí una esquela mortuoria.

¡Concha Martínez había fallecido á los cuarenta y cuatro años de edad!

Ha poco que había regresado de allende los mares, y, tras un pequeño descanso aquí, para arreglar, sus asuntos, tenía que embarcarse con rumbo á la Habana obligada por un nuevo contrato.

¡Un colapso cardiaco cortó prematuramente su vida, á la vez que aquella intuitiva y preciada labor artística!

¡Me afectó la inesperada noticia!

Fuí al sitio que indicaba el recordatorio: Pretil de Santisteban: ¡un rincón del viejo Madrid!; ¡una calleja urbanizada por un costado! y, en el opuesto formando calle un tosco pretil, baranda hecha con bloques, sobre la pendiente.

Este paraje recuerda la segunda decoración de: «*Pan y Toros*».

También evoca remembranzas de la corte de los Felipes.

¡Sobre aquella empinada y estrecha rampa, no cabe dudar: que se han repartido cuchilladas! ¡ha cantado saetas el del «*Pecado mortal*»! ¡la ronda de «*Pan y huevo*» ha socorrido á desfallecidos! y que, el cura de la parroquia de San Andrés, ha administrado la extrema-unción sobre el duro suelo á algún moribundo, habiéndole avisado el tirón de campana

dado por el matador, inmediatamente puesto en fuga!

Desposeido de estas impresiones, entré en el portal de la casa señalada con el núm. 3.

La portería estaba abandonada; dirigíme á la escalera; al pisar el primer peldaño una nueva fantasmagoría me detuvo: ¡en aquel pedazo de la vieja Corte habia sorpresas! asombro me produjo ver á mi izquierda, á través de raquítica puerta abierta, una pequeña iglesia: con su altar, imágenes, muchas luces, flores, y, en velatorio, dentro de negro féretro ¡el cadáver de la pobre artista!

Como la imaginación abarca mucho en poco terreno pensé que aquel oratorio en tan modesta casa, habria sido construído por la tiple.

Luego que penetré en el sagrado recinto supe la significación; el viudo y el hijo de la fallecida, á la par que agradecieron mi asistencia, diéronme explicaciones.

Aquella habitación habia sido una inmunda cuadra en la que guardaba sus bueyes y su arado el labrador Isidro.

Al santificar al agricultor encontraron consecuente, no por los mansos, sino por haber pisado allí el marido de María de la Cabeza, consagrar también el lugar de los pesebres.

Todo inquilino que fallece en la casa es bajado al oratorio para velarle; derecho que concede el contrato de inquilinato.

Marchamos tras del carro fúnebre hacia la sacramental de Santa María.

Si hubiera muerto actuando habríase reunido un gran séquito; mas no fué así, y acudimos muy pocos á acompañarla.

Al cementerio sólo llegamos, compañeros de profesión, Emilio Mesejo, el maestro Castilla y yo, los demás, en escaso número, eran amigos particulares.

Saliendo por la puerta de Toledo y al cruzar la Ronda, hizo alto el coche funerario; de las casas que hay á la derecha, núm. 2, esquina al Paseo de los Pontones, salió una comisión de vecinos y depositó sobre el ataúd una corona de flores artificiales, comprada por colecta de varios inquilinos. Algunas de aquellas casas, no sé si todas, pertenecían á la difunta.

Llegados á la sacramental y terminados los responsos de rúbrica, en lo último de la primer explanada, á la derecha de la capilla, cerca de los nichos del fondo, bajaron á una fosa ¡muy honda! ¡muy honda! atada con gruesa maroma y produciendo al balancearse golpes pavorosos en uno y otro costado, ¡aquella caja que encerraba lo que había hecho producir golpes repetidos de manos en explosión de entusiasmo vitoreador!

Tras del ataúd descendió, arrojada, la corona de flores. ¡Esta vez Concha no pudo recogerla, sonriente, y dar las gracias!

Comenzó el desfile.

Quedamos rezagados otro amigo y yo, y cuando salíamos para subir al coche, una viejecita que llegaba jadeante nos preguntó:

—¿Han enterrado ya á D.ª Concha?

Le contestamos afirmativamente.

—¿Y... en qué sitio? ¿no me lo dirían ustedes? La traigo esta coronita; se me ha hecho tarde porque ¡he tenido que buscar el dinero para poderla mercar!

¡Pobre anciana! ¿á qué obedecía tal rasgo de ternura? Nos intrigó. Decidimos acompañarla.

Ya junto al enterramiento le dijimos:

—¡¡¡Ahí está!!!

—¿No podríamos enterrar mi ofrenda junto á ella?

—¡Imposible! La sepultura la han abierto hoy, y como encima hay que colocar cuatro ó cinco cuerpos más, comprenderá usted lo muy profunda que se halla.

—¡Paciencia! ¡dejaré la corona aqui encima! ¡mi buen deseo ya lo verá desde el cielo!

—¿Y qué le ha obligado á esta muestra de cariño?

—¡Ay señoritos! vivo en una guardilla de la casa de D.ª Concha, allá junto á la Ronda de Toledo; la adeudaba once meses de alquiler, y en vez de echarme á la calle, me decía siempre que no me apurara... que ya la pagaría cuando pudiese... ó lo que es igual, ¡nunca jamás!

7—I—910.

Las ratas en los teatros.

Es evidente que algunos de estos locales albergan muchas, y en los restantes pueden contarse por cientos.

En el de Eslava puede que hoy, mejorado el pavimento de los sótanos donde están los cuartos de los artistas, las hayan extinguido ó aminorado; antes de hacer las obras de albañilería se daba el caso que cito al comenzar.

El conserje siempre se proveía de perros ratoneros que andaban listos para darles caza.

Pasajes cómicos hubo innumerables, pues á veces, habiendo visitas en los cuartos, se presentaba una rata panzuda y desvergonzada, sin *miramiento alguno*, decidida á aumentar el número de concurrentes, sobresaltando á las señoras, que, dando chillidos se subían sobre los muebles.

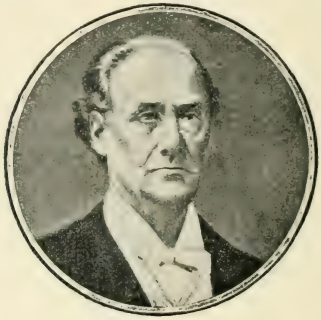
¡Un sin número de levitas, pantalones y otras prendas de los cómicos han inutilizado esos roedores!

En mi equipaje conservo patentes muestras de lo que aquí asevero.

Entre otras cosas necesarias me royeron unos botitos de charol; las *rabilargas* se dieron un banquete

empezando por los clásticos, de postre consumieron los tirantes, y á falta de entremeses picaron en los chanclos.

También en esos templos de Talia las hay con el artículo *los;* mas estos causan mayor desesperación, pues *los ratas* se llevan las prendas enteras y... ¡también los relojes!



José Escriu.

El año 84, en el coliseo del Pasadizo de San Ginés, el bajo cómico José Escriu tenía á las mamíferas de su cuarto completamente familiarizadas; no le temían; al comer, los días festivos, entre funciones de tardes y noches, lo verificaba rodeado de cuatro ó seis de ellas, con las que compartía su alimento sirviéndoselo con sus manos. ¡Tal era el agasajo con que el actor las mimaba! (1)

(1) Expontáneamente se ofrece á ratificar la verdad de estos hechos el autor Miguel Palacios, *sin colaboración.*

—¡Si vieran ustedes—nos decía—hay una rabícortona, que está monísima comiéndose las miguitas de pan mojadas en café con leche!... Otra es rubita; á poder, me la llevaría á casa, ¡es tan dócil! no lo hago pues temo que se me escape.

—¿Y... que tamaño tiene esa hijita de *Albión?*

—¡Una maravilla! es tan grande como una gata de Angora; ¡claro, la alimento bien!

¡Sin comentarios! no los hacíamos ¿para qué? á Escriu le augurábamos que acabaría sus días en una ratonera.

¡Tanto abundan estos animalitos en los fosos de los escenarios que, repetidas veces se han presentado algunos ejemplares sobre las tablas, á la vista del público.

Recuerdo que, en el teatro Principal de Valencia, al salir los soldados chilenos de: «*Los sobrinos*», y ya parados en fila, pasó por delante de ella una enorme rata que los de las camisas colgando mataron con los fusiles á culatazos; el comandante del pelotón con la punta del sable arrastró el cadáver hasta entre bastidores á fin de quitarlo de la vista de los concurrentes.

Al presentarse el general, (el bufo don José Rochel), y en el momento en que se entera que ninguno de aquellos *guerreros* sabe escribir, les amonestó en vez de con «valientes sinvergüenzas», con: «valientes mata-ratas».

Los de la sala aplaudieron la ocurrencia.

—✶—

Uno de los teatros donde se crían más abundantemente es en el Principal de Zaragoza.

Tanto lo ponderaban que, á curiosidad mía, me recomendó el portero del coliseo esperase en la portería cinco minutos luego de terminados los ensayos, y, asomándome al tablado podría convencerme no eran exageraciones lo que yo había oido referir.

Hice lo que me indicó. Transcurrido el tiempo prescripto me acerqué con sigilo, miré y.... ¡vaya un espectáculo! ¡yo no sé si afirmar que allí podría contárselas por miles! ¡saltaban! ¡mordíanse recíprocámente! ¡formaban remolinos vertiginosos como si se presentaran en película cinematográfica! ¡qué chillidos daban disputándose los residuos de la comida de los actores que habían almorzado *entre cajas!*

—¿Por qué no tienen ustedes gatos?—le pregunté al portero.

—¡A pares se los hemos soltado! y, ¿sabe usted lo que hacen con ellos? se los meriendan.... tocando á poco.... pues la mayoría de ellas se quedan sin probar bocado!

—✱—

Refiriendo yo en el café Inglés, de Madrid, haber visto aquel aquelarre ratonero, me dieron noticia más sorprendente: no dicha en chunga, no, sino con formalidad y como suceso ciertísimo.

Los que lo relataron fueron José Cuadrado, apuntador muchos años en el teatro de Jovellanos, y don Vicente Salazar, representante de empresas en la capital aragonesa.

Actuando en el ya nombrado coliseo de Zaragoza,

la compañía de zarzuela del señor Salas, estando de primera tiple Almerinda Soler Di-Franco y de consueta Pepe Cuadrado, ocurría que al cantar dicha artista los números del repertorio: una soberbia rata blanca bajaba por el bastidor de la embocadura y se paraba junto á la batería en escucha de la diva.

Almerinda Soler Di-Franco.

Esto había llamado la atención no solo de *los de telón adentro* sino también de los *de candilejas afuera*. Todos respetaban á la rata blanca.

La tiple no se daba cuenta; llena de miedo pedía al apuntador: «que la avisase; que le señalara donde se ponía».

Cantando la romanza del tercer acto de: *Los dia-*

mantes de la corona, Cuadrado le dijo á la Di-Franco: «aquí Almerinda, mire usted á su derecha».

La interesada poseída de pavor y repulsión, sin abandonar las notas, se hizo atrás y pasó á cantar al lado contrario.

El *del agujero* al notar que *la blanca* caminaba hacia él la espantó aventándola con la solfa; el bicho, retrocediendo, se enfiló por donde había bajado; pero al subir á la altura del segundo piso de palcos se mostró caprichosilla, y, en vez de desaparecer detrás del bambalinón, se corrió por las molduras del palco proscenio al pasamanos general, y anduvo toda la herradura de baranda, ocultándose por el lado contrario.

Las damas ocupantes de las localidades por donde pasaba la roedora, no hacían sino echarse para atrás y con semblantes serios respetar aquella genialidad de *la compañera de abono.*

¿Saben ustedes por qué?

Por fuerza de preocupación; la *blanquita* venía haciendo sus apariciones desde bastante tiempo, y había surgido en Zaragoza una leyenda popular, creída por muchos:

¡Aquella mamífera filarmónica indudablemente tenía dentro de ella el espíritu de alguna famosa tiple!

16—VIII—910.

Un cuento más, y basta.

CUENTAN que hubo en un lugar, y yo lo digo porque me lo dijeron, que para nada hace la invención mia, un mendicante que de la mañana á la noche exhibia en la vía pública, á decidir la caridad de los transeuntes, una de sus piernas abundante en llagas, separadas por tan sutiles límites que á no reparar con detenimiento tomáranse por una llaga sola.

Así que el pordiosero se acomodaba en el puesto petitorio, y, á seguida de extender la doliente, acudian las moscas sobre sus malos humores cubriéndole totalmente las heridas de su manifiesto mal.

Muchos le daban limosna, con movimiento de cabeza al lado contrario del pobre, á causa de repugnancia por aquellos parches de insectos.

Nuestro mendigo, con tanto hervor de animalitos, no daba señales de inquietud sino en los primeros momentos en que hacían su llegada.

Cruzó una tarde por junto á él un aldeano; paróse con intención de darle un óbolo; mas antes creyó humano practicarle un gran beneficio, y fué: que aven-

tando á las moscas con su sombrero de ala ancha, consiguió que todas levantaran el vuelo barridas por dos fuertes valanceos á lo péndulo de reloj.

—¡Mal rayo le parta á usted, decidor de una mala obra! ¿quién le ha metido á darme mayor mal llevado de su ignorancia en favorecerme?

—¡Asombrado me deja! mejor ha de hallarse ahora habiéndole ahuyentado los múltiples insectos, que mucha desazón debían producirle. ¿Y por ello me recrimina?

—¡Natural! esos que usted ha espantado ya se hallaban bien comidos, y aun hartos; sobre mis heridas permanecían en calidad de estómagos agradecidos. ¡Esas moscas hoy no vuelven! pronto acudirán otras, famélicas, y temo el tormento que han de darme hasta que se ahiten. ¿Conque: dígame el indiscreto si aún duda de que me hallara mejor con las que estando repletas ya no practicaban las picaduras?

—✱—

Yo dí en exhibir heridas, mías las más, en pliegos impresos, y, aunque se da como axioma cierto que: «Un libro lo leen pocos, lo compran menos, y lo critican muchos», el que yo hice, por suerte mía, lo han leido bastantes, lo han comprado más, y lo han elogiado algunos.

En esta no despreciable situación saboreaba el buen resultado, sin temer ya *escozores* ni *picaduras*, cuando llevado de peticiones amistosas he dado en publicar una continuación.

¿Obtendré el resultado precedente ó como el de la anécdota habré de temer las nuevas y mortificantes

molestias? ¡Sea lo que Dios y las sinceras voluntades tengan por decisión!

Me he prestado á dar á la estampa estos trozos de historia del teatro, y de algunos artistas, por lo verídico de los sucedidos, por ser en mi poder patentes de su autenticidad, y, porque creo, no han de surgir molestias, que así como *agua pasada no muele molino*: «Crónicas retrospectivas» pertenecerán siempre al dominio público con prelación á susceptibilidades de los interesados.

Y si en los cuentos has encontrado, amigo lector, la amenidad que he procurado á solaz tuyo y á un rato de tu entretenimiento, se verá cumplida mi aspiración y las llagas de mi entendimiento, que son muchas, exentas de mordaces picaduras.

21—VIII—910.

ÍNDICES

INDICE DE TEXTO.

	Páginas.
Prólogo de F. Serrano de la Pedrosa. . . .	5
La camisa de la giganta.	17
La mitad de medio chorizo.	37
El diablo tras de la tapia.	49
La araña de Burgos.	67
El último chiste de Albarrán.	91
La tragedia de Pozuelo.	97
El bastón de Granés.	113
¡El baul del gracioso!	125
¡Con azúcar está peor!	173
El teniente Talegón.	183
Tenor y coco..	203
¡Responda el cielo, y no yo!	211
El Vico de los criados.	229
Un cazador improvisado.	235
Catalectos.	239
¡Aquí *hase farta* un hombre!	271
El pretil de Santisteban.	273
Las ratas en los teatros.	283
Un cuento más, y basta.	289

ÍNDICE DE GRABADOS.

Páginas.

Vicente García Valero, á poco de morir su abuela. 17
Fernando Osorio. 19
La Monterito. 22
Balbina Valverde. 24
Carolina Civilli. 31
Ricardo Lirón. 40
Alfredo Cirera. 45
Pilar Aceves. 53
Rafael Calvo, en el drama «Don Alvaro ó la fuerza del sino». 63
Excmo. Sr. D. Arsenio Martínez Campos. . 71
Excmo. Sr. D. Ramón Blanco. 73
Alfredo Maza. 85
José Sánchez Albarrán. 92
Mariano Fernández. 93
Rafael Calvo. 94
Ultimo retrato de Albarrán. 95
Ricardo Calvo. 98

Páginas.

Vicente García Valero. 99
Rafael Calvo. 101
Salvador María Granés. 121
La lealtad de Valencia. 141
Combate de San Onofre. 144
Ataque de Valencia. 147
Doña Isabel II, Reina de las Españas. . . . 174
Excmo. Sr. D. Emilio Arrieta. 175
A beber... á beber... y apurar. 177
Excmo. Sr. D. Adelardo López de Ayala. . 180
Miguel Ramos Carrión. 184
Vital Aza. 185
José Riquelme. 187
Elena Salvador. 195
Recibo de Teresa Rivas. 203
Manuel Sanz. 204
Rosendo Dalmau. 206
Excmo. Sr. D. Fernando Díaz de Mendoza. . 214
Enrique Borrás. 219
Carmen Cobeña. 221
Tomás Luceño. 232
Ricardo de la Vega. 236
La casa de Tócame-Roque. 239
Pina Domínguez. 274
María Montes. 275
Concha Martínez.. 276
Lola Ramos. 277
José Escriu. 284
Almerinda Soler Di-Franco. 287

ERRATAS OBSERVADAS.

En el prólogo, página 12 se lee: «... una cartera inagotable...» léase: «una cantera...»

Página 21, léase: «que mariposa tan bella...»

Página 25, línea 28, véase: «claraboya...»

Página 33, línea 13, véase: «contubernia...»

Página 65, línea 11, aparece: «la Leonor de aquella comedia á estado...» véase: «ha estado...»

Página 67. Lo impreso en la 4.ª y 5.ª líneas, véase entre ¡ !

Página 222, línea 14, aparece el año 1899, léase «1889».

LIBRERÍA

DE

ANGEL DE SAN MARTÍN

Puerta del Sol, 6.—Madrid

Extracto del catálogo

	Pesetas.
Abelardo y Eloisa, novela por R. Ortega y Frías, dos tomos en 4.°	12,75
Allá va eso, versos por F. Jackson Vellan, 4.°	3,50
Angel de la muerte, (El) narración por Murguia, 8.°.	1,50
Aventuras de un cochero y memorias de un lacayo, novela por García del Canto, 4.° (láminas)	4,00
Aventuras de Damián el monaguillo, episodio de la guerra de la Independencia por Goizueta, 4.° (láminas)	14,50
Aventuras de un ingeniero novel, por With, 8.°.	4,00
Aventuras de Masin Sawyer, (novela de un niño) por M. Twain, 8.°	2,00
Aurelio el fratricida, leyenda histórica del siglo VIII por Sawa, 8.°	3,00
Barón (El) de la noche por Torcuato Tárrago, 4.° (grabados)	17,75
Bello (El) ideal del matrimonio, por Julio Nombela 16.°	2,00
Brazo de acero, por A. Breath, f.°, (láminas)	2,00
Campana (La) de Huesca, crónica del siglo XII por D. Antonio Cánovas del Castillo, 8.°	4,00
Carlos Tomasí, novela por P. Palau Ballesteros, 8.°.	4,00
Confesiones de un médico, por el Dr. Veressaief, 8.°	3,00

	Pesetas.
Diablo mundo, (El) continuación y conclusión del poema de Espronceda, por Carrillo de Albornoz, 4.° (grabados).....	5,00
Diálogos de salón, poesías representables, por Martínez Pedrosa, cuatro tomos, cada uno.....	1,00
Diccionario manual de la lengua castellana, por Campuzano, 8.° tela.....	6,00
Estilo general de cartas ó sea el secretario universal, 16.°.....	1,00
Francés, (El) en veinte lecciones, por Díaz de la Cortina, 8.° tela.....	7,50
Gran economía en las familias, métodos para aprovechar los platos de comida de un día para otro, por Un gastrónomo jubilado, 8.°.....	1,00
Hostería de Cantillana, (La) novela de tiempo de Felipe IV, por el bachiller Alonso de San Martín, 8.°..	3,00
Inglés, (El) sin maestro, en veinte lecciones, con la pronunciación figurada, método completísimo por José Guerra Alvarez, 4.°.....	3,00
Judío errante, (El) por E. Sué, tres volúmenes, 8.°..	9,00
Mala vida en Madrid, (La) estudio físico-sociológico con dibujos y fotografías del natural por B. de Quirós y J. M. Llanas, 8.°.....	4,00
María de los Angeles, por Navarrete, 8.°.....	3,00
Marico:es, (Los) novela de costumbres por K. Arbon de Kock, 8.°.....	3,00
Misterios de la policía y del crimen, por el mayor A. Griffiths, 4.° (grabados).....	5,00
Mis Rovel, por Cherbulier, 8.°.....	2,00
Obras poéticas de Espronceda, 4.°, tela.....	5,00
Noventa y tres (El). Una página de la revolución francesa, por Clery, 8.°.....	2,00

	Pesetas.
Oráculos (El gran libro de los), por Alberto Merlín, 220 preguntas y 2.400 respuestas, 8.°	2,00
Ofensas y desafíos. Código del honor, por Iñiguez, 4.°	5,00
Teatro. De carne y hueso. Yo pecador, por V. Colorado, 8.°	3,00
Teatro por dentro (El). Estudios del natural. Empresarios y formaciones. Las compañías. La gente de escena. Los autores. La obra nueva. El estreno. La crítica y los críticos. La contaduría. Los editores dramáticos, por Eduardo Saco, 8.°	3,00
Teatro Real por dentro (El), por G. Araco, 4.°	5,00
Tres virtuosas (Las) ó los hombres pintados por una mujer, por Luis de Loma y Corradi, 8.°	3,00
Una pesquisa policial (nuevas aventuras de Masín Sawyer), por M. Twaín, 8.°	2,00
Uno y tres, por M. Casado, 8.°	3,00
Vida cómica, prosa y versos festivos, por A. Urbano, 8.°	2,50
Viaje entretenido, por A. de Rojas, dos volúmenes, 8.°	10,00
Caballero venturoso, por J. Valladares de Valdelomar, dos volúmenes, 8.°	10,00
Cuentos, mentiras y exajeraciones andaluces, por R. Franquelo, 8.°	1,00
Siete semanas en burro, por Santoval, 8.°	1,00
Extraviado (El), por el Vizconde de Guadiana, 8.°	1,00
Esposo, amante y marido, por La Cerda, 8.°	1,00
Cuentos y sucedidos, por Eusebio Blasco, 8.°	2,00
Curas en camisa (Los), por íd. íd., 8.°	2,50
Cid Rodrigo de Vivar, por Manuel Fernández y González, dos volúmenes, 4.°	8,50

LUIS TABOADA

COLECCIÓN DE ARTÍCULOS ILUSTRADOS, UN TOMO EN 8.° Á 3,50 PTAS.

Cursilones, dibujos Peris.
Las de Cachupin, ídem Karikato.
Los ridículos, ídem íd.
Madrid alegre, ídem Pons.
Mundo festivo, ídem íd.
Tipos cómicos, ídem Cilla.

	Pesetas.
Naná, por E. Zola, 8.°.....	3,00
L'assommoir, por ídem íd., 8.°.....	3,00
Pot bouille, por ídem íd., dos volúmenes, 8.°.....	6,00
Ralea (La), por ídem íd., 8.°.....	3,00
Teresa Raquin, ídem íd., 8.°.....	3,00
Una página de amor, ídem íd., 8.°.....	3,00
Alegría del vivir (La), ídem íd., dos volúmenes, 8.°	6,00
Obras completas de D. Juan Valera, van publicados 26 tomos en 8.° á.....	3,00
Crónicas retrospectivas del Teatro, por un cómico viejo (Vicente García Valero), 8.° (grabados).....	3,50
Para saberlo todo, para recordarlo todo, enciclopedia ilustrada de conocimientos generales, ilustrada con 700 fotograbados, 8.°, tela.....	8,00
Vividores (Los), novela por E. Maestre, 8.°.....	3,00
Biblioteca Mignon. Van publicados 56 tomos en 32.° de los más renombrados autores, ilustrados, á.....	0,75

Imp. de A. Alvarez.—Marqués de la Ensenada, 8.

ArtD.B
G

García Valero, Vicente
Memorias de un comediante.

492514

University of To
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card P
LOWE-MARTIN CO. L